Comedias



GENES FERRAND 18 *Caricatura de TOVAR*

GARCÍA ALVAREZ y ABATI Riña de Gallos

Sueño de un atardecer de Otoño D'ANNUNZIO

50 céntimos.

NUM. LVII 19 DE MARZO DE 1927 AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 57 · MADRID · Apartado 8.036

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

E. GARCIA ALVAREZ y JOAQUIN ABATI

RIÑA DE GALLOS

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el teatro Infanta Isabel, el 11 de febrero de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARGARITA	Srta. Martí.
PANFILA	Sra. Brú.
MADAME GATEAU	» Ruiz.
HORTENSIA	Srta. Garcés.
ROSA	» Santaularia.
DOROTEA	» Serrano.
GALLO	Sr. Sepúlveda.
MORÓN	» Mora.
EL DOCTOR MURGA	» La Riva.
MARCELO	» Suárez.
OLIVARES	» Cuenca.
MONSIEUR BOUQUET UN CAMARERO	» Valdivieso.
SEVERO DEL TODO CALAMARTE	» González.
MICHELENA UN PALETO	» Acebal.
SALVADOR	» Olavide.
ENCINAS	» Corro.

La acción del primer acto, en el supuesto pueblo de Molinillos. La de los dos restantes, en Madrid. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de un hotel particular en el supuesto pueblo de Molinillos. Ocupa el foro una verja con puerta de entrada en el centro. A través de esta verja se verá una carretera o un paisaje de campo. A la izquierda (del actor) está la fachada del hotel con dos pisos, pero sólo el primero practicable en su puerta de entrada y alguna ventana baja. Toda la derecha se halla cerrada por una tapia que separa este hotel del colindante. La altura de esta tapia no es muy grande, pudiendo una persona asomarse al borde y ver la finca contigua con sólo subir dos o tres escalones de una gradilla o pequeña escalera que habrá en escena. En un ángulo del foro se verá el brocal de un pozo, con su garrucha, cubo, etc. Un árbol corpulento que nace y tiene el tronco en el jardín del hotel inmediato extiende sus ramas por encima de la tapia, penetrando en el hotel que ocupa la escena. De una de estas ramas, muy robusta, pende un columpio. Una mesita de mimbre y varias butacas de igual material están repartidas por la escena. Entre la fachada del hotel y el foro habrá, por la izquierda, un espacio practicable, por el que se puede entrar y salir, suponiéndose que por allí continúa el jardín. En la parte superior de la puerta del foro, y en letras artísticas, formadas con trazos de hierro de la verja, se leerá en sentido invertido, o sea de derecha a izquierda, «Villa Pánfila». Tiene esta puerta una pequeña campana, que se hace sonar desde fuera tirando de un cordón. Es de día.

Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Una vez levantado suena dentro un tiro, y aparece por la izquierda Morón, con una escopeta en la mano, en actitud del que acaba de dispararla.

ESCENA I

Gallo, por el espacio comprendido a la izquierda entre la fachada del hotel y el foro. En seguida Morón, asomándose por el exterior de la tapia de la derecha.

MORÓN.—¡Caray, que no ha sido una óptica ilusión!... ¡Caray, que he visto caer la perdiz perpendicularmente, como todo lo que cae inanimado y sin vida!... *(Mirando por todas partes.)* Y la perdiz no está..., y aquí no había nadie que pudiera ejercer la taumaturgia... ¡Pues yo alienado no estoy!... Y ahora que pienso... A ver si el exquisito volátil ha caído en este hotel medianero, pro

piedad del señor Morón, un idiota de vecino a quien puedo ver menos que una lenteja a dos kilómetros. El colindante más odioso que vieron los siglos, con el cual sostengo tres pleitos desde hace tres años y veinticinco peloteras diarias desde igual fecha. Bueno. Por preguntar nada se pierde. Voy a ver. *(Coge la gradilla, la aproxima a la tapia de la derecha, sube los escalones y se asoma.)* ¡Ah de esa birria de hotel!... ¡Ah de esa mansión ruinosa!... ¡Ah...! *(Por la parte exterior de la tapia se asoma el señor Morón.)* ¡Ah! ¿Está usted ahí?

MORÓN. ¿Qué intestino se le ha roto a usted, so vencejo?

GALLO. A mí, afortunadamente, ninguno, so murciélago. Pero, vamos, me creo con derecho a hacer una pregunta y a que se me conteste con la escasa cortesía que usted usa. ¿Por casualidad ha caído una perdiz herida o muerta en el jardín de ese hotel?

MORÓN. Sí, señor. Aquí ha caído una perdiz. ¿Qué pasa?

GALLO. Que exijo se me devuelva el alado animalito, porque yo tuve la estupenda puntería de matarlo al vuelo, y por lo tanto me pertenece en nuda y plena propiedad.

MORÓN. La perdiz a que alude el vecino cazador ya la están estofando.

GALLO. ¿Qué dice usted, señor Morón?

MORÓN. Que la están estofando, señor Gallo.

GALLO. ¿Pero cómo?...

MORÓN. Con perejil, cebollita y vinagre de la Aurora.

GALLO. ¡Eso no es posible! Usted me está gastando una broma...

MORÓN. Conque broma, ¿eh?... Apenas cayó la llevé a la cocina y le dije a la maritornes: «Que la estofen.»

GALLO. ¡Pero eso, señor mío, es un hurto, que tiene su sanción en el Código!

MORÓN. Un pájaro que cae en mi finca es mío, y yo soy muy dueño de mandar que lo estofen.

GALLO. Pero no que lo estafen.

MORÓN. ¡Hombre! ¡Me gusta su frescura! ¿Y lo que está usted haciendo con ese columpio, que lo ha colgado sin permiso mío en un árbol que nace en mi jardín, que lo cuido yo, que lo riego yo y que por lo tanto me pertenece?

GALLO. Pero como las ramas de ese árbol han invadido el espacio de mi propiedad, y como lo que hay por encima y por debajo de mi terreno es mío, cuelgo lo que me da la gana con perfecto derecho.

MORÓN. Eso lo veremos en cuanto falle el Tribunal Supremo, y le advierto que, según me ha dicho mi abogado, tendrá usted que abonarme un canon muy crecido por cada vez que se hayan columpiado fraudulentamente durante tres años, para lo cual ya estoy a la mira y llevo una cuenta muy escrupulosa.

GALLO. Usted no tomará a mal que me ría sardónicamente, ¿eh?

MORÓN. De ningún modo. Ríase cuanto guste. Ya veremos quién ríe el último. Y lo mismo le digo del agua que indebidamente extrae de ese pozo, puesto que procede de un manantial que brota en mi finca, y de cuyas extracciones también tomo buena nota.

GALLO. No sabe usted lo que se dice, señor Morón.

MORÓN. Es posible, señor Gallo. Pero ya veremos lo que dice la Audiencia.

GALLO. La Audiencia le condenará a usted.

MORÓN. ¡Ah!, ¿sí? Y a lo mejor se cree usted que también va a ganar el pleito de los gatos.

GALLO. ¡Naturalmente! Como que está clarísimo. Una gata de mi propiedad, que mantengo yo, a quien yo suministro la cordilla, tiene de pronto seis gatitos. Usted los reclama, alegando que el padre es un gato tísico que tiene usted en su finca.

MORÓN. Y así es.

GALLO. No voy a discutirlo. Pero usted olvida que en caso de duda los hijos pertenecen siempre a la madre.

MORÓN. No, señor. Al padre.

GALLO. ¡Nunca!

MORÓN. Ya veremos lo que dice el Juzgado. ¿A que me da la razón?

GALLO. ¡Miau!

MORÓN. ¿Tiene usted algo más que mayar?

GALLO. Tengo que mayar una última advertencia. Que cuando tenga usted algún pingo que tirar a la basura lo haga usted al solar contiguo a su hotel y no a este jardín, como acostumbra, porque a la primera inmundicia que me arroje nos veremos las caras. ¡Pues no faltaba más!

MORÓN. ¡Vaya, hemos terminado! ¡Que le den a usted dos duros y sean de estaño! ¡Mamarracho! *(Desaparece.)*

GALLO. ¡Qué sinvergüenza! ¡Y se queda con la perdiz! Ahora, que a mí me paga este robo. ¡Hombre, qué idea! *(Entra un instante en el portal del hotel, volviendo a salir inmediatamente con una caña de pescar.)* Volátil por volátil. Eso es. *(Sube a la gradilla y echa el hilo de la caña al jardín de al lado.)* Allí hay una gallina estupendísima. Ya ve el anzuelo... ¡Dios mío, que me dé el pico!... Ya le está dando vueltas..., ya alarga el cuello... Más cuerda... ¡Picó! *(La gallina canta dentro.)* ¡Sí, sí! ¡Cacaréalo!... Ahora ya no me importa... ¡Ajajá! *(Tira de la cuerda y aparece una gallina prendida en el anzuelo.)* Ya está en casa. *(Yendo al portal.)* ¡Dorotea..., Dorotea!

DOROT. *(Apareciendo un momento.)* Señorito.

GALLO. Toma, coge este bonito ejemplar y ponlo en pepitoria.
DOROT. Está bien. *(Vase.)*
GALLO. ¡Qué talento tenía Talión! Así aprenderá ese facineroso de vecino. *(Por encima de la tapia cae a escena un sombrero de copa viejo y aplastado.)* ¿Qué es esto? ¡Regaita! ¡Un sombrero de copa..., pero de copa traperil!... Esto lo ha arrojado el vecino después de advertirle que nos veríamos las caras si continuaba ensuciándome el jardín. Pues ahora verás tú. *(Coge el sombrero y sube a la gradilla.)* ¡Oiga, señor Morón! ¡Ahí va la chistera! Todavía la puede usted usar un par de años sin que choque, porque la levita que saca usted de paseo debe ser del tiempo de Espronceda. *(Aparte.)* Ya la ha cogido. *(Alto.)* No..., no me la devuelva, porque está mejor que el honguito ese que luce usted por las tardes en El Romeral, que lo llama todo el mundo «el hongo venenoso».
MORÓN. *(Dentro.)* ¡Majadero!
GALLO. ¡Idiota! *(Baja de la gradilla.)* ¡Luego dicen que se pierden los hombres! ¿Pero por qué me daría a mí la aciaga idea de comprar este hotel? Y es que, ¡claro!, todas nuestras amistades nos decían diariamente: «¿Pero no conocen ustedes Molinillos? Es un pueblo precioso..., a tres horas de Madrid, en plena sierra... Paisajes ideales, magníficos alimentos..., varios hoteles en venta, baratísimos... Nada, nada. Ustedes deben comprar un hotel en Molinillos...» Y dale Molinillos, y dale Molinillos... Pues que vinimos..., no nos pareció mal para pasar algunas temporadas y compramos este hotel. ¡Si yo llego a saber lo que me esperaba!

ESCENA II

Dicho. PÁNFILA por el foro, en traje de calle.

PÁNF. *(Entrando muy sofocada.)* Hola, Casimiro. *(Se sienta junto al velador y empieza a quitarse los guantes, el velo o el sombrero, etc.)*
GALLO. ¡Hola, querida Pánfila! ¿De dónde vienes?
PÁNF. ¡De rabiar un rato! Mira. Casi es necesario que vendas este hotel a toda costa. Yo no aguanto más.
GALLO. ¡Vender el hotel! ¡Qué más quisiera! ¿Pero dónde están los compradores?
PÁNF. ¡Qué sé yo! Rífalo.
GALLO. Creerás que un hotel es un premio de tómbola.
PÁNF. Pues le regalas.
GALLO. ¡En seguida! Bueno. ¿Pero qué te ha pasado?
PÁNF. Pasarme no me ha pasado nada. Pero esto resulta cada día más desagradable. Molinillos es un camelo espantoso. Nos engañaron miserablemente los que nos hablaban de su her-

moso clima, de sus alimentos sanos y baratos... ¡ Sí, sí ! En verano, un horno, y en invierno, el Polo Norte. La compra, imposible ; todo escaso, caro y malo. Y luego, ¡ qué vecindario más chismoso ! Yo estoy harta de que cada día nos pongan un mote nuevo. Cuando se hicieron públicas las peloteras diarias que sostenías con el señor Morón pusieron a estos hoteles «La línea de fuego». A vosotros os llaman «los gladiadores». Y el ofensivo mote se ha extendido de tal modo que mira el sobre de esta carta que para ti acaba de recibirse. *(Le da una carta cerrada.)*

GALLO. *(Leyendo el sobre.)* «Señor don Casimiro Gallo Gladiador. Hotel La línea de fuego. Molinillos.» Bueno, déjalos.

PÁNF. ¡ Qué déjalos, déjalos !... ¿ Hay derecho a que a mí me llamen ahora «el grueso del ejército»?

GALLO. *(Riendo.)* ¡ Hombre ! ¡ Eso tiene gracia !

PÁNF. ¡ Muchísima ! Y a ese muchacho, Marcelo Garibay, que parece que le gustan nuestras hijas y no se decide por ninguna, le han puesto «Marcelo o cuál de las tres».

GALLO. Y a propósito de nuestras hijas. ¿ Dónde te las has dejado?

PÁNF. En la confitería de Minuesa, Las Cinco Yemas. Ahora vendrán. ¿Y qué? ¿ Has vuelto a tener algún otro altercado con el vecino?

GALLO. ¡ Ya lo creo ! Hace un momento. Ahora le ha dado por tirar a nuestro jardín todas las cosas viejas e inútiles que tiene en su casa. Claro está que yo se las devuelvo en seguida.

PÁNF. ¡ Pero si es que el vecino y tú y tú y el vecino sois insoportables !...

GALLO. ¡ Pánfila !...

PÁNF. Sí, señor, insoportables. Bueno es que una persona sea un poco enérgica, ¡ qué carambolas ! Pero de eso a vuestra terquedad hay un abismo.

GALLO. No es terquedad ; es dignidad.

PÁNF. Es cabezonería. Se le ocurre a ese fantasmón de vecino tirarte un pingo cualquiera y tú a devolverle la pelota. Y luego los pleitos... En fin, con tal de que esto no acabe mal... Y ahora vamos a otro asunto muy importante, del que conviene que hablemos seriamente.

GALLO. ¿ Seriamente? ¿ Lo dices en serio?

PÁNF. Tienes unas preguntas de padrón de perros.

GALLO. Soy todo trompas de Eustaquio. Pero antes haz el favor de correrte un poco hacia aquí, no nos caiga encima algún perchero carcomido que nos arroje el iracundo vecino.

PÁNF. ¡ También es vivir en un sobresalto, caray ! *(Se aleja de la tapia.)*

GALLO. Comunica.

PÁNF. Ya sabes que Marcelo Garibay, que aunque algo tarta-

mudo es una buena proporción, está entrando en casa hace más de un año. Indudablemente viene por una de nuestras hijas, pero ni ellas ni yo sabemos por cuál.

GALLO. ¿El nó se ha insinuado?

PANF. Nada. Con las tres emplea las mismas galanterías, los mismos agasajos. Le trae a una una caja de bombones; pues otras dos para las otras dos. Ofrece a cualquiera de ellas un frasquito de esencia; pues a las otras dos otros dos. Dirige a una un piropo; pues el mismo o parecido a las demás.

GALLO. Pero habrá alguna por la que tenga preferencia.

PÁNF. Es de suponer. Y convendría saberlo, porque el muchacho es muy fino, muy simpático y creo que millonario.

GALLO. ¿Tú tienes antecedentes?

PÁNF. Antecedentes, en realidad ninguno. Le conocimos en los baños de Cestona, y allí todo el mundo decía que era un chico de gran posición.

GALLO. ¿Y qué quieres que haga yo?

PÁNF. Pues abordarle cuando la ocasión se te presente.

GALLO. ¿Yo?... ¿Abordarle yo?... ¿Pero qué insensateces dices? ¿Cómo puede un padre preguntar, sin caer en el ridículo, que cuál hija, de las tres que usufructúa, le gusta más a un galán, para que conteste el galán o lo mejor: «Pues ninguna»?

PÁNF. ¿Tú crees que te puede contestar esa bobada un joven correcto y educado? No, Casi. Tú cada día estás más loco. Cuando tanto las obsequia es que le gustan. Ya ves: si tú no me llegas a gustar cuando te declaraste a mí te doy unas calabazas que habrías podido atravesar el Cantábrico sin peligro.

GALLO. Vamos, Pánfila, no hables de lo que me querías, que luego me enteré de que estabas chalada por un capitán y un teniente de alabarderos.

PÁNF. Podía enamorarme porque estaba viuda, y pude casarme con cualquiera de las dos en segundas nupcias; pero no repetí porque no me dió la gana.

GALLO. No repetiste porque no quisieron los alabarderos.

PÁNF. Porque me enamoré de ti, so desagradecido, que, aunque viuda, tenía veintitrés años y una cara que me piropeaban hasta los reyes godos de la Plaza de Oriente.

GALLO. Tendría que oír lo que te dijera Wamba.

ESCENA III

Dichos. Por el foro Margarita, Hortensia y Rosa. Son tres preciosas muchachas vestidas con trajes de calle.

MARG. ¡Hola, papá!

HORT. Buenas, papá.

ROSA. ¿Qué tal, papá?
GALLO. Hola, hijas mías. Sentaos.
HORT. Papá, tenemos que hablar contigo seriamente.
GALLO. ¡Caray! ¿También vosotras?
ROSA. También. Papaíto, no sé si sabrás que Marcelo Garibay...
GALLO. Os obsequia a las tres a un mismo tiempo con iguales regalos, os piropea en grupo y no sabéis a cuál de vosotras se dirige. ¿No es eso?
HORT. ¡Caramba, papaíto! ¡Tú eres mago!
GALLO. No soy mago, pero no ha faltado quien me lo diga.
ROSA. ¿Te lo ha dicho un pajarito?
GALLO. Justo. Un pajarito me lo ha dicho.
HORT. ¿De veras?
GALLO. Palabra de honor.
ROSA. ¿Y se puede saber qué pajarito es?
GALLO. *(Mirando a su mujer.)* Una cacatúa.
PANF. Calla, ganso.
HORT. Pues, ya que lo sabes, te vamos a rogar una cosa...
GALLO. Que aborde a Marcelo y le obligue a declarar cuál es la dueña de su pensamiento, ¿no es eso?
ROSA. ¡Qué listo eres, papá!
HORT. ¡Ya, ya!
GALLO. Bueno, pues le abordaré.
HORT. y ROSA. *(Batiendo palmas.)* ¡Ay, qué gusto!
ROSA. ¡Gracias, papá! Que diga cuál es la preferida.
HORT. Que las demás no nos molestaremos.
MARG. ¡Lo que es yo...! A mí no me gusta. Pero no importa. ¡Que hable claro!
GALLO. Seréis complacidas.
HORT. Y ahora, simpático y cariñoso y amable papaíto, un beso.
ROSA. Un beso de cada. *(Le besan las tres.)*
GALLO. ¡Nada, que con los hijos no se puede tener carácter! Permitidme, que ahora bajo. Voy a escribir dos letras a mi abogado. ¡Estoy que no salgo de mi asombro! ¡Doce minutos sin haber arrojado el vecino ninguna porquería! ¿Vienes, Panfi?
PANF. Sí, subo contigo. *(Vanse ambos por la puerta del hotel.)*

ESCENA IV

Las tres muchachas. Después, por el foro, MARCELO.

HORT. Ya veréis cómo viene por mí.
ROSA. ¡Quia! La que le gusta soy yo. Ya lo veréis.

MARG. Estáis equivocadas. Marcelo viene por mí. Pero como a mí no me gusta, os le regalo.

MARC. *(Entrando por el foro con tres paquetitos en la mano.)* ¿Hay..., hay..., hay...?

HORT. ¡El!

MARC. ¿Hay...?

ROSA. *(Corriendo a él.)* ¡Pobrecillo! ¿Qué le pasa?

MARC. ¿Hay permiso?

ROSA. ¡Ah, sí! Adelante. *(Entra Marcelo.)*

MARC. Señorita Rosa. *(Le entrega un paquete.)* Señorita Hortensia. *(Idem.)* Señorita Margarita. *(Idem.)* Tres presentes que he tenido el júbilo inmenso de adquirir para cada una de ustedes, en la seguridad absoluta de serles grato, arrancando al propio tiempo una sonrisa a sus divinos rostros, sonrisa que al contemplarla me privará por unos segundos de apreciar en toda su grandeza esos ojos, que en cada una de ustedes semejan mapamundis. Porque como todo no se puede contemplar a la vez, o me decido por los ojos o me decido por la sonrisa.

HORT. ¡Qué galante!

ROSA. ¡Qué fino!

MARG. ¡Qué cortés!

HORT. Y vemos con gusto que está usted mucho mejor. Ha dicho usted un párrafo precioso y larguísimo sin tropezar.

MARC. Es que mi tartamudez es del tipo «escalera de rascacielos».

ROSA. ¿Cómo es eso?

MARC. Tiene muchos descansillos, durante los cuales puedo hablar un buen rato sin atascos.

HORT. ¿Y hace mucho tiempo que tiene usted ese...?

MARC. ¿Qué?

HORT. Ese ligero defecto de pronunciación, y usted dispense.

MARC. De na..., de na..., de na...cimiento. La causa fué un sus..., un susto.

ROSA. Pero si fué de nacimiento, ¿cuándo le dieron el susto?

MARC. Es que el sus..., el susto fué a papá.

MARG. ¡Ah, vamos! ¿Un susto hereditario?

MARC. He le..., he le...

HORT. ¡Caramba, qué chulo!

MARC. He le..., he leído que suele ser frecuente.

HORT. ¡Ah! Pues bien, Marcelo, estamos incomodadísimas con usted. ¿Por qué se ha molestado?

ROSA. Esto ya es excesivo.

MARG. Vamos a poner coto de una vez para siempre a sus frecuentísimos obsequios, porque no hay derecho.

MARC. La voluntad en las personas es algo innato en ellas,

algo que con ellas nace, con ellas vive y con ellas hinca el pico. Mi voluntad es firme, como roca milenaria. Ni por nada **ni** por nadie dejaría yo de corresponder con un modestísimo regalo a cada una de ustedes, y digo corresponder porque el cariño, la afabilidad, las innúmeras atenciones que ustedes me otorgan son grandes, grandes como el Can..., Can..., Can..., Can...

MARG. *(Aparte.)* (¡Adiós!)

HORT. ¿Como qué?

MARC. Como el Can..., Can..., ¡maldita sea mi vida!..., el Can..., Can...

ROSA. ¿El galop francés?

MARC. No..., el Can..., Can...

MARG. ¿Un perro doble?

MARC. ¡El Can...! ¡Qué rabia!... *(Rompiendo.)* El Cantábrico.

HORT. Un río, mujer. Si está clarísimo.

MARC. Con permiso de ustedes. *(Saca una cajita de píldoras y toma una.)*

ROSA. ¿Qué toma usted?

MARC. Unas píldoras que me ha recetado el médico. Con una de ellas tengo un ratito de habla normal. Ahora, que el efecto dura poco y no puedo abusar, porque si abuso hablo con demasiada velocidad y tampoco se me entiende. Es un específico. Se llama la «Tartajina».

HORT. ¿Nos permitirá usted ver...? *(Por los paquetitos.)*

MARC. No faltaba más. *(Las tres abren sus paquetes y sacan de ellos tres abanicos.)*

ROSA. ¡Oh! ¡Precioso!

MARG. Es de un gusto exquisito.

HORT. ¡Una monada! ¡Ah, pero si tiene unos versos!

ROSA. Y el mío.

MARG. Y el mío.

MARC. Pueden ustedes leerlos. Son vulgares y ramplones. A mi pobre cacumen no se le alcanza más; pero mi voluntad..., ¡ah!, mi voluntad es firme como roca milenaria... Me parece que se lo he dicho ya esto de la roca...

HORT. Sí, señor, sí. Vamos a ver. *(Leyendo.)* «A Hortensia Gallo.

Maceta quisiera ser,
y a usted Hortensia tener
plantada en mí un año y pico.
¡Yo maceta, qué placer!
Y ahora deseo saber
si m'aceta este abanico.»

HORT. ¡Muy ingeniosos! ¿Verdad?
LAS OTRAS DOS. ¡Mucho!
MARC. Vulgares y ramplones.
ROSA. Mirad el mío. *(Leyendo.)* «A Rosa Gallo.

Si la llego a tutear
y la doy a usté a probar
una crema deliciosa,
la diré sin vacilar:
«Prueba, Rosa.»
Porque nunca hay que abusar,
y aunque usted es bondadosa
se puede usté incomodar
si la digo: «Cata, Rosa.»

ROSA. ¡Graciosísimos!
MARC. Vulgares y ramplones.
MARG. Allá van los míos. *(Leyendo.)* «A Margarita Gallo.

Margaritas como usted,
tan frescas y tan bonitas,
quisiera un millón tener
en fila y preparaditas.
¡Lo que yo iba a agradecer
que me echaran Margaritas!»

MARG. ¡Muy bien!
MARC. Vulgares y ramplones. El primer verso no aconsonanta; pero yo he pensado: «Lo mismo le dará», ¿no?
MARG. ¡Ah, igual! Pues tanto los versos como los abanicos son tres preciosidades.
MARC. ¡Oh, por Dios, no me avergüencen! Tres mezquindades, tres objetos baladíes, tres tontunas. Yo les suplico que no se acuerden del día de hoy...
MARG. Repito que tres monadas.
MARC. Tres, mier..., tres, mier...
TODAS. *(Asustadas.)* ¡Marcelo!...
MARC. Tres, miércoles de julio de mil novecientos veintisiete. No se acuerden del día de hoy.
TODAS. ¡Ah!

ESCENA V

Dichos. GALLO por el hotel.

HORT. Mira, papá, mira qué tres abanicos más preciosos Son de Marcelo.
GALLO. ¡Caramba!

ROSA. *(Aparte a Gallo.)* Anda, ahí te dejamos con ei, y aprovecha.

GALLO. Pero...

HORT. Anda, papaíto. Hasta ahora, Marcelo.

MARC. A su media docena de pies. *(Vanse las muchachas por el hotel.)*

GALLO. Señor Garibay, yo le agradezco a usted con toda mi alma los tres bonitos regalos que se ha tomado la molestia de traer a mis tres hijas, y naturalmente que unidos al mío van los agradecimientos de mis tres pimpollos.

MARC. *(Después de tomarse otra píldora.)* Nada merecen, noble señor Gallo, las tres futesas que me he permitido ofrendar a esas tres Gracias de Rubens, y me tornasolan ustedes la faz de sonrojo al elogiar con exceso esos tres puñados de varillas, con tres países muy modestos, que si de cada uno el varillaje es malo, créame usted que el país es una desdicha.

GALLO. Modestia, y nada más que modestia. Acerque aquí aquella butaca y siéntese a mi lado.

MARC. Con su venia. *(Toma una butaca y se sienta junto a Gallo.)*

GALLO. Pues, nada, amigo Garibay; es usted de una galantería *luisquincesca.* ¿Un cigarrillo?

MARC. No fumo.

GALLO. Bien hecho. Pues, bueno, vamos a ver, pollo.

MARC. Usted dirá, señor Gallo.

GALLO. Usted, con bastante frecuencia, obsequia a mis hijas con sendos regalos, y eso ya traspasa los límites de la galantería. El menos avisado podría sospechar que esa asiduidad galante encerraba algún fin particular, aunque a primera vista misterioso.

MARC. No le comprendo a usted, señor Gallo.

GALLO. Quiero decir que puede usted regalar a las tres y ser, no obstante, una sola por quien hace usted los dispendios, so truchuela.

MARC. Señor Gallo. Nunca encerraron mis acciones nada anormal ni cabalístico. Crea usted que juego con una limpieza de laboratorio moderno. Sus bellas hijas son acreedoras a mi atención y a mi admiración, lo mismo que usted y su bonísima consorte.

GALLO. Gracias, en el nombre del padre.

MARC. Ha men...

GALLO. Et cum spíritu tuo. Y de la madre...

MARC. Ha men...

GALLO. Gloria tibi dómine.

MARC. Ha men... Ha mentado usted dos nombres, al padre

y la madre, sagrados para mí y para todo ciudadano que sea amantísimo hijo.

GALLO. Bueno, al grano. ¿Cuál de las muchachas merece su predilección?

MARC. Las tres, señor Gallo.

GALLO. ¡Pero, hombre, que no estamos en Turquía!

MARC. ¡Desgraciadamente! Porque las tres son tan bonitas...

GALLO. Bueno, pero yo lo que quisiera saber es cuál de las tres chicas le gusta más.

MARC. *(Sacando su reloj y consultándolo.)* ¡Las tres! *(Levantándose.)* Con permiso de usted... Me tiene citado el médico... Volveré, don Casi, volveré. Mu..., mu..., mu..., muy suyo. *(Vase precipitadamente por el foro.)*

ESCENA VI

GALLO. Después DOROTEA por el hotel. Luego MORÓN, en la tapia.

GALLO. Bueno, si lo entiendo, que me rasure un loco. Lo único que saco en limpio es que le gustan todas..., como a cada quisque. *(En este momento cae a escena, lanzada por encima de la tapia, una espuerta muy vieja y rota.)* ¡Vaya!... ¡Hacía mucho tiempo!... *(La recoge.)* ¡Pero qué sinvergüenza de colindante!... *(La arroja por encima de la tapia al otro lado.)* Bueno, eso ya sé yo cómo se va a acabar. Le pongo un pleito. *(Vase por el espacio comprendido a la izquierda entre la verja y la fachada del hotel. Sale por la puerta del hotel Dorotea, con un jarro en la mano; se dirige al pozo y empieza a tirar de la cuerda para sacar agua. La garrucha del pozo chirria, y al oirla se asoma por la tapia Morón, con un cuadernito de apuntes y un lápiz en la mano.)*

DOROT. *(Cantando mientras saca el agua.)*

Algún día querrá Dios
que yo te encuentre en la calle,
y ajustaremos las cuentas,
y el que debiere, que pague.

MORÓN. *(Asomando por la tapia.)* ¡Y tanto que ajustaremos cuentas! ¡Y tanto que pagará el que deba! Vamos a ver. *(Leyendo en el cuadernito.)* «Suma anterior, dos mil seiscientos cuarenta y ocho litros en lo que va de año.» Más unos treinta litros de hoy. *(Apunta.)* Ahora, para obtener el total de los tres años, no hay más que tomar esta cifra y elevarla al cubo. *(Dice esto en el mismo momento en que aparece el cubo en la boca del pozo.)* Eso es. ¡Le arruino! *(Desaparece. Dorotea vierte en el jarro el agua del cubo, vuelve a dejar éste en el pozo y vase por el hotel, siempre cantando.)*

ESCENA VII

MONSIEUR BOUQUET, MADAME GATEAU y SALVADOR.

GAT. *(Aparecen por la parte exterior de la verja del foro, que estará cerrada, Monsieur Bouquet y Madame Gateau. Son dos franceses de unos cuarenta a cincuenta años de edad. Visten de un modo estrafalario, con atavíos pasados de moda. Monsieur Bouquet lleva bigote y una ridícula luchana. Lleva éste último en la mano una maleta bastante grande y muy vieja y manchada. Miran la inscripción de la puerta de entrada, y tiran del cordón, haciendo sonar suavemente la campana. Por la puerta del hotel sale Salvador, que les abre e invita a entrar. Es un campesino que hace en el hotel de jardinero.)* ¿Los señogues de Gallo?...

SALV. *(Acento andaluz.)* Aquí ez, zí, señora. Pazen uztés. *(Tanto Madame Gateau como Monsieur Bouquet hablan un castellano macarrónico, con un acento francés muy cerrado.)* Ziéntenze. ¿Tienen la bondaz de desirme sus nombres?

GAT. Anuncie usté a la profesora de idiomas de las señoguitas, madame Gateau y su esposo, el profesor de esgrima monsieur Bouquet.

SALV. Mu bien, mu bien. *(Vase por el hotel.)*

GAT. Escúchame, Renato. Yo supongo que no subirás arriba esa maleta tan asquerosa.

BOUQ. ¡Qué voy a subir yo maleta..., qué voy a subir yo maleta!

GAT. Pudiste habeg escogido una otra más decente.

BOUQ. ¡Pero Ivette! ¿Qué querías que cogiera? Para traer lo que portamos en ella, bien está. Los dos jamones que nos han regalado los señogues de La Cerda...

GAT. La media docena de chorizos del señor Pamplona...

BOUQ. E la butifarra del señog don Gregorio Catalán. Yo te digo que para eso bien está el *sac de nuit* este.

GAT. Bien, bien. Déjalo por ahí, sobre la *pelouse. (Pronúnciese pelús.)* El *cható* es de toda confianza. *(Renato deja la maleta en un rincón.)* Yo soy muy contenta de haber venido. Este pequeño pueblo quedaba al paso en nuestro viaje de vuelta. Las tres señoguitas Gallo son mis discípulas, y yo te digo, Renato, que por *politesse,* éramos obligados a detenernos aquí una o dos horas, para saludaglos...

BOUQ. Para saludaglos y cobrarles el recibo de junio.

GAT. También, también. Aquí lo traigo. *(Saca un papel de su bolso de mano y lee.)* «Señoguita Margarita Gallo: Clase alterna. Gramática francaise, bordado y croquet, cien pesetas Señoguita Hortensia: Dibujo, mah-jong y tenis, cien pesetas. Señoguita Rosa: Manejo del teléfono automático, elementos culinarios y gimnasia chueca, cien pesetas.«

BOUQ. Très bien.

GAT. Tres..., tres..., trescientas pesetas. ¡Oh!... Mira, Renato..., un columpio... ¿Te acuerdas?

BOUQ. ¿No me voy a acordar, Ivette? Era en la feria de Saint Germain. Yo te convidé al columpio. Tú te mecías...

GAT. Tú me empujabas...

BOUQ. En uno de los vaivenes te cogí por una pierna, te paré y te declaré mi pasión.

GAT. ¿Y yo qué te dije?

BOUQ. Pues me dijiste: ¡«Oh, mon bébé cherí»! ¡Qué bonita estabas!

GAT. ¿Pues y tú?

BOUQ. ¿Quieres que recordemos?

GAT. Deja...

BOUQ. ¡Anda!... Sube... Verás... Tú estabas así... *(La obliga a subir al columpio y empieza a mecerla.)*

ESCENA VIII

Dichos. Morón por la tapia. Después Hortensia asomando un momento por el hotel.

MORÓN. *(Asomándose con un papel en la mano.)* Oiga, joven meciente. Tenga la bondad de abonar cuatro pesetas. *(Le entrega una papeleta.)* El recibito.

GAT. ¿Cuatro pesetas? «¿Pour quoi?» *(Pur cuá.)*

MORÓN. Por recreo oscilante en ese columpio que pende de la rama de un árbol de mi propiedad. Y un servidor, como dueño del punto de apoyo de ese artefacto balancíneo, cobra sus derechos.

BOUQ. Yo no había visto en mi dilatada vida nada más extraordinario. Supongo que lo dirá «pour rigoler».

GAT. Será una «plesanterie».

MORÓN. ¿Cómo rigoler? ¿Cómo plesanterie?... Usted se columpia y usted paga. *(Imperioso.)* ¡Cuatro pesetas!

BOUQ. ¿Qué hacemos, Ivette?

GAT. ¿Qué quieres hacer?... Paga, Renato.

BOUQ. *(Sacando un duro.)* Bien, bien. Tenga usted, señog. Cinco pesetas.

MORÓN. Está bien.

BOUQ. Pero ¿y la vuelta, señog?

MORÓN. Tratándose de un columpio no se puede dar una vuelta, porque se estrella el columpiante. Muy de ustedes. *(Desaparece.)*

BOUQ. ¡Oh, qué hombre explotador!... Baja, baja Ivette, no sea que vuelva y pida más. *(Ivette se baja y va a sentarse.)* No, no te sientes, caramba, que a lo mejor es suya la butaca y nos cobra.

HORT. *(Asomándose a la ventana del piso bajo.)* Madame «Gató»... ¿Quieren pasar?...

GAT. ¡Oh! Señoguita..., inmediatamente...; *alon,* Renato. *(Entran ambos en el hotel.)*

ESCENA IX

SALVADOR. En seguida un PALETO por el foro con una cesta al brazo. Después GALLO por la izquierda.

PAL. *(En el foro.)* ¿Hay premiso?

SALV. Der to. *(Abre la verja y pasa el Paleto.)*

PAL. ¿Es usté de la casa?

SALV. Zí, zeñó.

PAL. Pues va usté a hacerme el favor de entregar al señorito esta cesta de huevos. *(Mirando una nota que saca del bolsillo.)* Un ciento de huevos frescos, de la granja del señor Berzote.

SALV. Mu bien. Ze le entregarán.

PAL. Gracias, y hasta más ver.

SALV. Adiós. *(Vase el Paleto. Salvador entra la cesta en el portal del hotel y desaparece.)*

GALLO. *(Saliendo por la izquierda.)* No está mal la huertecilla. *(Viendo la maleta.)* Pero ¡maldita sea!... ¡Este tío no escarmienta!... ¡Otra porquería que me ha tirado al jardín! Pues yo como siempre. Cosa que tire, cosa que le devuelvo. *(Tira la maleta por encima de la tapia.)* ¡Y vaya un pingo de maleta que me había tirado!... Llena de pringue, y oliendo a cochiquera que dan náuseas. *(Saca el pañuelo y se limpia.)* No voy a tener más remedio que llevar este asunto a los Tribunales.

ESCENA X

GALLO. Por el hotel PÁNFILA, MARGARITA, HORTENSIA, ROSA, MADAME GATEAU y MONSIEUR BOUQUET.

MARG. *(Saliendo con los demás.)* Aquí está papá.

GALLO. ¡Caramba! ¡Monsieur Bouquet y madame Gateau! ¡Tanto bueno por aquí! *(Saludos y apretones de manos.)*

BOUQ. ¡Messié Galló!

GAT. A visitagles por muy poco tiempo, porque queremos marchar en seguida.

GALLO. ¡Agradecidísimo!

BOUQ. ¡Ah, caramba!... Ahora que me fijo... *(Busca por todas partes.)*

GALLO. ¿Qué busca?

BOUQ. Sin duda el jardinero ha entrado en el *cható* nuestra maleta, porque no la veo donde la dejé.

GALLO. ¡Ah! ¿Pero usted dejó...?

BOUQ. Aquí sobre la *pelouse*... una maleta vieja.

GALLO. *(Aparte.)* (¡Arrea!... La que yo he tirado al jardín del vecino.) *(Alto.)* ¿Y qué? ¿Llevaban ustedes mucha ropa en ella?

GAT. De ropa absolutamente nada. Todo va en el baúl.

GALLO. *(Aparte.)* (¡Vaya, menos mal!)

GAT. Pero, en cambio, habíamos metido un par de jamones que valdrán cada uno al menos cincuenta pesetas.

BOUQ. Y butifarra y chorizos.

GALLO. *(Aparte.)* (¡San Antón me valga!)

GAT. De modo que a ver dónde está esa *charcuterie*.

GALLO. *(Aparte.)* (¡Tendrá suerte ese idiota de vecino!... Le han caído del cielo dos jamones con accesorios.)

PANF. ¿Y ustedes la dejaron aquí?

BOUQ. Aquí mismo. *(Indicando el sitio.)*

HORT. Llamaremos a Salvador...

MARG. Claro. *(Hacen intención de ir al hotel.)*

GALLO. No. Esperen, esperen. Salvador me parece que no está. ¿De modo que usted dejó aquí la maleta?

BOUQ. Aquí.

GAT. Y si la has dejado aquí, la maleta no se ha perdido, ¿verdad, señor Galló?

GALLO. Naturalmente. Si la dejó usted aquí... pues la maleta está aquí..., o tres metros más allá..., o quince metros mucho más allá...

BOUQ. No, quince metros no. Será, todo lo más, hasta la tapia esa, porque ya, después de la tapia, no puede ser, ¿verdad?

GALLO. Pues mires usted, se dan casos, señor.

GAT. Yo lo que digo es que la maleta no es un aeroplano que se le da al motor, y ¡zas!, despega, toma aire, se eleva en el espacio y vuela. ¿No le parece a usté?

GALLO. A lo mejor, no crea usted que..., claro..., no es un aeroplano..., pero a lo mejor, como digo, le da a un trebejo de esos por volar y se da unas cuantas vueltas por el aire y cae a la media hora.

GAT. ¡Oh!... ¡Qué juliovernesco es usted!

GALLO. No, nada de eso. Ustedes me tomarán por loco, pero, vamos..., que esa maleta vieja vuelve aquí por el aire es viejo..., cuestión de minutos. *(Por encima de la tapia aparece la maleta arrojada desde el otro lado. Describe una curva por el aire y cae en escena.)* ¿Eh?... ¿Qué decía yo?...

GAT. ¡*Oh, nom de nom de Dieu*! *Vualá* la maleta.

BOUQ. *Es epatant. Me.* ¿Por dónde ha venido?...

GAT. *Regarde,* Renato, si están los jamones.

BOUQ. *Me* naturalmente que estarán los jamones.

GALLO. *(Aparte.)* (¡Que te crees tú eso! Yo voy a irme preparando.) *(Alto.)* Pues..., les diré a ustedes..., a lo mejor se ha abierto la maleta y se han caído los perniles.

GAT. ¡Oh, *quel blague*! ¿Y las correas, se han atado solas?

GALLO. *(Viendo que están atadas.)* Pues es verdad.

GAT. Anda, abre la maleta.

BOUQ. Voy. *(La abre.) Rián.* ¡Ni un chorizo, ni un jamón!

GALLO. *(Aparte.)* (¡Qué canalla! ¡Permita Dios que tengan trichina concentrada!)

PANF. ¿Pero qué explicación tiene esto, Casimiro?

GAT. Justamente, eso digo yo. ¿*Cóme* se explica la maleta que cae *per l'aire, sans* la *charcuterie*?

BOUQ. ¿E quién nos va a abonar la charcuterie?

GALLO. ¡Vaya, qué demonio! Hay que decirlo todo. Esa maleta se la arrojé yo al vecino colindante creyendo que él la había tirado aquí primero. He sufrido una equivocación que lamento. Y esto es todo.

GAT. ¡Ah! ¿De modo que el que ha robado los jamones es el vecinito?

GALLO. Sí, señora.

BOUQ. ¿El que me ha cobrado cinco pesetas por un minuto de columpiarse mi señoga?

GALLO. ¿También eso? Pues sí, señor. Es él.

GAT. Pues hágale una reclamación.

GALLO. Es inútil. Ese tío no devuelve ni los buenos días. Dice que lo que cae en su finca suyo es, y de ahí no hay quien le saque. Pero no se apuren ustedes. Le pondré un pleito y ustedes recobrarán sus jamones.

GAT. ¿Cuándo?

GALLO. Como es un *menor cuantía*, no creo que tarde más de cinco o seis años.

GAT. ¡Oh, la, la! Es que entonces los jamones seremos nosotros. Mira, Renato, vamos a la *Gare* a informarnos mejor, porque si pasamos aquí otra media hora no nos queda ni para el billete de vuelta.

BOUQ. Sí, sí, vamos.

GAT. *Returnaremos* a despedirnos.

GALLO. Vayan con Dios. *(Vanse por el foro los dos franceses.)*

ESCENA XI

Dichos menos los franceses. Después queda en escena MARGARITA. En seguida FAUSTO, que se asoma por la tapia.

GALLO. ¡Pobre gente! ¿Quién se iba a figurar?...

PÁNF. Verdaderamente, esto no es vivir. Hay que tomar alguna decisión.

GALLO. Yo había pensado una, pero era a base de que no existiera el Código penal... ni la Guardia civil.

PÁNF. ¿Cuál?

GALLO. Asesinar a Morón.

MARG. *(Sin poderse contener.)* ¡Eso no! ¡Pobre señor!...

GALLO. ¡Ah!, ¿te interesa ese monstruo?

MUARG. No, a mí no...; pero, vamos... un crimen...

PÁNF. Tu hija tiene razón. No se te ocurren mas que sandeces.

GALLO. ¡Pánfila!...

PÁNF. Hay que pensar en algo racional.

GALLO. Bueno, lo pensaremos. Venid a ver la huerta. Veréis qué calabazas y qué melones. Está hermosísima.

PÁNF. Vamos allá. ¿No vienes, Margarita?..

MARG. Yo ya la he visto. *(Vanse todos menos Margarita por la izquierda.)*

MARG. Ahora que están entretenidos voy a ver si puedo hablar unos minutos con Fausto. Reclamaré. *(Saca del bolsillo un reclamo de codorniz o perdiz.)* En cuanto Fausto escuche el canto de la saltadora ave contestará, según tenemos convenido. Hay que reconocer que tengo una desgracia horrible. Me enamoro de ese muchacho, que es muy simpático, muy cariñoso... y muy guapo..., y se entabla entre su padre y el mío un antagonismo tan feroz que no se han matado a estas horas, porque el Altísimo es bonísimo y mira por nosotros. Y, claro, ¡cualquiera le habla a mi padre de este noviazgo! Me encerraba en un claustro. Así es que, ¡pobre de mí! ¿Qué voy a hacer?... Tengo que callarme y fastidiarme. Porque, ¿a quién reclamo?... A nadie... Y aunque pudiera. ¿Qué adelantaría con reclamar? *(Tocando el reclamo.)* Ta, ta, ta.. Ta, ta, ta.. *(Se escucha al otro lado de la tapia otro reclamo que contesta: Ta, ta, ta... Tá, ta, ta... Ta, ta, ta...)* ¡Es él..., sí, sí.. ya está. *(Sube lentamente por la gradilla, tocando siempre el reclamo. Sigue escuchándose el otro que contesta. Al llegar a lo alto se encuentra con Fausto que asoma por la tapia.)* ¡Fausto!

FAUSTO. ¡Margarita!...

MARG. ¿Conociste el reclamo?

FAUSTO. Claro que lo conocí. Todo el día de ayer y parte de hoy he estado pendiente de tu llamada.

MARG. ¿Habrás oído las broncas de tu papaíto y el mío?

FAUSTO. Las he oído, Márgara mía, y cada palabra grosera e insultante de los autores de nuestros días llegaba a mi corazón como estaño derretido por el soplete del operario fontanero.

MARG. ¡Cómo hablas, Fausto! ¡Qué fraseología deslumbrante es la tuya! Si Cervantes viviera no te podría ver!

FAUSTO. Gracias, Márgara, pero no hay tal cosa. Es que tú eres muy buena y tu bondad te hace ver castillos almenados con fosos, barbacanas, poternas y rastrillos, donde sólo hay modestas chozas de pastores.

MARG. ¡Ay, Fausto! Lo digo siempre y lo repetiré una y mil veces. Tienes unas imágenes de catedral bizantina.

FAUSTO. Si no estuviéramos a estas alturas, y tan a la vista de otros hoteles que nos dominan con los vigilantes ojos de sus ventanas y demás huecos, pagaba esa frase tuya con un beso de locura en ese hoyo que tienes en la barbilla.

MARG. ¡Y dale con el hoyo! ¿Pero quieres decirme qué tiene este hoyo?

FAUSTO. Un encanto que no tuvieron jamás las tan cacareadas hadas de los cuentos. ¡Hoyo mágico, que me robaste la tranquilidad en el momento en que te vi; hoyo divino, que eres mi pesadilla constante; hoyo...!

MARG. Escucha, Fausto...

FAUSTO. Hoyo cuyo recuerdo me produce embriaguez; hoyo...

MARG. Escucha...

FAUSTO. Hoyo que va...

MARG. Oye, que vienen.

FAUSTO. No «oyo» nada.

MARG. ¡Caray! ¿Quieres callarte?...

FAUSTO. ¿Qué pasa?...

MARG. Me parece que oigo pasos... *(Aparece Gallo por la izquierda.)*

FAUSTO. *(Viéndole.)* ¡Retumba! *(Desaparece.)*

ESCENA XII

MARGARITA, GALLO. Después MORÓN por la tapia.

GALLO. ¡Muy bonito!

MARG. *(Aterrada.)* ¡Papá!...

GALLO. ¡Precioso!

MARG. ¡Papaíto!...

GALLO. Tenga usted la bondad de descender de la escalera.

MARG. Con muchísimo gusto, papaíto.

GALLO. ¿Qué es eso que has guardado precipitadamente?

MARG. ¿Esto? *(Sacando el reclamo.)* Pues esto..., verás..., es una cosa muy entretenida... *(Toca el reclamo.)* Ta, ta, ta. Ta, ta, ta...

GALLO. Caramba, un reclamo, sin duda para... *(Aparte.)* (¿Si serían ciertas mis sospechas?...) *(Alto.)* Muy ingenioso, muy

ingenioso, ¡ya lo creo! ¡Así estaba yo de contento y satisfecho con mi codorniz, y no hacía mas que exclamar: ¡caramba, ese animal da más golpes que un marido ultrajado! ¿De modo que yo, creyendo todos los días cándidamente que cantaba la codorniz, y tú y ese granuja,, hijo de bandido y quién sabe si nieto del «Tempranillo»...?

MARG. ¡Papá!.,.

GALLO. ...dándomela con «Camambert»?

MARG. No, no, papá...

GALLO. Sí, sí...; pero eso lo voy a arreglar, y muy pronto. *(La quita el reclamo.)*

MARG. Yo te ruego...

GALLO. ¡Silencio! Haga usted el favor de subir al cuarto de costura.

MARG. Está bien.

GALLO. ¡Y no se mueva usted de allí en dos horas!

MARG. Está bien.

GALLO. ¡Hala!...

MARG. Adiós, papaíto. Pero te juro...

GALLO. ¡Hala! *(Vase Margarita precipitadamente por el hotel.)*

GALLO. Al que pide hijos le daba yo en pleno cogote con una barra de hierro de cincuenta centímetros. Voy a ver si ese idiota de niño fronterizo cae en el lazo, y le voy a dar una que ¿«pa qué»?... *(Hace sonar el reclamo.)* Ta, ta, ta... Ta, ta, ta... *(Empieza a subir la gradilla. El otro reclamo responde: Ta, ta, ta... Ta, ta, ta...)* ¡Pica, pica!... *(Vuelve a tocarle y le contestan acercándose cada vez más.)* ¡Le toca primorosamente!... ¡Su madre, qué bien le toca!... *(Viendo aparecer a Morón.)* ¡Su padre!...

MORÓN. ¡Caramba! Reclama usted más que una agencia.

GALLO. ¡Pero cómo!... ¿Es usted?...

MORÓN. El mismo.

GALLO. Pues yo me figuré que sería su hijo.

MORÓN. Le acabo de sorprender encaramado en esta escalerilla. Le hice bajar, le insulté, le mandé a estudiar, le quité el reclamo, y cuando me iba a marchar reclamaron ahí, pensé que fuera su hija, y se me ocurrió subir y reprenderla.

GALLO. Lo mismo me pasó a mí. Porque yo no consiento estas relaciones.

MORÓN. ¡Toma, ni yo! Antes mato a mi hijo.

GALLO. Y yo a mi hija. Hombre, y me alegro verlo, para hacer constar que es usted un fresco, comparable a los mejores de Goya.

MORÓN. ¿Yo? ¿Por qué?

GALLO. ¿De modo que impensadamente le arrojo una maleta,

ve usted que tiene dentro dos jamones y se queda usted con ellos, devolviéndome el artefacto? Supongo que tendrá usted la bondad de restituirlos, porque son de un señor amigo y se los tengo que reintegrar.

MORÓN. ¿Quién, yo? ¿Devolver yo los jamones? ¡Nunca! Ya los estarán poniendo en dulce.

GALLO. ¡Pero qué rapidez tiene este hombre para decidir los guisos de todo lo que le cae!

MORÓN. ¿Tiene algo más que relinchar el apreciable vecino?

GALLO. *(Furioso.)* ¡Relinchar!... *(Amenazándole.)* ¡Si no pensara en mis hijos!...

MORÓN. Pues muy suyo. *(Desaparece.)*

GALLO. ¡Señor! ¿Para cuándo son las centellas?... *(Baja de la gradilla.)* ¡Una tormenta horrible..., una descarga eléctrica sobre ese edificio, y pavesas! Nada, que no voy a tener más remedio que ir a Ocaña. ¡Cuidado que Ocaña es un punto que no me gusta nada; pero si esto sigue así...! *(Aparecen en el foro los franceses, tocan la campana y Gallo va a abrir, dejando ya abierta la puerta en el resto del acto.)*

ESCENA XIII

Dicho. En seguida los franceses por el foro. Después PÁNFILA, HORTENSIA y ROSA por la izquierda. Después SALVADOR por el hotel. Luego el PALETO. Después MARCELO, y, finalmente, MORÓN por el foro.

GAT. *(Entrando con su esposo.)* Bueno; ya nos han dicho cuándo nos podemos marchar de aquí.

GALLO. ¡Ah!, ¿sí? Caramba, qué suerte.

GAT. Nos somos informados en «la Gare».

GALLO. ¿Y cuándo?

GAT. Dentro de cuatro días, que pára un mixto hora y pico.

GALLO. *(Aparte.)* (Bueno, a este matrimonio le voy a tener que echar al jardín del vecino con maleta y todo.) *(Entran por la izquierda Pánfila, Hortensia y Rosa.)*

SALV. *(Que sale por el hotel con la cesta de huevos en la mano.)* Señorito...

GALLO. ¿Qué quieres?

SALV. Este ciento de huevos que han traído pa osté, de parte del señor Berzote.

GALLO. ¿Berzote?... Yo no conozco a ningún Berzote, ni espero semejante cosa.

PAL. *(Entrando por el foro.)* Con su licencia... Ustés disimulen...

GALLO. De nada. ¿Qué desea?

PAL. ¿Es usté el amo?

GALLO. El amo soy.

PAL. Pus que yo le dejé endenantes aquí al muchacho ese ciento de huevos, creyendo que usté se llamaba... *(Lee un papel.)* don Arsenio Morón.

GALLO. ¡Caramba!...

PAL. Y resulta que don Arsenio Morón es el señor de aquí al lao.

PANF. ¡Naturalmente!

GALLO. ¿De modo que esta cesta de huevos es para el vecinito de aquí al lado?

PAL. Así parece.

GALLO. ¿Y usted se los va a llevar a su hotel?

PAL. ¡Natural!

GALLO. Pues no se moleste usted, amigo, porque así llegan antes. *(Coge la cesta y la tira por encima de la tapia al jardín contiguo.)*

LOS FRANCESES. *(Palmoteando de alegría.)* Très bien... très bien.

PAL. ¡Recañada!, ¿pero qué ha hecho usted?

GALLO. Mandárselos en gran velocidad.

PANF. ¡Pero Casimiro!, ¿estás loco?...

HORT. ¡Pero papá!

PAL. ¡Que me van a exigir a mí el importe!

GALLO. Yo se lo abonaré.

PAL. ¡Ah!, siendo así...

MARC. *(Entrando por el foro con tres paquetes.)* Mu..., mu..., mu..., muy buenas.

GALLO. ¡Caramba! Marcelo...

MARC. Me van a permitir la modesta ofrenda de tres cosas sin importancia, pero que sólo una amistad siempre firme...

PANF. ¿Por qué se ha molestado?

MARC. No faltaría más. *(Aparece por el foro, y entra en escena como una tromba, Morón. Viene completamente amarillo, de pies a cabeza, suponiéndose que le ha caído encima la cesta de huevos, rompiéndose éstos sobre él.)*

MORÓN. *(A gritos e indignadísimo.)* ¿Dónde está ese villano, canalla, ladrón...?

PANF. ¡El vecino!... ¡Horror!...

GALLO. ¡Mi madre! ¡Es el hombre natillas!... *(Morón quiere acometer a Gallo. Unos le sujetan, otros escudan a Gallo.)*

MORÓN. ¡Necesito una reparación, señor mío, ¿lo oye usted?... ¡Vengo a batirme..., quiero batirme!...

GALLO. Nada más justo. ¡A la cocina!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Habitación en casa de Gallo. Buenos muebles, sin ser excesivamente lujosos. Una puerta en cada lateral y otra al foro que sirve de entrada. Es de día.

Al levantarse el telón, las cinco mujeres, con rosarios en la mano, están sentadas ante un cuadro grande que representa una Virgen, delante del cual, en un cacharro adecuado, arden algunas lamparillas. Están acabando de rezar el rosario.

ESCENA I

PÁNFILA, MARGARITA, HORTENSIA, ROSA, DOROTEA. En seguida MARCELO por el foro.

PÁNF. Salus infirmorum.
TODAS. Ora pro nobis.
PÁNF. Refugium pecatorum.
TODAS. Ora pro nobis.
PÁNF. Consolatrix aflictorum.
TODAS. Ora pro nobis.
PÁNF. Auxilium christianorum.
TODAS. Ora pro nobis.
PÁNF. Regina angelorum...
MARC. *(Apareciendo en el foro.)* ¿Se puede?
PÁNF. Adelante. Perdone un momento. Siéntese. *(Marcelo entra y se sienta.)* Regina patriarcharum.
TODAS y MARC. Ora pro nobis.
PÁNF. Regina Prophetarum.
TODAS y MARC. Ora pro nobis.
PÁNF. *(A Marcelo.)* Usted dispense...
MARC. Ora pro nobis.
GALLO. *(Dentro.)* ¡Pánfila!... ¡Margarita!...
PÁNF. Ya voy, ya voy. Seguid vosotras.
MARG. ¿En qué estábamos?...
PÁNF. Estábamos en Regina. *(Vase precipitadamente por la izquierda.)*
MARG. Mejor será esperar que vuelva mamá y luego terminaremos.
MARC. Lamento profundamente haber interrumpido con mi presencia inoportuna este simpatiquísimo acto religioso, en el que cinco ángeles elevan sus preces al Altísimo. *(Dorotea vase por el foro.)*
MARG. ¡Caramba! ¡Todo eso de carrerilla! ¿Está usted mejor?

MARC. Estoy casi curado. Sigo un nuevo tratamiento, que consiste en hablar dos horas diarias con una piedrecita metida en la boca. Mano de santo.

HORT. ¿Y hace mucho que le sigue?

MARC. Hoy hace quince días que me pusieron la primera piedra. Y ya ven ustedes.

MARG. ¡Monumental!

PANF. *(Asomando por la izquierda.)* Niñas..., la antiespasmódica.

ROSA. Yo voy por ella. *(Vase por el foro, volviendo a salir en seguida con una taza cuyo líquido mueve con una cucharilla. Entra en la izquierda.)*

MARC. Bueno; pero ¿qué sucede?... Porque aquí algo sucede...

MARG. ¡Una friolera!... ¡La hecatombe!

HORT. ¡La tragedia!

MARG. Pues nada menos que papá tiene un desafío.

MARC. ¡Caramba! ¿Con quién?

MARG. Con Morón.

MARC. ¡Me dejan ustedes pétreo! Y ahora comprendo... Ese rosario que rezaban ustedes...

MARG. Era en acción de súplica para que se encontrara un medio de evitar el lance.

HORT. ¡Pero quia! No lo hay. ¡Más que se ha hecho!...

MARG. ¿Usted no estaba en el hotel de Molinillos el día en que surgió el incidente entre papá y el vecino? Aquello de la cesta de huevos...

MARC. Claro que estaba. Tuve el gusto de presenciar la entrada en el jardín de ustedes del hombre amarillo y la pequeña chirigota que le gastó su papá.

MARG. Bueno. Pues a partir de aquel momento la vida en Molinillos se nos hizo imposible.

HORT. Papá ya no podía salir al jardín.

MARC. ¿Por qué?

MARG. Porque en seguida aparecía en la tapia el vecino, y amenazándole con un cuchillo le decía: «Granuja, a mí me has rebozado, pero yo te he de poner los riñones a la broche.»

MARC. ¡Qué bestia!

MARG. Como aquel odio africano crecía cada vez más, mamá aconsejó a papá que nos viniéramos a Madrid, como lo hicimos a los pocos días, y aquí estábamos, y ya iba renaciendo en nuestros corazones la esperanza de que aquel incidente no tendría más trascendencia, cuando una tarde se le ocurre a papá tomar dos butacas para el teatro Fontalba y asistir con el jefe de su negociado a la representación de una obra recién estrenada con un éxito loco, y que se titulaba: «La mujer que amó locamente trein-

ta y tres veces en esta vida, y no se sació hasta que cumplió los ochenta y cinco años».

MARC. ¡Caray, qué largo es eso!

MARG. Bueno, pues a la segunda escena ocupan las butacas de al lado dos caballeros... Uno de ellos era Morón.

MARC. ¡Qué contratiempo!

MARG. Y por qué maldita casualidad, en la obra, muy poética, había un hermoso «Canto al huevo pasado por agua», que aplaudió el público calurosamente. Aquello debió excitar en Morón el recuerdo de su percance y al terminar el acto sale papá con su jefe a fumar un cigarrillo en el vestíbulo. Morón sale detrás, y no se sabe qué ocurriría entre ellos para que de pronto Morón le sacudiese a papá tres bofetadas tan sonoras que la gente se creyó que eran los acomodadores que daban la señal para empezar el acto segundo.

MARC. ¡Qué cafre! Y su pobre papá se quedaría...

MARG. Figúrese.

HORT. Dice que durante media hora estuvo sintiendo en la cabeza una serie de zumbidos entrecortados y otros continuos, que le recordaban las instrucciones del teléfono automático, pero mucho más fuertes.

MARG. El señor Landeiro, que es el jefe de la oficina, le sacó a papá la cartera del bolsillo, tomó una tarjeta y se la arrojó a la cara a Morón, diciéndole: «Este caballero le rebanará a usted muy pronto los intestinos, so salvaje.» Papá casi no se dió cuenta, y cuando quiso recordar, ya el jefe había nombrado los padrinos y se los había enviado a Morón, que nombró en seguida los suyos. Se reunieron y concertaron un duelo a sable a todo juego, que, según dicen, es de los más graves...

MARC. ¡Ya lo creo! Casi a muerte si las condiciones son algo estrechas.

PANF. *(Dentro.)* ¡Niñas, la cataplasma!

HORT. Voy, mamá. *(Vase corriendo por el foro, saliendo en seguida con una cataplasma, que entra en la izquierda.)*

MARC. ¿Y no habría algún medio de evitar...?

MARG. ¡Imposible! Por papá y por Morón claro que lo habría. Pero resulta que todos los compañeros de oficina de papá han hecho suyo el agravio, y lo mismo les pasa a los del hijo del señor Morón, que está empleado en otra sección del mismo ministerio. Los de papá dicen que las bofetadas no las ha recibido papá, sino todo el negociado primero de la sección segunda de la Investigación de Escayolas Prehistóricas, y que si papá no mantiene el decoro colectivo, y o no se bate o no queda bien en el lance, además de formarle Tribunal de honor y expulsarle, se batirá sucesivamente con todos ellos, para lo cual ya se han sorteado y están tomando lecciones de esgrima.

MARC. ¡Caray, pues eso sí que agrava el asunto!

MARG. Y por si eso fuera poco, mire usted el suelto que ha publicado «El Liberal». *(Saca un recorte de periódico y se lo entrega.)*

MARC. *(Leyendo.)* «Durante la representación de ayer tarde en el teatro Fontalba se produjo un incidente desagradable entre el acaudalado propietario de la acreditada fábrica de persianas titulada «La buena sombra», D. Arsenio Morón, y el inteligente funcionario del ministerio de Artes Plásticas, oficial primero del negociado primero de la sección segunda de Investigación de Escayolas Prehistóricas, D. Casimiro Gallo, de Los Corrales. Amigos de ambos median en el asunto y se juzga inevitable un lance en condiciones graves.»

MARG. ¿Qué le parece?

MARC. Pues que ha tomado esto unas proporciones que nunca pude imaginar.

MARG. ¡Así estamos en esta casa, que todo es desolación y lágrimas y suspiros! *(Suena el timbre del teléfono.)* ¡Ah!, el teléfono. Con su permiso, amigo Garibay. *(Se pone al teléfono.)* ¿Quién llama?... Sí, señor; el 44444... ¡Ah!, ¿es usted, don Alejandro?... ¡Mal, don Alejandro!... ¡Mucho miedo, don Alejandro!... Gracias, don Alejandro... Adiós, don Alejandro. *(Cuelga el auricular.)* ¿Ve usted? Pues todo el día estamos así, contestando a los buenos amigos que se interesan.

ESCENA II

Dichos. GALLO por la izquierda, completamente desfallecido, y sostenido por PÁNFILA, HORTENSIA y ROSA. Lleva una venda negra en la cara. Lo sientan en una butaca.

GALLO. Hola, amigo Marcelo. ¿Ha visto usted?...

MARC. Ya, ya me han dicho. Muy desagradable.

GALLO. No lo sabe usted bien.

MARC. Pero no hay que amilanarse, ¡qué demonio!... Un desafío no es una cosa del otro mundo...

GALLO. A veces sí.

MARC. No, hombre, no. Todo se reduce a que usted le zumbe al adversario y no se deje zumbar por él.

GALLO. Precioso, en teoría.

MARC. Además, que quién sabe... Acaso haya todavía algún medio de evitarlo...

GALLO. Ninguno.

MARC. ¡Hombre, yo..., si ustedes me autorizasen..., no tendría inconveniente en visitar al señor Morón..., hablarle al alma..., tratar de encontrar alguna fórmula...

GALLO. *(Radiante de esperanza.)* ¿Usted haría eso, Garibaycito?...

MARC. Naturalmente, puesto que me brindo.

GALLO. ¡Pues hágalo, Marcelo, hágalo! ¡Vaya en seguida!...

PANF. ¡Sí, sí, Marcelo! ¡Hágalo por nosotras!

MARC. Inmediatamente.

MARG. Y pásese usted por la oficina, a ver qué ambiente hay.

MARC. Ahora mismo. Claro que usted no pedirá gollerías, ¿eh?...; vamos, no exigirá que le den ninguna satisfacción...

GALLO. ¿Le parece a usted floja la satisfacción que me daría no batiéndose?

PANF. Vaya, vaya, Marcelo, y ponga mucho interés. ¡Porque sería horrible, Marcelo, sería horrible! Si yo pierdo a Casimiro, ¡qué tristeza! Además, que mis pobres hijas son ya casaderas. y necesitan la sombra de un padre. Para mí sería muy doloroso ir al matrimonio de cualquiera de mis hijas casada en terceras nupcias.

GALLO. ¡Hombre, podías ir viuda! ¡Caray contigo!

MARC. Bueno, pues hasta ahora. Tengan valor. *(Vase Marcelo por el foro. Suena el timbre del teléfono.)*

PANF. ¡El teléfono otra vez! ¡Jesús, qué día! *(Va al teléfono.)* ¿Quién llama?... ¡Ah!, ¿es usted, doña Lupercia?... ¡Mal, doña Lupercia!... ¡Mucho miedo, doña Lupercia!... Gracias, doña Lupercia... Adiós, doña Lupercia. *(Cuelga el teléfono.)*

GALLO. *(Amargamente.)* ¿Por qué no se batirá doña Lupercia en mi lugar?

PANF. Tranquilízate, hombre. Verás como aun se arregla.

GALLO. Bueno, y a todo esto, ¿no ha venido el doctor Murga?

HORT. Todavía no. Se le avisó hace una hora y... *(Viendo entrar al doctor.)* Hombre, aquí está.

ESCENA III

Dichos, el DOCTOR MURGA por el foro. Hombre de bastante edad.

GALLO. *(Corriendo hacia él.)* Mi querido doctor...

MURGA. Entrañable cliente. *(Se abrazan.)*

GALLO. ¿Ha visto usted, amigo Murga?

MURGA. Nada, nada, lo sé todo. Enterado hasta los menores detalles, percatado hasta lo recóndito, informado hasta lo minucioso. Siéntese el combatiente.

GALLO. Usted primero.

MURGA. De ningún modo. No lo permito. La supremacía siempre la tienen los condenados a muerte.

GALLO. *(Riendo sin gana.)* ¡Caray, qué humorista es usted! Pánfila, hijas mías. Dejadnos solos.

PANF. Venid, hijitas. *(A Murga.)* ¡Por Dios, anímele usted!

MURGA. Descuide. A eso vengo. *(Vanse las cuatro mujeres por la izquierda.)*

MURGA. ¿De modo que un desafío a la vista? ¡Qué sorpresa más agradable! ¡Esto, esto es lo que a mí me seduce! ¡Lo que me encanta! ¡Esto es lo que acredita!... ¡Lo agradecido! Se pasa uno la vida haciéndose un lío ante casos oscuros, misteriosos; enfermedades antipáticas, que son arcanos, incógnitas, jeroglíficos...: un dolor de cabeza..., una lengua sucia..., un pulso intermitente..., ¡y adivine usted lo que tiene aquel cernícalo!... Se figura el vulgo que nosotros somos magos, brujos, sibilas de la Patología, del Diagnóstico y de la Terapéutica..., y los idiotas de enfermos y sus estúpidas familias, empeñados en que diagnostiquemos sin nada serio que nos guíe, que nos oriente... ¡Le digo a usted que es para empezar a tiros con la Humanidad!... En cambio, casos como este de usted, vengan a miles. ¡Qué claridad, qué base más sólida de apreciación! ¡Imposible todo error, descartada toda confusión! Así, por ejemplo, no hay mas que verle a usted el carrillo para poder afirmar que le han dado a usted una bofetada.

GALLO. Tres.

MURGA. ¡Caray! ¿Muy fuertes?

GALLO. No le digo a usted mas que de la conmoción se apagó la luz eléctrica del vestíbulo del Fontalba.

MURGA. Muy bien, muy bien. Como debe ser. Las bofetadas, o no se dan o se dan cumplidas. Y vea usted lo que yo le decía. Ya empieza el médico a lucirse. Diagnóstico exacto. Contusión de primer grado en la mejilla, con flegmasía del tejido celular subcutáneo. ¿Ve usted qué sencillez..., qué encanto?.. E igualmente mañana. Mañana, por ejemplo, en el acto del desafío, le introduce a usted, por desgracia, el contrario, cuarenta centímetros de acero en la carne... Pues muy bien... El bisturí interviene..., ¡zas!...; se ponen al descubierto todas las vísceras, membranas, músculos...; se explora, se hace un trabajo cuidado..., ris, ras..., corto aquí..., tajo allí, el termocauterio..., la gasa fenicada..., el sublimado..., veinte puntos de sutura... ¡Viva la ciencia quirúrgica!... ¡Vengan duelos..., dos mil duelos, mejor que un tifus, una tisis galopante o una bronconeumonía! ¿No le parece?... *(Gallo se ha desmayado.)* Pero oiga, señor Gallo... ¿Qué le pasa?... ¡Se ha privado! *(Sacudiéndole.)* ¡Eh, señor Gallo..., don Casimiro!... ¿No me oye?...

GALLO. *(Recobrando el conocimiento.)* Sí, sí...

MURGA. ¡Vamos, hombre! ¡No sea usted cobarde! ¡Si esto no tiene ninguna importancia!...

GALLO. ¡Friolera!

MURGA. Ninguna, le digo. Estas cosas tenían, efectivamente,

importancia y gravedad hace cincuenta años. Pero hoy no. En aquellos tiempos le destrozaban a usted una pierna y se quedaba cojo. Le rebanaban la nariz y sin ella se quedaba. Pero hoy no.

GALLO. ¿Cómo que no?

MURGA. Como que no. Hoy escribe usted a la Casa *Furben Mitel Zeitungen*, de Berlín, y le mandan a usted en gran velocidad todo cuanto necesite. ¿Qué pide usted un par de piernas? Pues se las mandan corriendo. ¡Y qué maravillas de mecánica ortopédica! ¡Juega usted hasta al foot-ball! Y pagando un poco más, baila usted el charlestón.

GALLO. Sí, yo ya sabía que en ortopedia se ha adelantado mucho después de la guerra. Y tratándose de una pierna o un brazo se concibe... Pero ¿y si me atraviesan el hígado?

MURGA. ¡Hombre, claro que hígados artificiales todavía no se hacen! Pero se sustituyen con otros de animales y es igual. Si usted conociera las experiencias de injerto y trasplantación de órganos del doctor Carrell no se apuraría tanto. Todo se repone, todo se repara. La Casa *Furben Mitel Zeitungen* suministra magníficos catálogos de huesos, de narices, de glándulas, donde puede usted escoger lo que le falte, y a precios muy arreglados. Una buena laringe, seiscientas pesetas. Un músculo *esterno-cleido-mastoideo,* doscientas veinticinco. Cartílagos de *Wrisberg* o de *Santorini,* a diez duros. Y todo así. Mire usted, yo tengo un cliente, al que se le rompió el hueso este de la garganta que ustedes, los profanos, llaman «nuez». Bueno, pues escribimos a la Casa *Furben,* se le puso otra nueva y en paz. Claro es que tratándose de un hueso tan pequeño y tan barato, la Casa no lo vende al por menor. Tuvimos que pedir cuarto de kilo de nueces.

GALLO. Me deja usted atónito.

MURGA. La ciencia, amigo mío. Que se ha adelantado mucho.

GALLO. Pero todo eso no quita para que yo tenga un miedo de antílope. Porque, vamos, la Casa *Furben* hará todo lo que usted quiera, pero yo me encontraba muy bien con lo que me habían fabricado mis papás.

MURGA. Nada, hombre, nada. Levante usted ese ánimo, que aquí estoy yo. ¿El lance se celebrará mañana?

GALLO. Mañana, sí, señor.

MURGA. ¿A qué hora?

GALLO. Creo que a las doce.

MURGA. Muy bien; pues yo vendré a buscarle con el botiquín preparado para que nada falte. Le va a dar a usted hasta gusto acudir al terreno. Es una cosa nueva, una nota de color. Entereza, ¿eh?, entereza. A ver ese pulso. *(Le pulsa.)* ¡Caray, qué precipitado! Mire, yo volveré a la noche y le daré una inyección tónica

y calmante. Después tomará usted un laxantito. En estos casos hay que procurar llevar el vientre bien.

GALLO. Yo creo que lo que hay que procurar es traérselo bien a casa.

ESCENA IV

Dichos. PÁNFILA por la izquierda. Después MADAME GATEAU por el foro.

PANF. *(Saliendo.)* ¿Qué? ¿Cómo le encuentra usted, doctor?

MURGA. *(Bajo de tono.)* Hay que templarle un poco. Dele usted medio vaso de cognac. ¿Qué toma de alimento?

PANF. Casi nada. Le estamos sosteniendo a fuerza de caldos de gallina.

MURGA. ¡Hombre, no! ¡Eso no! ¡Gallina a un hombre muerto de miedo!... ¡Qué torpeza! ¡Chuletas, buenas chuletas!

PANF. No las quiere. Le recuerdan la cuestión.

MURGA. Pues se le obliga. Que coma, que coma. Yo ya he levantado un poco su espíritu. No dejemos desplomarse la materia. Vaya, hasta la noche, que volveré a ponerle la inyección. *(Abrazando a Gallo.)* Adiós, pusilánime. ¿No le da vergüenza? Míreme usted a mí. Nada, hombre, nada. ¡Agallas, agallas! Servidor de ustedes.

PANF. Adiós, doctor. *(Vase Murga por el foro.)*

GALLO. ¡Agallas, agallas!... Como él no se va a batir...

DOROT. *(Por el foro.)* Señora. Ahí está Madame Gateau.

PANF. Que pase, que pase inmediatamente. *(Vase Dorotea y entra Madame Gâteau.)*

GAT. ¡Oh mes amis!... ¡Quel bonheur!..., ¡Qué satisfacción!... ¡Qué regocijamiento! ¡Oh, lá, lá!...

GALLO. ¿Le ha tocado a usted el gordo, amiga Ivette?

GAT. ¿*Come* gordo?... Nada de eso, mi bravo señog Galló. ¡Olé!... Vengan esos cinco. Cuando recibimos su aviso esta mañana, mi esposo e una servidora, nos complacimos grandemente. ¡Qué bonita novedad!... ¡Usté, señor Galló, un desafío a muerte!... ¡Bravo, bravo! ¡Oh, qué bello gesto el de usted, don Casimiro! Usted nos va a transportar a los gloriosos tiempos de los Cruzados..., de los Caballeros de la Tabla Redonda..., los Pérez del Pulgar..., los Carrillos de Albornoz...

GALLO. Mire usted, doña Ivette, a mí no me hable usted de los Carrillos, o tenemos un disgusto gordo.

GAT. *Me ¿pourcuá?*

PANF. ¿Pero usted no ha visto cómo los tiene?

GALLO. Fíjese. Tres guantazos,q que cuando salí de Fontalba creía la gente que salía de los Almacenes Rodríguez con un par de globitos. Me cruzó la cara tres veces.

GAT. ¡Ah!, *me* usté se vengará. Usté quedará como un Cruzado.

GALLO. ¿Cómo que quedaré? Que he quedado ya.

GAT. Pues mi esposo no será tardo en venir. Precisamente fué al Círculo Bilbaíno, a la Sala de Armas, *per* dar lección a un señor que tiene un lance pendiente.

GALLO. ¡Ah!, ¿sí? ¡Caray, ahora todo se vuelven desafíos! Pues yo, madame, estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

GAT. ¡Oh, qué tontería! No hay que apurarse, señor Galló. Con la lección de esgrima que le dará mi esposo quedará usted por encima del contrario. Yo soy a garantizárselo.

GALLO. ¿Usted cree, amiga Ivette?

GAT. Soy segura. Mi esposo sabe una estocada secreta maravillosa, que no se puede parar de ningún modo.

PANF. ¡Hombre, Casimiro, que te la enseñe!

GALLO. ¿Una estocada secreta?...

GAT. Sí, señor.

GALLO. ¿Y con esa estocada puedo yo meterle al sinvergüenza ese...? *(Acción de tirarse a fondo.)*

GAT. Todo el sable, hasta el puño.

GALLO. ¡Caracoles, esto de la estocada secreta me ha animado un poco! ¡Si yo tuviera la suerte de...! *(Nueva acción de esgrimir.)* Bueno, me iba a sonreír de Godofredo de Bouillón.

ESCENA V

Dichos. Por el foro Monsieur Bouquet. Lleva una funda verde con dos sables y un paquete que contiene dos caretas de asalto y dos petos.

BOUQ. *¿On peut entrer?*

GAT. Mi marido.

GALLO. ¡Mi salvador!

PANF. Adelante, monsieur Bouquet, adelante.

BOUQ. ¡Mi querido señog Galló! ¡Bravo! *(Abrazándole.)* ¡Mil veces bravo!

GAT. Aquí tienes al héroe. ¡Bravo!

GALLO *(Aparte.)* (Me están dando una ovación.) *(Alto, por los paquetes.)* ¿Eso qué es?

BOUQ. Los sables y demás, para la lección de esgrima.

PANF. Bueno, si le parece a usted, amiga Ivette, les dejaremos solos. Tendrán que hablar y dar su lección.

GAT. Muy justo. Animó, señog Galló. De usted será el triunfo. Y, por última vez, ¡bravo!

GALLO. Gracias, amiga Ivette, y hasta ahora.

GAT. «Au revoir». *(Vase con Pánfila por la izquierda.)*

BOUQ. *(Sacando los sables de las fundas y desatando los pa-*

quetes.) Bueno, vamos a prepararle a usted perfectamente. A muerte, ¿verdad?

GALLO. Hombre, le diré a usted...

BOUQ. Sí, sí, a muerte seguramente, a muerte. *(Silba una canción mientras desenvuelve los paquetes.)*

GALLO. *(Aparte.)* (Bueno, dice a muerte como podía decir a cortase el pelo.)

BOUQ.. Y usted no tiene ninguna noción de esgrima, ¿verdad?

GALLO. No, señor. Ninguna. Desconozco hasta los menores detalles.

BOUQ. Es decir, que va usté al matadero, sin defensa. Muy bien, muy bien. *(Sigue silbando y saca los objetos.)*

GALLO. Hombre..., tanto como muy bien...

BOUQ. ¡Chist! Para eso estoy yo aquí. Para darle una lección, muy en serio, ¿eh?, lo que se dice muy en serio, porque aquí no se trata de una broma, ¿eh?

GALLO. Desgraciadamente no.

BOUQ. *(Dándole una careta.)* Ahí tiene usté la *carreta*.

GALLO. ¿La carreta?... ¡Ah, la careta! Muy bien. *(La toma.)*

BOUQ. Claro que lo que le voy a enseñar no es mas que lo más elemental para salir del paso, ¿eh?

GALLO. Usted perdone, «messié» Bouquet; pero con unas nociones elementales no voy a resolver absolutamente nada. Yo lo que necesito es atizar al otro impunemente, sea como sea. Vamos a ver. *(Con misterio.)* Me han dicho que sabe usted una estocada secreta...

BOUQ. ¡Ah!, ¿prefiere usté empezar por la estocada secreta? Muy bien. Si nos convenimos en el precio, usté asesina al contrario.

GALLO. *(Entusiasmado.)* ¿Que le asesino? ¡Ay francés de mi vida! ¡Me ha dado usted unas energías sobrehumanas! Bueno, decíamos que la estocada...

BOUQ. Decíamos que el precio...

GALLO. ¡Pero, hombre..., el precio... lo que usted pida! ¡Pues ahí es nada!

BOUQ. «Trés bien». Son doscientas pesetas. ¿Le hace?

GALLO. Me hace feliz. Venga, venga. *(Se pone la careta.)*

PANF. *(Saliendo.)* Perdonen un momento. Oye, Casi, no olvides que te enseñe esa estocada secreta...

GALLO. Sí, mujer, descuida. Anda, rica, déjanos. *(Le da un beso con la careta puesta.)*

PANF. ¿Que haces, hombre?

GALLO. ¡Ah! Perdona. Es que me he acordado de cuando en Sevilla nos besábamos a través de la reja de tu casa.

PANF. ¡Tonto! *(Vase por la izquierda.)*

GALLO. Ande, «messié» Bouquet. ¡A ver esa maravilla!

BOUQ. «Vualá». Colóquese. Y ponga mucha «atansion». Mire. Usted está en guardia baja. Así. Muy bien. Usted tantea... Así... Muy bien. El otro también tanteará... Así... Muy bien. De pronto usted levanta la vista al cielo, y señalando con el sable dice: ¡Un zeppelin! El otro mira, usted aprovecha ese momento de distracción y a fondo, ¡zas!, le cuela el sable por la tetilla izquierda, recto al corazón, y le deja usted más tieso que un pollo de fonda. ¿Eh? ¿Qué le parece?

GALLO. Hombre, mire usted..., no me acaba de llenar... A lo mejor no le interesan los zeppelines y me la gano.

BOUQ. Yo le digo que es infalible, que es probada. Usted vence con esto en toda «securitá». Pero, en fin, si no le gusta, le ensañaré los golpes más corrientes.

GALLO. Sí, mejor será.

BOUQ. «Pardon...», aquí no hay bastante sitio para romper... ¿No tiene usted alguna otra habitación más espaciosa?

GALLO. Ya lo creo. El salón es inmenso.

BOUQ. Pues al salón, «messié» Gallo.

GALLO. Al salón, «messié» Bouquet. *(Vanse por la derecha, llevándose todos los objetos de esgrima.)*

ESCENA VI

MADAME GATEAU y MARGARITA por la izquierda.

GAT. *(Saliendo por la izquierda con Margarita.)* Quiero hablar con usted a solas un momento.

MARG. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? ¡Por Dios, madame, que tengo el corazón que se me parte!

GAT. El señoguito Fausto ha estado en mi casa a visitarme. ¡Oh, cómo está! ¡Que dolog! ¡Que pena!...

MARG. Sufre mucho, ¿verdad?

GAT. ¡Se ha quedado esquelético!

MARG. ¡Sí, esto que nos pasa es horrible, es espantoso!

GAT. Como él no puede venir a verla a usted, y sabía que yo frecuento esta casa, me ha suplicado que le traiga a usted una carta.

MARG. ¿Una carta?

GAT. *(Sacando una carta y entregándosela.)* Rogando que la lea usted despacio, muy despacio, y que se acuerde usted siempre de él.

MARG. ¡Oh, siempre, siempre! ¡Fausto mío!... Vigile usted, madame. *(Madame Gateau está al cuidado por si viene alguien, mientras Margarita lee la carta.)*

MARG. *(Leyendo.)*

«Margarita mil veces adorada,
Margarita que el alma me alegró,
Margarita que fuiste respetada,
porque nadie del tallo te cortó.
Margarita, graciosa y rebonita,
Margarita que mi tormento fué.
¡Oh, mi buena y dulce Margarita!
¡Nos van a dar el té!
¡Quién pensara final tan horroroso!
¡Quién dijera lo que iba aquí a ocurrir!
¡Es terrible, brutal, ignominioso!
Preferible es morir.
Nuestros padres, muy pronto, en el terreno
del honor frente a frente se verán,
y al que en lance esté menos sereno,
el pase al otro mundo le darán.
¿Que la diña tu padre? ¡Tragiquísimo!
¿Que el mío es el que palma? ¡Una pochez!
Fallezca el que fallezca es lo mismísimo,
no cabe más que la misiva al juez.
Güelfos y Gibelinos italianos,
son tu padre y el mío a no dudar.
¡Qué luchas, qué rencores tan insanos!
¡Y siempre el mismo lema: odiar y odiar!
Güelfos y Gibelinos, niña amada,
Gibelinos y Güelfos, ¡oh, qué horror!
Y por serlo te han hecho desgraciada,
y han truncado mi vida en lo mejor.
¡Claro que es un orgullo que así sean,
porque aquí es dignidad ese tesón!
Y los que de esa forma no lo crean
son mulas enganchadas a un camión.
Dignos son, que ya hablaron los destinos,
del popular Oráculo de Delfos,
de modo que además de Gibelinos
¡son dos Güelfos enormes, son dos Güelfos!
Guarda como recuerdo el abanico
que yo te regalé hace un año y pico,
¡y adiós, mi bien, hasta la tumba fría!
¡Una cosa tan sólo te suplico!
¡No seas Güelfa tú, Márgara mía!
Fausto.»

¡Pobrecillo! ¡Qué pena tiene!... ¿Y ha visto usted qué versos hace?

GAT. Ya, ya, ¡qué pena!

ESCENA VII

Dichos. Dorotea por el foro. Después Pánfila por la derecha. Después Severo por el foro.

DOROT. *(Saliendo con una tarjeta en la mano.)* ¿Está ahí la señora? *(Por la izquierda.)*

MARG. Sí. *(Vase Dorotea por la izquierda.)* Venga usted, madame. *(Vanse Madame Gateau y Margarita por el foro.)*

PÁNF. *(Saliendo por la izquierda con Dorotea.)* ¿Dice que quiere verme?

DOROT. Sí, señora.

PÁNF. *(Leyendo la tarjeta.)* «Severo del Todo y Más». No le conozco.

DOROT. Dice que trae una carta para usted de su amiga la viuda de Peláez, y que desearía entregarla en propia mano.

PÁNF. Pues díle que pase. *(Vase Dorotea.)* Realmente no está una para recibir visitas en estos momentos, pero yo no puedo desairar a la viuda de Peláez. Siempre fué para mí una hermana más que una amiga, y nunca rehuyó hacernos un favor. *(Aparece en el foro Severo. Es un tipo estrafalario. Viste de negro. Levita muy corta. Pantalón chanchullo. Cuello muy alto de pajarita. Chalina negra. Sombrero hongo. El peinado de la forma que se denominaba «a lo náufrago». Usa antiparras. Va todo rasurado. Su actitud y su mirada son tristes. Lleva debajo del brazo un álbum de grandes dimensiones, con conteras plateadas. Cada vez que habla baja los párpados e inclina la cabeza.)*

SEV. ¿Se puede?

PÁNF. Adelante. *(Aparte.)* (¡Jesús, qué tipo!)

SEV. *(Llegando hasta Pánfila, inclinándose y entregándole una carta.)* Gran señora. Tenga la bondad de enterarse.

PÁNF. *(Leyendo.)* «Querida Panfi. Te recomiendo con enorme interés al portador, señor Del Todo y Más. Atiéndele con tu amabilidad acostumbrada y por ello te quedará eternamente reconocida tu incondicional, Jesusa.» Muy bien. Pues tenga la bondad de sentarse y explicar el objeto de su visita, rogándole sea breve porque en estos momentos un dolor moral me tiene apenadísima.

SEV. Con toda reverencia. *(Se sienta.)* Yo, señora, represento a la moderna y ya popular Sociedad de Pompas Fúnebres registrada con el dicharachero título de «El vivo al bollo».

PÁNF. *(Levantándose indignada.)* ¿Pero qué broma es ésta? No me explico, por qué llega usted a esta casa, donde todos, ¿entiende usted?, todos, disfrutamos de excelente salud.

SEV. Ahora sí, pero ¿y mañana?

PÁNF. ¿Mañana?...

SEV. Naturalmente. Creo que no se da usted, mi sapiente in-

terlocutora, exacta cuenta de su situación. Hay un duelo concertado. Condiciones gravísimas. Nada de pantomimas. Uno de los contendientes puede quedar..., quedará probablemente, en el campo del honor.

PANF. ¡Dios mío!...

SEV. ¿Es que puede la familia dejar el cuerpo insepulto para pasto de los buitres? ¿Es que lo consentirían las autoridades? No, señora, no. Usted lo sabe. Luego hay forzosamente que entenderse con una de las casas establecidas para este fin. Y aquí entramos nosotros.

PANF. Pero, caballero, me parece que se precipita usted, porque, después de todo, también puede ocurrir que no muera ninguno.

SEV. Cierto. Puede ocurrir, y Dios quiera que ocurra. Pero aun así, ¿qué mal hay en estar prevenidos? ¿Es que no se hace testamento en plena salud y en plena juventud, cuando la muerte está bien lejana?

PANF. *(Medio convencida.)* Sí..., en eso lleva usted razón.

SEV. Claro que la llevo. No hace una hora estaba yo conversando con un hijo del señor Morón..., el otro contendiente. Pues bien: ese hijo, aunque vilolentándose un poco para hablar de estas cosas tan tristes, se dió perfecta cuenta, se hizo el cargo y me concedió una opción, para el caso de que su señor padre llevara la peor parte. Y como hijo amante que es, hará las cosas sin tacañería.

PANF. Todo eso, caballero, está bien, pero yo le ruego que me deje..., que no prolongue este martirio... De no tratarse de mi amiga Jesusa, no sé si le habría escuchado.

SEV. *(Cariñosamente.)* Yo ruego a la señora que, dominando con energía su sistema nervioso, y aceptando las realidades de la vida, tenga la amabilidad de fijarse en las bonitas fotos que tiene a la vista. *(Abre el álbum y se lo pone delante.)*

PANF. ¿Esto qué es?

SEV. La colección de carrozas-estufas que posee «El vivo al bollo». Un Grand Dumont con criados a la Federica..., pero Federica verdad, no la Federiquella ful de otras empresas...: casacas brocadas..., corbatas de finísimos encajes de Chantilly..., auténticas chorreras..., medias de seda y zapatos de charol!... Vamos, un figurín verdad, no de servidor de opereta, que se les está viendo tres centímetros de cabello negro por debajo de una peluca empolvada, que parece las crenchas de una vieja gitana. A esta carroza le corresponde una caja de ébano tallada con aplicaciones. Bueno, pues todo esto, ¿cuánto cree usted que vale?

PANF. No sé.

SEV. Pues esta Grand Dumont, con seis caballos empenachados, le va a costar a usted ochocientas pesetas, clero aparte.

PANF. ¡Ah!, ¿el clero es aparte?

SEV. Sí, señora. Pero barato. Figúrese. Seis curas por doscientas pesetas. Para dejar absorto al doctor Marañón.

PANF. *(Interesándose, sin querer, poco a poco.)* ¿De modo que seis caballos ochocientas pesetas?... Y con cuatro caballos, ¿qué resultaría?

SEV. Tute.

PANF. ¿Cómo tute?...

SEV. En nuestro argot, señora, al tipo cuatro caballos le llamamos así, tute. Chirigotas de los funerarios.

PANF. Bueno, pues yo consultaré con mi esposo...

SEV. ¡Nunca, señora! ¿Qué necesidad tiene el señor Gallo de intervenir? Esto es cuestión de la familia exclusivamente. Piénselo, gran señora. Tenga en cuenta que si nos honra con su confianza protegerá la industria nacional y dará a ese triste acto un sello de distinción evidentísima. Nuestra clientela es de lo más escogido en la buena sociedad. Nosotros no enterramos el género barato. Aquí tiene la tarjetita. Paseo de los Aflijidos, ochenta y ocho. El vivo al bollo. S. E. G. Sociedad en Comandita. N. A. C. No admite corredores. A sus pies. Severo del Todo... *(Ya en el foro.)* Ochenta y ocho, Aflijidos.

PANF. Vaya usted con Dios. *(Vase Severo por el foro.)*

ESCENA VIII

PÁNFILA, GALLO y BOUQUET por la derecha. Después HORTENSIA y ROSA por la izquierda, y MARGARITA por el foro.

BOUQ. «Au revoir», messié Galló. Buena suerte. «Au revoir», señora. Ya he dejado a su esposo hecho un don Afrodisio. ¿Mi mujer es aún en la casa?

PANF. Por ahí debe andar con Margarita. *(Indicando el foro.)*

BOUQ. Ahora la recogeré. ¡Valor y suerte! *(Vase por el foro.)*

PANF. ¿Y la venda? *(Al ver que no la lleva.)*

GALLO. Me la quité para dar la lección, y como esto ya molesta poco... Oye, escuché una voz de hombre que conversaba contigo. ¿Es que has tenido visita?

PANF. Sí.

GALLO. ¿Quién era?

PANF. Un corredor de una casa de comercio que venía a ofrecernos géneros baratos.

GALLO. ¿Y en qué trafica esa casa?

PANF. Pues... en fiambres. *(Entran las tres muchachas.)*

GALLO. ¿De lata?

PANF. Eso es..., de lata.

ESCENA IX

GALLO, PÁNFILA, HORTENSIA, MARGARITA, ROSA. Después DOROTEA por el foro. Después GARIBAY por ídem.

DOROT. *(Entrando por el foro.)* Señor.

GALLO. ¿Qué ocurre?

DOROT. El señorito Garibay que viene con este caballero. *(Le da una tarjeta.)*

GALLO. *(Mirando la tarjeta.)* ¡Recañón!...

PANF. ¿Quién es?

GALLO. Mira. *(Le da la tarjeta.)*

PANF. ¡Remortero!

MARG. ¿Quién es, mamá?

PANF. Mira. *(Le da la tarjeta.)*

MARG. ¡Cristo me valga! *(A sus hermanas.)* Fijaos. *(Les da la tarjeta.)*

HORT. ¡Recaraba! Toma, Rosita.

ROSA. ¡Recaravana!

PANF. ¿Pero será posible?

GALLO. Ya lo has leído.

LOS CINCO. ¡Morón!...

GALLO. ¡Morón en esta casa!

MARG. Y lo trae Marcelo...

PANF. No, no; que no pase.

HORT. A ver si viene iracundo y te pega, papaíto.

GALLO. Que no pase de ninguna manera, Dorotea.

DOROT. No, señorito. No pasará.

GALLO. Que se quede en el recibimiento.

MARG. ¿Pero cómo le vais a dejar allí?

PANF. Luego se va a quejar del recibimiento...

GALLO. Está muy confortable.

PANF. Del recibimiento que le hacemos.

GALLO. ¡Ah!

PANF. Mira, Casi, lo mejor es que pase Marcelo y él nos ponga en antecedentes.

MARG. Sí, sí, tiene razón mamá; que pase Marcelo.

ROSA. Sí, sí, Marcelito.

GALLO. Dorotea, que pase el señorito Marcelo solo. Y al otro señor vigílale.

DOROT. Está bien. *(Vase.)*

PANF. ¡Casimiro, yo estoy asombrada!

GALLO. ¡Pues mira yo! *(Alargando la mano para que la toque.)*

PANF. Tú estás polar.

GALLO. Completamente antártico.

MARC. *(Por el foro.)* ¿Dan su permiso?
GALLO. Adelante.
PANF. Pase, pase, señor Garibay.
MARC. Me he..., me... me... he..., me... me... he..., me...
MARG. ¡Caramba, Marcelo!... Ahora viene usted tremendo...
MARC. Me... he..., me...
GALLO. Calma, calma; despacio..., no se precipite..., hay tiempo. *(Pausa.)*
MARC. *(Rompiendo.)* Me he permitido venir con el señor Morón a esta casa en tan críticos momentos, porque el susodicho señor Morón, después de oírme y pesando otras razones muy poderosas, está dispuesto a dar a usted una satisfacción cumplidísima y a estrechar lealmente su mano.
PANF. ¿Será posible?...
GALLO. ¿Pero eso que dice usted no es una broma?...
MARG. ¡Ay, papaíto de mi alma! ¡Qué gusto!
HORT. y ROSA. ¡Viva Garibay!
MARC. No, señor, no es una broma. Es una verdad tan inmensa como el Decálogo.
GALLO. Bueno; no tener a ese hombre en el recibimiento, ¡por la Virgen Santísima!
PANF. ¡Es verdad!
GALLO. Que le digan que pase inmediatamente.
MARC. Yo iré por él. Le dejé mirando un cuadro que está encima de la bastonera.
GALLO. ¡Ah, sí! Es Cristóbal Colón en Palos.
MARC. Muy bonito.
PANF. Vaya usted por Morón, señor Garibay.
LAS TRES CHICAS. ¡Hale, hale!
MARC. Me... he..., me... he..., me... he..., me...
MARG. Sí, sí, que se ha permitido traer a Morón.
MARC. Me... he..., me... me... he..., me...
GALLO. Calma, calma.
MARC. *(Rompiendo.)* Me he metido una piedrecita debajo de la lengua y parece que no estoy mal.
GALLO. ¡Ca, hombre! Está usted muy bien. Dos o tres «ratés» nada más..., casi curado. Vaya usted por Morón. *(Vase Marcelo por el foro.)*

ESCENA X

Dichos. Por el foro MARCELO y MORÓN. Después DOROTEA y dos caballeros.

GALLO. ¡Absorto!... ¡Estoy absorto!... Casos como éste no se registrarán dos en cuatrocientos años.
MORÓN. *(Apareciendo en el foro con Marcelo.)* ¿Dan licencia?

TODOS. *(Muy finos.)* ¡ Adelante !... ¡ Adelante !... ¡ Adelante !...
GALLO. *(Más fino aún.)* ¡ Adelantísimo !...
MORÓN. ¿Están ustedes buenos?
TODOS. Buenísimos.
GALLO. Dígnese ocupar un humilde asiento.
MORÓN. Usted primero.
GALLO. De ninguna manera.
MORÓN. ¡ No faltaba más !
GALLO. Está usted en su casa.
MORÓN. Quien está en su casa es usted, señor mío.
MARG. Yo le ruego que se siente, señor Morón.
MORÓN. Me lo pide una dama, y yo al momento,
inclino la cerviz y tomo asiento. *(Se sienta.)*
MARG. *(Aparte.)* (¡ Rubendariesco, como su hijo !)
PÁNF. Es usted muy galante.
MARG. Muy fino.
HORT. Muy cortés.
ROSA. Muy correcto.
MORÓN. Mil gracias, señoritas. Y ahora, señor Gallo, una súplica. ¿Nos podrían dejar solos las señoras unos instantes?
GALLO. ¡ No faltaría más ! Niñas..., y tú..., ahuecar.
PÁNF. Comprendido. *(Inclinándose)* Señor Morón...
LAS MUCHACHAS. *(Idem.)* Señor Morón...
MORÓN. A sus piñonescos pies, señoritas. *(Vanse las mujeres por la izquierda.)*
MORÓN. ¡ Qué chicas tan encantadoras !
GALLO. Favor..., nada más que favor.
MORÓN. Señor Gallo. A usted le habrá sorprendido sobremanera mi presencia en su casa, en estos momentos en que usted y yo somos enemigos irreconciliables, ¿verdad?
GALLO. Enormemente, señor Morón. Tenga la bondad de sentarse.
MORÓN. Con su permiso. *(Se sientan los tres.)* Pero cuando usted sepa el porqué..., fíjese bien en esta frase..., el porqué de mi resolución de venir a verle para pactar con usted, lo encontrará asombrosamente natural y brutalmente puesto en razón.
GALLO. Sí, señor, lo encontraré naturalísimo, ¡ no faltaba más !
MORÓN. *(Sacando la petaca.)* ¿Un cigarrito? *(Se levanta y le ofrece, volviendo a sentarse.)*
GALLO. Con mil amores. *(Lo toma. Igual juego.)* ¿Una cerillita? *(Le ofrece.)*
MORÓN. *(Levantándose a tomarla.)* Agradecidísimo.
GALLO. ¡ Por Dios, señor Morón, no se levante más, que me tiene en vilo !

MORÓN. Me levanto, señor Gallo, porque no sé qué noto en esta butaca, que me lastima.

GALLO. ¿A ver?... ¡Caramba! ¡Ya lo creo!... ¡No digo yo para levantarse!... ¡Para darle cuatro patadas al mueblecito!... ¡Señores, qué descuido!... ¡El huevo de madera para zurcir, que sin duda se le ha caído a alguna de mis hijas. *(Quitando el huevo indicado.)* Ya está, señor Morón. Puede usted tomar asiento con toda tranquilidad.

MORÓN. Mil gracias. *(Se sienta.)*

GALLO. Absolutamente de nada.

MORÓN. Pues bien, señor Gallo. Yo no ignoro que este paso que doy es incorrectísimo. Mediando en nuestro asunto cuatro caballeros, no se puede, no se debe hacer lo que yo estoy haciendo. Y, sin embargo, lo hago, y mil veces lo haría si mil veces me encontrase en igual situación. No lo atribuya a cobardía...

GALLO. ¡Pòr Dios, señor Morón!...

MORÓN. ¡Oh, no, se lo aseguro! Porque si bien es verdad que al principio pasé bastante miedo, lo perdí completamente después de una lección que me dió esta tarde un profesor de esgrima francés, en la cual me enseñó cierta estocada secreta...

GALLO. ¡Arrea!... ¿La del zeppelin?

MORÓN. *(Sorprendido.)* Justo..., la del zeppelin... ¿Usted conoce...?

GALLO. Me la acaba de enseñar a mí por doscientas pesetas.

MORÓN. Menos mal. A mí sólo me ha llevado veinte duros.

GALLO. ¡Qué ladrón! En fin, qué le vamos a hacer. Una estafa.

MORÓN. Una estafa, en efecto. Pues bien: como decía, el motivo de venir a hablarle de una reconciliación es el siguiente. Mi hijo Fausto, ¡mi único hijo!, lo que hoy para mí constituye todo en el mundo, me abordó esta tarde y me dijo de buenas a primeras: «Tú te desafías con el padre de Margarita... ; mueres tú o muere él..., el que sea..., y a los cinco minutos muero yo. Es decir, ¿para qué aplazarlo? Ahora mismo.» Y sacando una browing se apuntó a la sien derecha. «¡Hijo!... ¡Hijo mío!...», grito yo, en el colmo del terror; «¡reflexiona, por Dios!... ¡No hagas eso!... Pídeme lo que quieras...» «No hay mas que un medio», repuso, «para que yo desista de matarme. Reconcíliate con el padre de Margarita y me harás el hombre más feliz del mundo». Y al decir esto hincó sus rodillas en tierra, juntó sus manos suplicante, clavó en mí su mirada angustiosa y vi rodar dos lágrimas por sus mejillas... ¡Usted es padre, señor Gallo, y puede comprenderme! No supe resistir. «Haz-

lo por mí y por ella», me decía el infeliz, «porque si ella me falta, moriré». Y al contemplar de hinojos a aquel sér que es mi único amor, mi solo ideal, elevé los ojos al cielo y dije: «¡ Aunque me descalifiquen! ¡ Que él sea feliz!» Y a eso vengo, señor Gallo, a ofrecerle a usted una mano amiga y a olvidar terquedades y rencores.

GALLO. ¡ Usted es un hombre!

MORÓN. ¡ Soy un padre! Y por si esto era poco, la elocuente palabra del señor Garibay, que con algunos tropezones me habló al alma, acabó de decidirme.

GALLO. Gracias, Garibay.

MARC. No hay..., no hay..., no hay...

GALLO. Basta. *(Llamando en la izquierda.)* ¡ Margarita!

MARG. *(Saliendo.)* ¿Qué quiéres, papá?

GALLO. Saluda a tu futuro suegro, señor Morón.

MARG. *(Loca de alegría.)* ¿De veras?... Gracias..., gracias a usted. *(Abraza a Morón.)* Y gracias a ti. *(Abraza a Gallo.)*

MORÓN. Sí, porque, después de todo, aquí lo que se mantenía no era el fuero, sino el huevo.

GALLO. Y a propósito de huevo... Oye, niña, ¿quién se ha dejado olvidado en esta butaca un huevo de zurcir?

MARG. ¡ Ay, he sido yo! ¡ Perdona, papaíto!

GALLO. Está bien. Que no vuelva a ocurrir.

MARG. ¡ Ay, qué gusto! Voy a contarles a todos lo que pasa. *(Vase por la izquierda.)*

MORÓN. Sellor Gallo. Déjeme que estreche y retenga unos minutos esa mano que jamás pensé estrechar.

GALLO. Eso es muy poco. A mis brazos.

MORÓN. De todo corazón. *(Se abrazan estrechamente.)*

DOROT. *(Por el foro.)* Señor, estos caballeros desean verle. *(Le da dos tarjetas.)*

GALLO. *(Sin soltar completamente a Morón.)* ¿A ver? *(Leyendo.)* «Leoncio de las Encinas y Prudencio Olivares».

OLIV. *(Apareciendo en el foro con Encinas.)* Los mismos, señores Gallo y Morón.

GALLO. ¡ Caracoles!

ENC. Los propios Olivares y Encinas.

OLIV. Lo temíamos.

ENC. Lo sospechábamos.

OLIV. Lo presentimos.

MORÓN. ¿Pero esto qué es?

OLIV. *(Con indignación y energía.)* ¡ Esto es que mientras por los pasillos del ministerio de Artes Plásticas los empleados se apalean al terminar las enconadas discusiones acerca de cuál de ustedes quedará muerto en el terreno; esto es que mientras el personal del Negociado de Escayolas Prehistóricas

ha causado al de Mayólicas Cuaternarias tres heridos,por la misma razón, ustedes, con una cobardía incalificable, y una frescura inaudita, se reunen para hacer las paces y dar por terminado este asunto!

MORÓN. Pero, caballero...

GALLO. Pero, amigos míos...

OLIV. Ahora bien. Nosotros no podemos consentir que un digno funcionario de nuestro honrado ministerio quede como un villano miserable, y, por esta razón, mañana se baten ustedes.

MORÓN. Pero si es que nosotros...

OLIV. ¡Silencio! *(Imperativo.)* ¡Señor Gallo, ahora mismo, a darle a ese señor un puñetazo que encienda sus rencores y anule esa reconciliación.

GALLO. ¡Hombre..., esto es un atropello!

OLIV. *(Sacando un revólver.)* ¡Señor Gallo, que es mucha la indignación!... ¡Que no respondo de mí!... *(Apuntándole.)* ¡O atiza usté, o disparo!...

GALLO. ¡Regatillo, señor Morón!... Que no hay más remedio. Con su permiso. *(Le da un terrible puñetazo.)*

MORÓN. *(Llevándose la mano al sitio dolorido.)* ¡Qué bruto!... ¡Ay, su abuela!... Verás la que te voy a endiñar ahora, so ladrón. Señor Gallo. Con su beneplácito. *(Le atiza una terrible bofetada.)*

GALLO. ¡La canastera! *(Al ruido de la lucha salen por la izquierda todas las mujeres.)*

PANF. Pero ¿qué pasa

MARG. ¿Qué ocurre?

OLIV. Lo que debe ocurrir dignamente.

ENC. Que estos señores se baten mañana.

GALLO. ¡Mañana le mato!

MORÓN. ¡Quien le va a sacar los hígados soy yo a usted, so granuja!

MARC. Me... he..., me... me... he..., me...

GALLO. ¿Quiere usted callar, estúpido? *(Le da un puntapié. Gallo y Morón quieren acometerse de nuevo. Las mujeres y Marcelo les sujetan.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa un trozo del jardín de un restaurant, cuya fachada se ve a la izquierda. Cierra el foro una tapia, que tiene en el centro una puerta de entrada con verja. Los términos de ambos lados, abiertos. Arboles, arbustos, macetas, etcétera. Dos o tres mesitas con las correspondientes sillas, repartidas por el jardín. Forillo de campo. Es de día. Un letrero sobre la verja dice: «Quinta de los Rosales».

Al levantarse el telón, Marcelo está sentado ante una mesa de la izquierda. El camarero, con una cafetera en la mano, le sirve café en una taza. Marcelo lleva paraguas.

ESCENA I

MARCELO. El CAMARERO.

CAM. Lo va usté a tomar solo.
MARC. Tú fíjate en la gente que nos rodea y calcula.
CAM. Digo que lo va usté a tomar solo porque se nos ha concluído la leche, pero no tardarán en traerla de esa finquita que hay en la carretera, según se viene...; habrá usté leído el rótulo que tiene en la puerta y que dice: «La Imperial, Granja Agrícola».
MARC. Sí, lo he leído.
CAM. Pues ahí mismo tiene el dueño alquilao un establo, y en él una vaca suiza que quita la respiración. Da una leche que se corta, especial para enfermos y niños escrofulosos.
MARC. Muy rica, ¿eh?
CAM. Para no pensar en trabajar, de rica.
MARC. Ya, ya. ¿Y dices que la vaca está en «La Imperial»?
CAM. Sí, señor. Allí mismito.
MARC. Si viene la probaré.
CAM. Claro que tiene que venir. Porque hoy aquí es un día de venta enorme.
MARC. ¿Un día de venta?
CAM. ¡Formidable!
MARC. ¿Pues qué pasa?
CAM. Dos... *(Ademán de caer en guardia.)*
MARC. ¿Dos Dancing?
CAM. No, señor. Dos duelos.
MARC. ¡Caracoles! ¿Dos? Yo sabía de uno, pero de dos...
CAM. Anda, y hay días de cuatro. Como este restaurant se

ha puesto de moda para los duelos, pues aquí se verifican casi todos. Ya no va nadie a la Alameda de Osuna, ni a la Quinta de Sabater, ni al Frontón Central. Todos prefieren nuestra quinta. La «Quinta de los Rosales».

MARC. Es que dais muy bien de comer.

CAM. Debe ser eso. Casi todos los padrinos nos encargan esta parte del jardín, y el salón de banquetes para X cubiertos.

MARC. Y a propósito. ¿Supongo que no se habrá cambiado la hora del duelo de los señores Gallo y Morón?

CAM. No creo. Mire usté, aquí lo tengo apuntao. *(Saca un papel y lee.)* «A las doce, Morón, Gallo y una paella.»

MARC. Caramba, mi locura.

CAM. Y a ver si quiere Dios que se efectúe hoy el lance, porque llevamos dos suspensiones, y a nosotros nos perjudica, por la cuestión de las propinas. ¡Dichosas suspensiones!

MARC. Sí, la primera fué porque al señor Morón le cogió el once.

CAM. ¿El tranvía?

MARC. No, la gripe, que ahora la llaman «el once», porque empieza con uno y acaba con uno.

CAM. ¡Tiene gracia!

MARC. Y la segunda, porque el señor Gallo tomó un quince y le sentó como un tiro.

CAM. ¡Pretextos y na más que pretextos! Eso debe ser miedo.

MARC. Lo puedes jurar. Los dos tienen un canguelo que no ven.

CAM. Bueno; la verdad es que es muy desagradable desafiarse con uno, así sea un enano.

MARC. Mucho. Y, además, que es inhumano venir al terreno a hacer pi, pi..., a hacer pi, pi...

CAM. ¿Cómo pi, pi?

MARC. A hacer pi... picadillo a un semejante. *(Saca una piedrecita de una caja y se la mete en la boca.)*

CAM. ¿Qué toma usté? ¿Es un granito de limón?

MARC. Es un granito sin limón. Granito... piedra... Me la pongo en la boca para hablar sin entorpecimiento, porque soy algo tartamudo.

CAM. ¡Ah, ya!

MARC. Oye, ¿no notas que se ha levantado un poco de frío?

CAM. Es que va a llover. Fíjese usté por allí.

MARC. ¡Caray, qué nubarrones!

CAM. Hoy llueve.

MARC. ¿Tú crees?

CAM. Sin falta. Hoy hemos embotellao. Y aquí, el día que se embotella, agua segura.

MARC. ¡Pues vaya un barómetro!

ESCENA II

Dichos. El doctor MURGA por el foro, también con paraguas. Se oye fuera el sonido de una bocina de automóvil.

MARC. ¿Quién llegará?

CAM. No sé. Voy a verlo. *(Vase por el foro.)*

MARC. Tengo el pulso que es un punta de carreras en pista. ¡Qué desagradable es esto! Porque yo al señor Gallo le he tomado cierto afecto, y me molestaría que le hiriesen gravemente. Sólo de pensarlo se me ponen los pelos como de tachuelas.

CAM. *(Precediendo al doctor Murga.)* Pase por aquí, caballero. *(Vuelve a salir por el foro.)*

MURGA. Muchas gracias. *(Viendo a Marcelo.)* ¡Hombre! El señor Garibay.

MARC. El mismo, querido doctor.

MURGA. ¡Qué! ¿Viene usted a ver la corrida?

MARC. ¿Qué corrida?

MURGA. El desafío, hombre. Yo a esto lo llamo corrida. Dos que se baten, para mí, son Márquez y Belmonte. Uno de los dos se tiene que llevar la oreja.

MARC. Bueno; pero si en vez de la oreja se llevan un hipocondrio...

MURGA. Pues ovación en el siete, vuelta al ruedo y el desbordamiento de la Prensa.

MARC. ¿Y cómo usted solo por aquí, sin los combatientes?

MURGA. Pues nada; que me fuí a casa del señor Gallo y me dijeron que no estaba. Me llegué a casa de Morón, y lo mismo. Y en vista de eso dije: «Pues me voy al lugar del lance con el botiquín, que ellos ya parecerán.»

CAM. *(Entra por el foro, llevando dos maletas grandes y una pequeña.)* Señor, aquí tiene usted todo lo que había en el automóvil.

MARC. ¡Qué barbaridad! ¿Pero todo eso?

MURGA. Todo eso.

MARC. ¿Es que ha resurgido la guerra europea?

MURGA. Pues todo esto es poco para el duelo que se tiene que verificar hoy aquí, en este mismo sitio, a las doce. *(Mirando su reloj.)* Y son menos cuarto.

MARC. ¡Pero si usted debe traerse ahí el Laboratorio Municipal, con el doctor Chicote inclusive.

MURGA. Mire usted, pollo. Yo no quiero que se me muera un duelista por falta de medicamentos, instrumentos, asepsia e interés profesional. Yo pongo mis cinco sentidos, traigo todo lo que puede necesitar un lesionado para curar, desde un simple rasguño hasta el corazón sacado en la punta del sable, de la concavidad en que se asienta esa importante víscera cardíaca. Y en

cuanto a la cuestión antisepsia, una cosa de fantasía. ¡Él aullido alemán! *(Abre las maletas y empieza a sacar algunas cosas.)*

MARC. Pues yo creo que no llegarán a cruzar los sables.

MURGA. Hombre, ¿por qué?

MARC. Porque en cuanto vean todo eso caen al suelo completamente esféricos.

MURGA. No, hombre. No serán tan pusilánimes como usted. Bueno. ¿Y usted va a presenciar el lance?

MARC. Sí, señor. He pedido autorización a los padrinos, y no sólo me la concedieron, sino que me han honrado nombrándome juez de campo.

MURGA. Mi enhorabuena. A ver... Una mesa para ir poniendo el instrumental y los medicamentos.

CAM. Va en seguida. *(Le acerca una mesa de las que hay en escena. Murga la llena de paquetes, frascos e instrumentos, mientras dice.)* Ayúdeme, amigo Garibay.

MARC. *(Ayudándole.)* Yo salgo de aquí para Valdelatas con una tuberculosis fulminante.

MURGA. Deme usted aquel mantel para cubrir todo esto, no sea que llueva... *(Mirando al cielo.)* ¡Que está la cosa!... *(Marcelo le da el mantel de un velador, con el que Murga cubre el instrumental, dejando fuera una sierra de amputaciones.)* Ahora venga usted conmigo. Vamos a ver si tienen dentro algún catre que en caso necesario se pueda utilizar como mesa de operaciones.

MARC. ¡Dios no lo quiera! *(Vanse ambos por la casa.)*

ESCENA III

Entran por el foro MORÓN, CALAMARTE y MICHELENA. Los tres visten de negro. Levitas, guantes y sombreros de copa. Todo negro. La indumentaria de Michelena es ridícula y pasada de moda. Se ve que la ropa que lleva no se ha hecho para él. Los tres traen paraguas, que dejan en sitios convenientes. La entrada la hacen sosteniendo los dos padrinos a Morón, que desfallece y apenas se puede tener en pie.

CAL. ¡Vamos, amigo Morón! No se nos acochine, que, total, dentro de diez minutos ya está todo zanjado. O usted le ha matado a él o él le ha matado a usted.

MORÓN. No, si no es acochinamiento... ¡Ca!... Es una dificultad en la *lomococión..., lociocomón...*

CAL. Locomoción.

MORÓN. Eso. Bueno, ¿por qué no preguntan ustedes si ha venido ya mi *contrunconte?...*

MICH. ¿Su quién?...

MORÓN. Mi *contranquinto*... No... ¿Cómo se llama ese que se pone delante de uno con un arma?

CAL. ¡Ah, sí! Contrincante.

MORÓN. Eso es. Contrincante. Cuidado que lo he dicho veces en mi vida, y que primero me hubiera equivocado al decir otorinoloringólogo que *contrencunte*..., bueno, como se diga.

CAL. Tú, Michelena. Entra a ver si han venido ya el señor Gallo y sus padrinos.

MICH. Con su permiso, señor Morón. *(Entra en la casa.)*

CAL. Estaba deseando quedarme solo con usted para ponerle al corriente de una cosa... ¡que va usted a dar alaridos, don Arsenio! ¡Lo que se dice alaridos!

MORÓN. ¡Caray! ¿Pues qué pasa?

CAL. Este Michelena, que es el granuja más grande que alienta en la corte! ¿Pero quién repijota le ha hablado a este mantecao con levita para que le represente a usted?

MORÓN. ¡Hombre!... Él que se me brindó...; como es amigo de mi hijo Fausto... Y, claro..., lo que ocurre. Ya se hará usted cargo...

CAL. Bueno, pues a lo que interesa. Usted le dió anoche cincuenta duros a esta estalactita para que adquiriese un juego de sables con destino al acto de hoy...

MORÓN. Eso es. Le di cincuenta duros para los sables y cien pesetas que me rogó le anticipase para sacar del Monte una levita, un pantalón, unos zapatos de charol y unos guantes. Y todas esas prendas las trae puestas. Eso no se puede negar, amigo Calamarte.

CAL. Esas prendas las ha ido pidiendo prestadas a distintos amigos, y las cien pesetas se las ha guardado bonitamente, en unión de las doscientas cincuenta de los sables, que no ha adquirido, señor Morón. Como yo lo he sabido en el momento de salir hacia aquí, no pude advertirle a usted ni pensar algo para evitar este bochorno. ¡Venirnos aquí sin armas de ningún género! ¡Qué espantoso ridículo hacen ustedes!

MORÓN. ¿Que al ver que no hay armas hago yo el ridículo? Lo que hago es una novena a la Dolorosa.

CAL. Bueno, eso es una broma de usted; pero que hoy se baten ustedes aquí, aunque sea con cuchillos cabriteros de la cocina del restaurante, es de la época cuaternaria.

MORÓN. ¡Caray, Calamarte! ¡Es usted de un tesón y de una ferocidad...!

CAL. No soy yo. Es el ministerio de Artes Plásticas, señor Morón. Claro es que los contrarios traerán sus sables, y gracias a eso no nos veremos en un conflicto espantoso. Pero figúrese usted por un momento que a ellos también se les perdieran u olvidaran... ¡No quiero ni pensarlo!

MORÓN. *(Viendo la sierra.)* Oiga usted, Calamarte. Tenga la bondad de llevarse esa sierrecita que hay aquí, sobre la mesa... Se conoce que se le ha olvidado a algún carpintero... Y, claro, hoy todo lo que pinche, corte, desgarre o sierre, me hace subir la temperatura dos o tres grados.

CAL. *(Coge la sierra y lee una etiqueta que cuelga de ella.)* «Sierra para amputar brazos y piernas.» No me la puedo llevar, señor Morón. *(Levanta un poco el mantel que tapa el instrumental.)* Debe pertenecer a este espléndido instrumental. Esto debe estar aquí preparado para ustedes.

MORÓN. ¡No, hombre! Esto no es para nosotros.

CAL. ¿Cómo lo sabe usted?

MORÓN. ¡Caramba! ¡Ni que fuera uno idiota! ¡Por Dios!... Esto es una rifa de instrumentos quirúrgicos. ¡Claro! Lo mismo que hay tómbolas de baterías de aluminio, butacas de mimbre y bebés, pues la puede haber de cosas de estas cortantes. Porque, vamos..., de no ser para la batalla de Bailén, no comprendo esa exuberancia.

CAL. *(Cubriendo de nuevo el instrumental.)* Bueno, bueno. Ahora, cuando salga ese fresco, le hablaré como se debe. ¡Me va a oír!

MICH. *(Saliendo por la casa, un poco alegre.)* Me han dicho en el comedor que no han venido todavía los contrarios. Por cierto que le tienen preparada al señor Gallo una botella de cognac. El Centenario, que la he probado, y ¡redomecq!..., tómame el pulso Calamarte...

CAL. *(Pulsándole.)* ¡Qué fuerte!... ¡Qué vigor!... ¡Qué bruto!...

MICH. ¡El Centenario! Bueno, ahora me dice a mí alguien una cosa que me moleste, y le doy así en plenas narices, de derecha a izquierda, con el puño cerrado, y si quiere recuperarlas tiene que gastarse los cuartos poniendo un cable a Bogotá.

CAL. *(Aparte a Morón.)* Don Arsenio, dígale usted lo de los sables, que a mí me coge sin dinero para cablegrafiar.

MORÓN. *(Aparte a Calamarte.)* ¡Quia, hombre! No quiero más cuestiones.

CAL. Bueno, todo se puede hacer en este mundo con diplomacia. Oye, querido Michelena...

MICH. ¿Qué pasa? *(Soplando.)* ¡Uf, qué calor!... Me voy a desabrochar la levita, que no puedo estar de lo que me aprieta. *(Lo hace.)* Habla. ¿Qué pasa?

CAL. Por cierto... ¿A ver?... Oye, no quisiera equivocarme, pero me parece que esta levita es de don Jacinto Buitrago, el dueño del bazar de juguetes La Alegría Infantil.

MICH. Naturalmente.

CAL. ¿Pues no te dió aquí el señor Morón cien pesetas para que fueras al Monte?

MICH. ¡Y menudo arroz nos comimos en El Pardo!... *(Mesándose los cabellos.)* ¡Pero qué calor!... Yo no sé si dando puñetazos se me pasaría...

MORÓN. *(A Calamarte.)* Déjele usted. Otro día abordaremos esa cuestión.

CAL. Está bien. *(Aparte.)* (¡Yo no puedo con los sinvergüenzas!) *(Alto.)* ¡Caramba!... Las doce y tres minutos y todavía no ha venido esa gente.

MORÓN. Bueno, yo no puedo con las personas que no acuden a una cita. Vaya, me marcho. *(Vase hacia el foro.)*

CAL. ¿Cómo?... ¡Usted no se va, señor Morón! Aquí se ventila hoy esta cuestión de ustedes. ¡Pues no faltaba más! *(Le sujeta.)*

MICH. *(Empujando a los dos.)* Bueno, vamos adentro. Les convido a otra de Centenario. Ande, Morón. *(Vanse todos por la casa.)*

ESCENA IV

GALLO, OLIVARES y ENCINAS por el foro.

Visten igual indumentaria que los anteriores, pero más correcta. Olivares trae en la mano una larga funda verde que se supone contiene los sables. Todos traen también paraguas. Gallo viene sonriente, con una sonrisa que se ve a tres kilómetros que es falsa.

ENC. No somos muy puntuales que digamos.

OLIV. *(Mirando su reloj.)* Las doce y siete. ¡Voto a Botero!... ¡Es que me irrita, me exaspera, me saca de quicio, en una palabra, no ser en estos casos un cronómetro.

GALLO. Hombre, yo creo que por unos minutillos no van a decir nada esos señores, en el supuesto de que hayan llegado, que no me parece, porque aquí no se observa movimiento alguno. Yo voy a pedir algo de beber, porque traigo la lengua que la lija es vaselina. El polvo de la carretera se mete entre las mucosas, y barro.

OLIV. Eso fué por el maldito pinchazo del neumático que nos ha retrasado.

GALLO. ¿Qué quiere usted tomar, amigo Encinas?

ENC. *(Que ha sacado un librito del bolsillo y lo está repasando.)* Yo, nada; mil gracias. Estoy repasando el «Código del Honor», no se nos vaya a ir algo y hagamos una plancha. *(Leyendo y accionando.)* «Punta con punta. Un metro hacia atrás, y ¡duro!..., ¡a arrearse leña!» *(Hablando.)* Bueno, este es el artículo...

GALLO. El artículo mortis. ¿Y usted qué quiere tomar, amigo Olivares?

OLIV. ¡Yo tomaría sublimado!... Que estoy figurándome que esa gentuza no ha venido y se me están poniendo los nervios como cables de alta tensión! ¡Maldita sea la melenita!

ENC. *(Leyendo.)* Eso es. «Traspasada la línea indicada para romper, alto y descalificado el combatiente».

GALLO. Bueno, pues con su permiso. *(Con una voz atiplada y ahogada.)* ¡Mozo!...

OLIV. ¿Pero qué voz tan ridícula saca usted?...

GALLO. Le diré a usted..., es que..., claro...

OLIV. Con esa voz no llama usted al camarero, porque parece que tiene miedo.

GALLO. ¿No le gusta?

OLIV. No, señor.

GALLO. Bien, bien, hombre, ¿para qué vamos a tener un debate por la voz? A ver ahora cómo me sale. *(Tose un poco.)* ¡Mozo! *(Le sale aún más aflautada.)*

OLIV. ¡Me pone usted nervioso! ¡No llame más!

GALLO. *(Sacando de pronto un vozarrón estentóreo.)* ¡Mozo!

ENC. ¡Qué bárbaro!

ESCENA V

Dichos. Por la casa el CAMARERO; después, también por la casa, MORÓN, CALAMARTE, MICHELENA, MURGA y MARCELO.

CAM. *(Saliendo.)* Servidor. ¿Quién llama?

GALLO. Le he llamado yo.

CAM. ¿Qué desea usted, caballero?

GALLO. Usted es mozo de esta quinta, ¿verdad?

CAM. No, señor; de la del dieciocho. ¿Pero es que quiere usted chuflarse, caballero?

GALLO. Quiero cerveza, camarero.

CAM. ¡Ah, vamos! ¿Le traigo un tercio?

GALLO. Sí, el cuartel está cerca, avísale.

CAM. *(Aparte.)* (¡Ah, vamos! Estos son los del duelo. Pues allá se va este señor de miedo con el otro, que se ha tomao tres copitas de centenario y se cae a chorros.)

OLIV. Oiga usted, mozo, ¿usted sabe si han venido unos señores?...

CAM. Sí, señor. Ahí dentro están esperando.

OLIV. Pues haga el favor de decirles que estamós aquí.

CAM. Corriendo. *(Vase por la casa.)*

OLIV. Nos han precedido.

ENC. Han sido más puntuales.

OLIV. Es una vergüenza.

GALLO. *(Aparte.)* (Tengo las piernas que parecen dos flanes mblorosos.)

ENC. *(Leyendo el librito.)* «Cada representación llevará sus mas. Estas deberán ser exactamente iguales»...

CAL. *(Sale acompañado de los demás y sosteniendo a Mon, que se ha alegrado un poco, aunque pronto se le pasa con emoción del lance.)* Señores...

OLIV. Señores... *(Todos se saludan con los sombreros muy remoniosamente. Durante todo lo que sigue, los padrinos loptan para hablar un tono solemne y campanudo, muy en nsonancia con la importancia de sus cargos. Aparte a Morón Michelena.)* Traen los sables. Respiro.

MICH. ¿Lo ves? Si los traigo yo me chafas cincuenta duos.

OLIV. Señores. Tenemos que suplicarles perdón por nueso retraso, absolutamente involuntario. Y no sólo por esto, sino or otra causa más lamentable, hemos de solicitar su perdón. osotros contábamos con los sables de nuestro amigo el disnguido esgrimidor Sánchez Carrizosa, que nos los prestaba ustoso, pero resulta que sólo uno de ellos se encuentra disonible, porque el otro se rompió hace dos días en un lance de onor. En vista de ello, utilizaremos los de ustedes. *(Sacando n sable de la funda.)* Hemos traído éste para que, en caso de iutilizarse alguno, pueda servir como sable de recambio. *(Pau. Calamarte y Michelena se miran anonadados.)*

MORÓN. *(Aparte.)* ¡Me ha escuchado San Miguel! ¡Graias, Miguelito!

CAL. *(A Michelena.)* ¡Buena la has hecho! *(Con aire digno.)* eñores. Decididamente nos persigue la fatalidad. La persona a uien encargué que nos trajera los sables no se ha presentado a a hora convenida. No quisimos esperar, temerosos de llegar aquí emasiado tarde, y pensando que podríamos servirnos de los sales que ustedes trajeran. *(Pausa. Cada vez más consternación.)*

GALLO. *(Aparte.)* (Me ha escuchado San Gabriel. Gracias, abrielito.)

OLIV. El caso es lamentabilísimo. Hay que confesar, señoes, que hemos caído en falta los cuatro padrinos. *(Pausa.)*

ENC. Entre los muchos lances de esta índole a que he teido la satisfacción de asistir, nunca he conocido un caso más mbarazoso.

CAL. Y por si esto era poso, nuestro médico también nos a faltado.

OLIV. Eso tendrá fácil remedio. El doctor Murga que nos compaña *(Murga saluda.)* prestará su asistencia en caso de ecesidad al señor Morón.

MURGA. Me encontraré enormemente halagado en ser ga-

leno de ambas partes. Tendré en ello una vivísima satisfacció[n]. Yo he venido aquí a trabajar. Y puedo asegurarles que no m[e] asusta ni me rinde el trabajo, por fuerte que sea. Voy con s[u] permiso a descubrir las cuatro chucherías médicoquirúrgicas qu[e] me he traído. *(Descubre el instrumental.)*

GALLO. *(Viéndolo.)* ¡Jesús Nazareno me valga!... *(Al Ca-marero, que entra y sale a cada paso.)* ¡Mozo! Un vaso grand[e] de tila con cognac... Pero no le ponga tila.

MORÓN. Mozo, otro centenario.

OLIV. A propósito, mozo, dígame. ¿Tienen ustedes en l[a] casa sables de combate?

CAM. ¡Ya lo creo! El amo tiene dos pares.

OLIV. ¿Podría usted dejarnos uno?

CAM. Imposible. El amo no se encuentra aquí. Marchó [a] Madrid esta mañana muy temprano, en el primer tranvía, y lo[s] tiene guardados bajo llave.

OLIV. ¿Pero no habrá un medio?...

CAM. Ninguno. Ni siquiera sé dónde los guarda. *(Gallo [y] Morón, durante lo que sigue, pasean por la escena en sentid[o] contrario. Cada vez que se cruzan se saludan profundament[e] con una corrección exagerada.)*

OLIV. Ya lo oyen ustedes, señores. Absoluta imposibilid[ad] de encontrar otro sable. No podemos, sin embargo, marcharno[s] y volver mañana. Ya van dos suspensiones de este lance. Y[o] entiendo, señores, que más que a nosotros les interesa a us-tedes, los que han de combatir, no exponerse al ridículo ni da[r] pábulo a las burlas con que se acogería esta tercera suspensión. Es absolutamente necesario que se batan.

CAL. Inevitable.

MICH. Imprescindible.

MORÓN. ¿Se me permite una observación?

OLIV. Diga.

MORÓN. Yo comprendo que suspenderlo hoy para volver ma-ñana sería de mal efecto. Pero ¿y si lo dejáramos para dentro de seis meses, por ejemplo?

GALLO. ¿Pero qué dice ese caballero? ¡Seis meses!... ¡Eso no puede ser!... ¡Es mucho!... Cinco meses y medio era ponerse en razón.

OLIV. ¿Qué majaderías están ustedes diciendo? Hay que ba-tirse hoy. Hoy mismo.

MURGA. ¡Naturalmente! ¿Y para esta salida de pie de banco iba yo a haber venido cargado con todo ese Hospital Provincial? ¡Quia, hombre! Pantomimas no.

OLIV. ¡Pero, señores, un poco de calma, mesura y reflexión! Todo esto que decimos está muy bien. Los señores no tienen más remedio que batirse. ¿Pero con qué? Porque un combatiente ya

tá con el sable en la mano..., ha caído en guardia, ¿eh?... ¡Estu-endo, muy decorativo!... ¿Y el otro, qué hace?

MORÓN. ¡Claro! Figúrense ustedes que a mi contrario le ca el sable, porque supongo que se echaría a suertes... ¿Y yo, ué hago en clase de acerico?... Pinchazo aquí..., pinchazo acá... No, hombre! Yo me bato aquí como todos los que se han batido esde que el mundo es mundo. Con dos armas. Pero, vamos, in-efenso, se puede batir uno de la familia de cualquiera de ustedes, i tiene esa humorada. Servidor no.

GALLO. Suscribo cuanto ha dicho el estimable contrario.

OLIV. ¿Y qué hacemos?

CAL. Eso digo yo.

OLIV. Nos encontramos ciertamente ante un caso excepcio-al. Si tuviéramos un Tribunal de honor para ilustrarnos en este uelo extraño, en el que hay un arma útil y otra partida...

MORÓN. Claro. Y como la partida es la causa del conflicto, o no veo aquí más tribunal que el Tribunal de la Rota.

OLIV. Señores, vamos pronto a una solución.

CAL. Ciertamente; pero ¿a quién pedir consejo? Porque entre osotros, que yo sepa, no hay ningún especialista.

MURGA. Perdone un momento, caballero. ¿Ha dicho usted especialista? Servidor en las vías digestivas. Gran Vía, doce.

CAL. Me refería a los lances de honor.

OLIV. *(Viendo al Camarero, que sirve a Gallo y Morón lo que han pedido.)* ¡Hombre, una idea! Acaso el camarero, que debe estar muy práctico... Oiga, mozo. Usted habrá presenciado mu-chos duelos desde que está en la casa, ¿no?

CAM. Con este de ustedes cuarenta y tres, y el fallecimiento de la suegra del amo, cuarenta y cuatro.

OLIV. ¿Y no ha ocurrido nunca que los adversarios tuviesen un solo sable para dos?

CAM. No, señor. Eso nunca ha ocurrido. Sin embargo, una vez presencié un duelo con una sola pistola. Aquí mismo, preci-samente. Tiraban por turno, como es natural. Empezó el ofen-dido. Pero se sintió magnánimo, y al ir a disparar exclamó: «Ego te absolvo.» Levantó la pistola, tiró al aire... y mató al cocinero, que estaba en aquel balcón presenciando el lance.

GALLO. ¡Qué bestia!

CAM. Ustedes podían hacer lo mismo con el sable.

OLIV. ¡Hombre, no diga usted bobadas! Con una pistola no se está tan seguro de acertar al adversario; pero con un sable, el que lo esgrima, no tiene mas que hacer así a medio metro y le ensarta al otro a mansalva en el primer asalto.

CAM. ¿Y quién les impide a ustedes dar al otro un bastón para que haga las paradas? Yo tengo aquí un palasan que es muy

a propósito. *(Los padrinos se miran desconcertados e indecisos*

ENC. Pero eso... no creo que se haya hecho nunca.

CAM. Naturalmente. No se ha hecho nunca aquí; pero a m me refirió un padrino de un duelo que hubo en esta casa que en Filipinas se había batido con otro de esta forma. El que n lo contaba, con un remo, y el otro, con un alfanje. Y el del rem no hizo mas que dejarlo caer sobre la cabeza del alfanjista y puso en tal estado que no llegó ni a trinar.

MICH. ¿Cómo ni a trinar?

CAM. Que no dijo ni pío. *(Nueva pausa y miradas de indec sión. El Camarero entre un momento en la casa y sale con el ba tón, que les ofrece.)*

OLIV. Lo que propone aquí el camarero no es tan absurd como a primera vista parece. Yo no sé si estará absolutament conforme con el Código de Cabriñana; pero ¿qué quieren uste des? Es preciso que se batan de un modo decoroso, de un mod aproximado a lo corriente, y yo no veo otra manera que la pro puesta por el digno mozo que nos asesora.

MARC. En ese caso he aquí la solución. Los asaltos serán d un minuto. Cada uno de los combatientes disfrutará del sable du rante ese tiempo, echando a cara o cruz para el primer asalto. E otro combatiente parará con el bastón. ¿Les parece bien?

CAL. Perfectamente.

OLIV. Desde luego.

MORÓN. ¿Se me permite una observación?

OLIV. Hable.

MORÓN. Fíjense ustedes en que el bastón tiene contera. Yo pido que también al sable se le ponga una contera.

MURGA. *(Indignado.)* ¡Protesto! Ustedes, por lo visto, lo que desean es un duelo embolado. ¡Y eso no, mis queridos ami- gos! Los embolados para la plaza de Tetuán. Si se anula el pe- ligro hasta ese punto, ¿qué pinto yo aquí?

MORÓN. Pues yo insisto en que una conterita...

CAL. *(Aparte a Morón.)* Yo creo, señor Morón, que debía usted poner fin a esto de la contera, porque van a creer que tiene usted miedo.

MORÓN. Y claro que lo tengo, porque figúrese usted que me toca el bastón...

CAL. ¿Y qué?

MORÓN. ¿Cómo y qué? ¡Hombre!..., si esto fuera una rifa, muy bien. Por una gorda un palasan, ya iba bien servido. Pero hágase usted cargo.

OLIV. *(Que ha conferenciado un instante en voz baja con Encinas y Michelena.)* Se desecha la indicación de la contera y se

a a proceder a sortear las respectivas armas. Mozo, tenga la bondad de retirar las mesas. *(El Camarero obedece.)*

MARC. Para determinar quién esgrimirá el sable en el primer salto vamos a echar a cara o cruz esta moneda. Si sale cara será para el señor Gallo. Si sale cruz, para el señor Morón.

GALLO. *(Aparte.)* (¡Si sale cruz, me veo sin cara!)

OLIV. Señores, tengan la bondad de quitarse las levitas y los chalecos.

MORÓN. *(Mientras él y Gallo se despojan de las prendas. Aparte.)* (¡Virgen santa! Si me toca el sable prometo una limosna de mil pesetas para los pobres y me hago de la Junta del Patronato de Comedores gratuitos del barrio de Francos Rodríguez.) *(Viendo el brazo de Gallo, que se ha subido las mangas de la camisa.)* (¡Remolla, qué musculatura! ¡Es Uzcudun!... ¡Santísima Virgen... subo la oferta a dos mil pesetas!)

OLIV. Doctor, ¿quiere ir desinfectando las armas?

MURGA. Con mucho gusto. *(Empieza a desinfectar la punta del sable y la contera del bastón, metiéndolas sucesivamente en varios frascos, frotándolas con diversos algodones y gasas y pasándolas a la llama del infiernillo. Marcelo le ayuda en esta faena.)*

ENC. Según el artículo veintisiete del Código del Honor, se va a proceder a registrar los cuerpos de los duelistas, por si acaso ocultasen algún objeto destinado a aminorar el peligro. *(Morón, al oír esto, trata de escurrirse.)*

OLIV. Señor Morón, tenga la bondad. *(Le desabrocha la camisa completamente y le extrae del pecho dos cuadros bastante grandes, que representan retratos de mujer.)* ¿Qué significa esto, señor Morón?

MORÓN. Estos son dos óleos de mi pobrecita madre, que gloria haya, y mi fallecida esposa que la haya lo mismo.

OLIV. ¡Pero esto son dos cobres!

MORÓN. ¡Pero qué cobres! Fíjese en el ambiente..., la luz... ¡Menudos cobres! Por cierto que se deben.

OLIV. Pero usted no puede ignorar que estas planchas metálicas le cubren la tabla del pecho y está usted a salvo de cualquier herida... Esto parece que lo trae usted a cosa hecha...

MORÓN. No, señor. Yo los llevo aquí desde que murieron esas personas para mí tan queridas.

OLIV. Pues de esto se hacen dos miniaturas, se ponen en un guardapelo y se dejan en casa cuando va uno al terreno.

MORÓN. Muchas gracias por el consejo. Se hará lo que usted mande. Pero yo le ruego que no me prive del inmenso placer de exhalar el último suspiro, si me toca morir, al lado de mi buena madre... Bueno, mi mujer puede usted quitármela. Una

mujer, al fin y al cabo, no es gran cosa. ¡ Pero una madre una madre!... ¡ Ay, madre mía! *(Besa el retrato.)*

GALLO. Lo que dice el dignísimo adversario me parece m justo, muy puesto en razón. ¡ Es su madre! Lo comprendo. Te gan la bondad de dejarme a mí la esposa del señor, que yo r encargaré de ella.

MICH. ¿Están ustedes locos?

ENC. ¡ Eso es inadmisible!

OLIVA. ¡ Basta! Vengan los cuadros. Estos óleos quedar guardados mientras se verifica el lance, y le serán devueltos a terminación.

CAL. Ahora vamos a registrar al señor Gallo.

GALLO. *(También quiere escurrirse.)* Si no quieren mol tarse... Yo no traigo recuerdos de familia.

CAL. *(Desabrochándole.)* Permítame. *(Le extrae del pec una gran carpeta de piel de las que se usan en las mesas de esc torio.)* ¡ Hola, hola! ¿Qué es esto?

GALLO. ¿Eso?... Nada... Una carpeta que acostumbro a l var con esta estilográfica. *(Muestra una.)* por si acaso se r ocurre en un café ponerle dos letras a un amigo y ahorrarr de paso el real del cerillero. Que soy económico, ¿sabe usted?

CAL. ¡ Qué piel tan gorda! Y está llena de papel secan Esto no lo atraviesa un cañonazo. ¿Y la lleva usted siempre ah

GALLO. Sí, señor. Sobre la tabla del pecho. Las carpet para escribir se ponen, por lo general, sobre una tabla.

CAL. Sí, sí, ya, ya. Pero como ahora no tiene usted que esc bir ninguna misiva, prescindiremos de ella por una media ho y luego se le devolverá

GALLO. Muy bien. Perfectamente. *(Aparte.)* (Como le toq el sable a Morón me voy a ver como una mariposa de naturalist que es lo que quería evitar con la carpeta.)

OLIV. Señores, se van a sortear las armas.

MURGA. *(Entregándoles el sable y el bastón.)* Aquí las ti nen ustedes, exentas de todo microorganismo patógeno.

MARC. Muy bien. De modo que dijimos que usted cara *(Gallo.)* y usted cruz. *(A Morón.)* Atención. *(Tira una moneda aire.)*

TODOS. *(Inclinándose paar ver lo que ha salido.)* Cara.

MARC. El sable es para el señor Gallo. *(A Morón.)* Pa usted el bastón. *(Entrega el sable a Gallo y el bastón a Moró El toma su paraguas, con el que dirige el combate.)*

MORÓN. *(Aparte.)* (¡ Santísima Virgen! Que me borren d Patronato, que no doy una gorda.)

MARC. ¿Están preparados?

MORÓN. Un momento. ¿No podríamos darle por ganac este primer asalto al señor Gallo y pasar desde luego al segundo

GALLO. ¡Caray, qué monada! ¡En guardia! *(Le amenaza on el sable. Morón huye.)*

MARC. ¡Eh, eh! Modérese, señor Gallo. Voy a colocarles. *Une la punta del sable con la del bastón. Después dice.)* Les adierto que cuando yo dé la voz de «alto» deberán cesar todo ataue. No podrán romper fuera de estas líneas. *(Dos que traza n el suelo con el paraguas.)* Los golpes bajos están prohibidos n absoluto. Empieza el combate. Adela..., adela..., adela...

MORÓN. ¿Pero hay señoras?

GALLO. ¿A quién llama?

MARC. *(Rompiendo.)* ¡Adelante, señores! *(Empieza el asal- o. Gallo lanza pequeños ataques que Morón para, torpe y atúr- idamente, con el bastón. Morón va perdiendo terreno, acabando or llegar a la verja. En su retroceso se sale fuera del recinto apiado y rápidamente cierra la verja, echando la llave, para mpedir el avance de Gallo. Después desaparece.)*

OLIV. ¡Alto!

GALLO. *(Esgrimiendo el sable a través de la verja.)* ¡Oiga, iga!... ¡Se ha escapado!... ¡Es un cobarde!... ¡Un ruin!...

MORÓN. *(Se asoma por la parte exterior de la tapia y le da n palo en la cabeza a Gallo.)* ¡Tocado!

CAL. ¿Cómo tocado?

MORÓN. Tocado de la cabeza.

MARC. ¡Señor Morón! ¡Acuda usted inmediatamente al tereno!

MORÓN. Le he tocado. Creo que está zanjada la cuestión.

CAL. ¡Que baje usted inmediatamente!

MORÓN. Sí, señor. En seguida. *(Se baja de la tapia, abre la uerta y entra con aire de triunfador.)* ¡Le he tocado! *(Postura etadora, apoyado en el bastón.)*

OLIV. Le llamo a usted la atención severamente. Esto, seior Morón, no se puede tomar a broma de ninguna manera. O se aten ustedes como es debido, y con todas las reglas que impone l Código del Honor, o salimos de aquí a balazos. *(Saca un reólver.)*

MORÓN. ¡Caray, señor Olivares, guarde usted el revóler!...

OLIV. ¡Pues hala! A sus sitios.

MARC. Segundo asalto. *(Les cambia las armas.)* Tome. El able. El bastón. *(A Morón.)* Y usted tenga la bondad de no sairse del local.

MORÓN. *(Blandiendo el sable.)* ¡Esto ya es otra cosa!...

OLIV. ¿Estamos?... ¡Adelante, señores! *(Comienza el segundo asalto. Ambos adoptan una guardia baja. Tantean, se esudian, paran algunos ataques. De pronto Morón mira al cielo on insistencia.)*

GALLO. Si me quiere usted hacer lo del zeppelin, conste q no cuela.

MORÓN. ¿Qué zeppelin ni qué biplano? ¡Si es que está l viendo!

MARC. ¡Caracoles, que sí que llueve! Aquí cae. *(Abre paraguas.)*

MICH. ¡Y menudas gotas! *(Abre el suyo.)*

MURGA. De tempestad. *(Abre su paraguas y tapa con mantel el instrumental. Todos los demás, menos los combatie tes, abren los paraguas.)*

GALLO. Si les parece a ustedes, lo dejaremos para cuando e campe.

OLIV. ¿Cómo vamos a dejarlo? Y si se mete el tiempo agua y está lloviendo tres semanas... Nada, nada. Esto hay q continuarlo, sea como sea. *(Empieza a arreciar el chaparrón. E Madrid este efecto se hizo cayendo realmente el agua, pero pu de prescindirse de ello.)*

GALLO. Es que a mí se me mete el agua por los ojos y n veo al contrario.

MORÓN. Y a mí me pasa lo mismo.

OLIV. Pues eso se arregla fácilmente. Ahí van dos par guas. *(Se los da abiertos.)* En guardia. Siga el asalto. *(Cad vez llueve más fuerte.)*

MORÓN. Esto es un combate naval.

GALLO. El dúo de los paraguas. *(Sigue el asalto. Se ataca mutuamente y paran los golpes con los paraguas abiertos, qu presentan como escudo en ocasiones. De pronto Gallo alcanz con el bastón en pleno pecho a Morón.)*

MORÓN. *(Con voz angustiosa.)* ¡Tocado! *(Cae al suelo. Su padrinos, el doctor Murga y Marcelo acuden a examinarle y aux liarle. La lluvia disminuye hasta cesar por completo.)*

GALLO. ¡Dios mío! ¿Qué le habré hecho yo?

MURGA. *(Corriendo a él.)* A ver, a ver. *(Le empieza a des abrochar.)*

MORÓN. ¡Por Dios, doctor, mire lo que tengo!

MURGA. Silencio. Es mi deber. *(A Marcelo y los padrinos d Morón.)* Hagan el favor de mojar unos algodones en ese frasc grande de la derecha y dármelos. *(Los tres van a la mesa hacen lo indicado.)*

MORÓN. ¿Qué tengo?

MURGA. Una erosión sin importancia. Puede continuar e duelo.

MORÓN. Si lo da usted por terminado, le entrego dos mi pesetas.

MURGA. ¿Dos mil pesetas?... Esto ha dado fin. Ahora ver usted.

MORÓN. Gracias, doctor. Oiga, dígales que me den los cuadros, que son recuerdo de familia.

MURGA. Ahora los pediré. *(Marcelo y los padrinos le dan lo que había pedido y él le hace a Morón una ligera cura.)*

GALLO. *(A sus padrinos.)* ¿Qué opinan ustedes? ¿Le habré matado?

OLIV. Ahora nos lo dirá el doctor.

GALLO. *(Muy atribulado.)* ¡Dios mío!

MURGA. Que le den los óleos.

OLIV. ¡Le ha hecho usted mondas! *(Gallo medio se desmaya.)*

GALLO. ¿Pero qué tiene este palasan que mata con el contacto?

OLIV. ¿Tan grave está?

MURGA. Perdón; al decir los óleos me refería a los bonitos cuadros que le quitaron.

ENC. Bueno, pero la herida...

MURGA. El herido presenta una fuerte contusión con edema profundo e infiltraciones del sistema venoso y arterial en la tetilla izquierda. Pronóstico gravísimo... a la larga.

GALLO. ¿Pero es posible?

MURGA. Claro que lo es. Por estas razones científicas el duelo debe quedar suspendido en este mismo instante por encontrarse el herido imposibilitado de todo punto para seguir combatiendo.

CAL. ¿Pero usted cree que una lesión tan pequeña es suficiente para detener el lance?

MURGA. No sólo lo creo, sino que lo impongo.

GALLO. Pero oiga usted, doctor. Lo que se dice exhalar el último suspiro, ¿cree usted que es el caso del amigo Morón?

MURGA. Lo que se dice hincar el pico, no, señor. Yo creo que no. Al menos por ahora. Claro que de momento le verán ustedes levantarse, andar tan rioamente, como si nada hubiera pasado. ¿Pero y mañana? Las complicaciones a distancia. Ese es el fantasma. *(Ya han levantado a Morón.)* ¿Qué? ¿Le duele?

MORÓN. Un poco. Siento unas punzadas...

MURGA. ¿Respira usted bien?

MORÓN. Ahora es cuando respiro, sí, señor.

MURGA. Eso es lo principal.

OLIV. Pues bien, señores, una vez satisfecho el honor y lavada la ofensa, creo llegado el momento de obligar a los combatientes a que se den un abrazo, quedando así zanjada, de una vez para siempre, esta enojosa cuestión.

MORÓN. *(Abriendo los brazos.)* Estos son mis brazos, señor Gallo.

GALLO. *(Lo mismo.)* Y estos son los míos, señor Morón. *(Se abrazan.)*

MICH. Habrá que levantar el acta. *(Todos los padrinos y el médico van a una mesa y simulan levantar el acta.)*

MORÓN. Oiga, no dejen de poner que estoy muy grave, ¿eh? *(Se acerca con ellos a la mesa.)*

GALLO. Bueno, Marcelo, por Dios..., al auto, a escape, para ir a casa y enterar a Pánfila y a mis hijas de todo lo que ocurre.

MARC. No hace falta. De acuerdo conmigo vinieron a ocultorse en el merendero de aquí al lado y allí se encuentran esperando que yo les haga seña de que el lance ha terminado. Espere usted. *(Va al foro y agita un pañuelo.)*

GALLO. ¡Pánfila de mi alma! ¡Hijas de mi corazón! ¡Cuánto se van a alegrar!

OLIV. *(Acercándose.)* Mi enhorabuena, señor Gallo. Ha demostrado usted una entereza y un valor nada comunes en estos casos.

GALLO. *(Dándose tono.)* ¡Pche!... Que desciende uno de gente de pelea.

OLIV. ¡Ah!, ¿sí?

GALLO. Los Gallos. Figúrese usted.

OLIV. Claro, y usted también ha salido algo guerrero.

GALLO. Sí, señor; guerrero.

ESCENA ULTIMA

Dichos. Por el foro PÁNFILA, MARGARITA, HORTENSIA, ROSA y MARCELO. Después FAUSTO.

PANF. *(Entrando como loca y arrojándose en sus brazos.)* ¡Vives!... ¡Vives, amor mío..., mi cielo!...

MARG. ¡Papá!

HORT. ¡Papá!

ROSA. ¡Papaíto! *(Le abrazan las tres.)*

PANF. *(Echándose a llorar.)* ¡Qué hora más terrible ahí al lado!

GALLO. Bueno, bueno, lo principal es que estoy sano y salvo y que aquí no ha pasado nada.

MARC. Los adversarios se han reconciliado en el terreno. *(Morón se acerca a ellos.)*

MARG. ¿Entonces, mi boda con Fausto?...

GALLO. Sí, hombre, casaos. ¿Verdad, señor Morón?

MORÓN. Pues claro, que se casen.

MARG. *(Palmoteando.)* ¡Ay, qué gusto! *(Abraza a su padre.)*

GALLO. ¿Y usted, Marcelo?... Creo que ya es hora... Quedan dos... ¿Cuál de las dos es la que usted escoge?

MARC. Las dos.

GALLO. Pero eso no será la hora, como el otro día, ¿verdad?

MARC. No, señor. Eso es que me gustan las dos.

GALLO. Bueno, ¿y por qué no se decide usted por alguna?

MARC. Por una razón sencilla y que le va a hacer a usted la mar de gracia. *(Riéndose.)*

GALLO. ¿Cuál?

MARC. Que hace cuatro años me casé en Bolivia y vive mi mujer.

GALLO. ¡Ay su abuela!... ¡Pero qué canalla!... ¡El sable!... ¡Venga el sable!... *(Lo coge, Marcelo sale corriendo por el foro. Todos contienen a Gallo y le desarman.)* ¡Y yo que le dejaba ir al cine con ellas!...

MORÓN. Calma, calma, amigo Gallo. Y ahora, una vez más, venga esa mano amiga.

GALLO. Con mil amores. ¿Todo borrado?

MORÓN. Borrado todo. Supongo que ahora quitará usted el columpio de la rama de mi árbol.

GALLO. ¿Cómo? ¿Quitar yo el columpio? ¡Eso nunca!

MORÓN. ¡Ah!, ¿no? ¡Pues al Juzgado!

GALLO. ¡A la Audiencia!

MORÓN. ¡Al Tribunal Supremo!

CAM. *(Apareciendo en la puerta del restaurant con una gran cazuela en la mano.)* ¡La paella!

GALLO y MORÓN. *(A un tiempo.)* ¡A la paella!

TELÓN

GABRIEL D'ANNUNZIO

Sueño de un atardecer de otoño

TRADUCCIÓN DE

RICARDO BAEZA

PERSONAJES

GRADENICA.

PENTELIA.

LUCRECIA.

ORSEOLA.

CATALINA.

LA MAGA.

JACOBELIA.

NERISA.

BARBARA.

El dominio de un patricio veneciano, a orillas del Brenta, dejado en herencia por uno de los últimos Dux a la serenísima Viuda que mora en él como en un destierro. El día otoñal declina. Se descubre un ala de la quinta: una arquitectura circular de mármol en forma de torre redonda, que contiene la escalera—semejante a la del palacio veneciano llamado del Bovolo, en la Corte Contarina—cuyos escalones, columnas y balaustres suben en espiral. La maravillosa escala aérea se corona con una galería—oculta por el arco escénico—desde donde se distingue todo el jardín, y el río y el campo lejano. Abajo, ante la puerta, hay un espacio libre, una especie de atrio descubierto, ornado de estatuas, de tearios, de escaños, de tapices adamascados, separado del jardín por medio de rejas sostenidas por pilastras, que rematan grandes fanales dorados, que en un tiempo se alzaron sobre la proa de las galeras. Las cancelas de hierro semejantes a las que circundan los túmulos de los Escalígeros veroneses aparecen sutilmente trabajadas como cotas de malla, elegantes como obra de recamo, desencajadas de tal modo, que el viento a veces las mueve con leve estridor.

A través de ellas se descubre el inmenso jardín de delicia y de pompa, un cuerpo denso de hojas descoloridas, de flores mustias, de frutos pasados, inclinado hacia el Brenta con el abandono de un sér voluptuoso y cansado que se inclina sobre un espejo para contemplar el último esplendor de su belleza caduca. La púrpura y el azafrán del otoño resplandecen extraordinariamente bajo el sol oblicuo; las sombras parecen casi fulvas, como en los antros en que se ha amontonado mucho oro. Anchas nubes inmóviles y radiantes, como cúmulos de ámbar puro, se ciernen sobre los pórticos de los ojaranzos, sobre las cúpulas de los pinos, sobre las agujas de los cipreses. Parece difundido por todas partes, en el silencio, el sentimiento angustioso de la expectación.

La dogaresa viuda Gradénica está con el rostro contra la reja, a cuyos barrotes negros sus manos pálidas y ensortijadas se aferran en la impaciencia furiosa de la espera. La trama férrea oprimida por el cuerpo convulso, dóblase y oscila. La actitud de la mujer, mientras llama hacia el jardín, aparece semejante a la de una fiera cogida en una red.

GRAD. *(Con voz ronca y airada).*—¡Lucrecia! ¡Ordelia! ¡Orséola! ¡Bárbara! ¡Catalina! ¡Nerisa!... ¡Ninguna vuelve aún, ninguna vuelve!... ¡Lucrecia! ¡Catalina! *(Con un ímpetu de rabia sacude el hierro, que oscila y cruje. Se vuelve anhelante; mira a su alrededor con ojos extraviados; queda rígida, exangüe, como a punto de abandonarse a una convulsión frenética de dolor y de ira. Da algunos pasos hacia el pedestal de una Virgen de bronce casi negra, sobre la cual hay un espejo de plata, que coge. Se contempla en él unos instantes. Como espantada, lo deja caer sobre la alfombra. Va hacia la espiral de la escalera, y grita.)* ¡Pentelia! ¡Pentelia! ¿Dónde estás? ¿Qué ves? ¡Responde!

PENT. *(Desde lo alto de la escalera, invisible).*—Una barca en el Brenta, toda empavesada, llena de músicos, que se acerca... Pero no es esa. ¿No oye Vuestra Serenidad los sones? *(Llega a través del jardín una onda de música lejana. Pausa.)* ¡Otra barca! ¡Y otra! ¡Y otra! Cuatro, cinco, seis barcas, todas empavesadas, llenas de músicos... Bajan por el río. Todo el río se ha hecho de oro. Comienza la fiesta. Una barca tiene rojos todos los paveses, mil llamas que arden... ¡Esta es! *(Gradéniga hace ademán impetuoso de subir la escalera.)* No, no es ésta. Lleva el León con la Flor... ¡Soranzo!

GRAD. *(Sin contener ya su angustia, vacilando, cubierta de mortal palidez).*—¡Baja, Pentelia! ¡Ven! ¡Socórreme! Me muero... El corazón, el corazón..., se me rompe el corazón... *(Adosada al quicial de la puerta, se oprime con ambas manos el seno. Llega de lontananza la música de los navíos. Se ve bajar por la espiral de la escalera a la camarista, cuyas ropas, agitadas por la rapidez, palpitan como alas. Socorre a la doliente, la sostiene entre sus brazos.)*

PENT. ¡Ah, Jesús Nuestro Señor, sálvala de este mal!

GRAD. *(Desmayando.)* Siente, siente mi aliento; es como si muriese envenenada. Mis labios ya no tienen color, ¿verdad?, mis mejillas están verdes... Los párpados, cuando los cierro, me llagan los ojos. Estoy quemada hasta los huesos. Mis palmas entran en el hueco de mis sienes. No oigo mis palabras mientras hablo, no oigo sino el latir de mi sangre, el latir de mi cora-

zón enfermo. Tengo sed, tengo siempre sed; y cada sorbo me reaviva este ardor como si fuese aceite sobre el fuego. Cuando sumerjo las manos en la fuente, no experimento alivio; pero toda mi carne tiembla como el agua. De la cabeza a los pies, mi cuerpo se consume, y no tengo más sangre que la mezclada a mis lágrimas...

PENT. ¡Jesús Nuestro Señor, sálvala de este mal!

GRAD. Es preciso morir, es preciso morir... ¡Pero verlo aún una vez, mirarlo una vez más siquiera! Nunca le he mirado atentamente, me parece no haberle mirado nunca atentamente, cuando lo tenía en mis manos... Ha desaparecido de mí, me ha quitado hasta la memoria de su rostro. La vista se me turba cuando quiero evocar su rostro en mi alma; todo se confunde y se disuelve en mi alma como en un lago de fuego; todo tiene un solo color, como las cosas que arden en los hornos, como los pecados en el infierno... ¡Ah, Pentelia, Pentelia, antes de que el infierno me aprese, haz que lo vuelva a ver, haz que lo toque, que le pregunte si alguna vez me ha amado, si alguna vez descansó su mejilla sobre mi corazón!... ¡Vé, vé, vé, te lo suplico! Díle que muero, que quiero morir para alegrarlo, que ya nunca volveré a abrir los ojos si viene a cerrármelos con sus dedos, que ya nunca me levantaré si él me cubre de tierra cuando me haya echado a sus pies. ¡Vé, vé, díle esto, te lo suplico! Haz que le vuelva a ver; y pídeme todo lo que quieras. Lo tendrás todo. Todo lo mío será tuyo: mi oro, mis turquesas, mis brocados, mis ceñidores, mis casas en Rialto, mis tierras, mi palacio en San Lucas, mi señoría de Vilabona... Todo te daré, si me lo traes. ¡Vé, vé!

PENT. Iré, iré... Todo se hará... ¡Ah, Jesús Nuestro Señor, sálvala! ¡Sálvala de este mal!

GRAD. ¿En dónde estará? ¿Con la meretriz? ¿La has visto tú a esa Pantea?

PENT. La he visto.

GRAD. ¿Y tan hermosa es?

PENT. *(Titubeando.)* No es hermosa.

GRAD. ¡Ah, no me mientas! ¿Cómo podría atraer a todos los hombres y hacerlos esclavos si no fuese tan hermosa? ¡No me mientas! *(La camarista calla. La dogaresa permanece unos momentos escuchando. Llega de lejos de música de los navíos que bajan por el Brenta.)* ¿Oyes? ¿Oyes? Es un triunfo. Es ésta la tarde de su triunfo. Arrastra consigo por el río a todos sus esclavos. ¿Estará él con ella? Díme: ¿qué crees?

PENT. *(Insegura.)* Quizás no está con ella, quizás está en la Mira...

GRAD. ¡Ah, nadie sabe! Y toda la comarca está sembrada de mis espías. ¿Por qué no tornan aún? ¿Lucrecia, Bárbara, Cata-

lina, Orséola, en dónde estarán? Quizás alguna ríe, bajo los árboles, con su amante.

PENT. Aguardan, quizás, que caiga la noche.

GRAD. ¿Y la esclavona? ¿Me la traerán antes de la noche? Es preciso que haga el hechizo antes de la noche. ¿Comprendes? Estoy moribunda. Esta es mi última hora de luz. No veré las primeras estrellas... *(La camarista sube por la espiral marmórea a la vigía.)* ¡Ah, yo sé, yo sé lo que nadie quiere decirme! Ella lo tiene prisionero en su nave, lo esconde bajo sus almohadas. ¿En dónde, en dónde hubiera podido encontrar una presa más dulce? El parece envuelto en su juventud como un fruto en su corteza deliciosa. La sangre de amor late y salta por todo su cuerpo, hasta la raíz de sus uñas, como en una fiera iracunda. Un leopardo me parecía, ágil y fuerte, y todo maculado por la crueldad de mi boca. Parecía dividir mis venas una a una, como mis cabellos, con la caricia de sus dedos... *(Se abandona a su languidez ardiente, inclinándose como hacia una forma creada por el delirio vespertino.)* ¡Ah, aunque acaricies a otra con tus dedos suaves como flores, yo seré siempre la que tuvo de ti la primicia. Todos los labios se posarán sobre ti después de los míos, después de los míos... Yo tuve, la primera, tu amor y tu fuerza; cualquiera puede ser la segunda, cualquiera la última: ¡yo siempre la primera! ¿Y qué importa que ella sea hermosa, más hermosa? Yo siempre la primera. ¿Y qué importa que encuentres otros labios más rojos que los míos, y te estrechen brazos más ágiles, y sientas contra tu sangre una sangre más joven, qué importa? Nadie te tendrá nunca como yo te tuve; nadie te sentirá temblar como yo te sentir temblar. Tú eras un niño tímido y taciturno. La palidez y el rubor se alternaban sobre tu faz, como la muerte y la vida, bajo mis ojos, como si con un parpadeo de mis pestañas mi alma te cubriese de ceniza o de brasas. Tú tenías terror de mi deseo, y venías a mí con paso oblicuo. Tus flancos palpitaban como los del lebrel tras la carrera. Una noche te encontré echado a través de mi umbral. Lentamente, como se monda una almendra hasta la albura, yo busqué entonces tu frescor secreto. *(Se estremece mientras, sus manos simulan el acto delicioso.)* ¡Ah, qué sed y qué hambre sin fin llevé entonces en todas mis venas, de ti, de tu frescura! En sueños, bebía y comía tu vida, como se bebe el vino, como se come la miel. Yo te abría el corazón, vivo en el fondo del pecho, sin hacerte sufrir; y las gotas de tu sangre eran para mí como los granos de la granada. El sabor de tu sangre estaba en tu rostro cuando yo te besaba en la obscuridad sintiendo sobre mi nuca el soplo de la muerte. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas? Nuestros labios eran como un solo fruto que la muerte estrujaba sobre nuestros dientes gélidos; y, en

medio de la obscuridad, de pronto, un relámpago surgía en nuestras pupilas, como si nuestras pestañas y nuestros cabellos entremezclados se hubiesen encendido en la llama de nuestras sienes locas. Un sabor de sangre había en tu rostro, y el sabor de algo cruel... ¡Ah, tú también sentías sobre ti y sobre mí ese algo cruel... Tú mirabas al Dux con mirada dura como el hierro, cuando se adormecía bajo el peso de su brocados de oro y de sus pieles... Tú, tú llamabas la muerte en medio de nuestro placer. Pero yo rogaba al mar que nos escondiese, que nos acogiese en su secreto, que nos arrastrase sobre su fuerza. Yo le echaba mis ceñidores, tibios aún de mi vida, cuando desde la ventana veía partir un bajel hacia los países de los aromas... ¡Tú, tú partiste solo, tú atravesaste el mar para llamar la muerte! Y volviste a mí con áquella maga de Esclavonia, con aquella que sabe hacer morir de lejos... *(Proferidas lentamente las últimas palabras, queda pensativa, fijos los ojos en una imagen funesta, con una expresión cruel en los labios entreabiertos.)* Experta era aquella esclavona... Con dos libras de cera modeló la imagen. Me pidió un diente del viejo, tres gotas del cisma, una hostia consagrada. Y yo le di todo esto, y ella lo puso dentro de la cera... ¡Ah, esto hice por ti, por ti, para verte dormir sobre mi almohada! La cera tenía el olor del infierno. Y yo misma corté del manto del Serenísimo un jirón para vestir la imagen semejante... La cera tenía el olor del infierno, al derretirse, cuando yo la aproximaba al fuego. Y el viejo se tornaba cada día más descarnado y más blanco y más débil... Pronto la gran cicatriz se descolorió sobre su frente, se hizo invisible... En las ceremonias, ya no podía sostener el peso de sus brocados. ¡Ah, todo él se consumió, todas sus venas se vaciaron; y nadie sabía dónde fuera su sangre! Cuando expiró, era sobre el trono, como una reliquia en una custodia de oro. Dijo «Amén» y me miró; y entreví en su boca seca el hueco de la encía de que cayera el diente... Su mirada venía de fuera de su cráneo, de una profundidad terrible... ¡Ah, esto hice por ti! Descendí del trono, con aquel cadáver y con aquel pecado, para venir a ti, para darte mis días y mis noches, para mezclarme a tu vida como el alma está mezclada a la carne, para ser en ti como el aliento en tu pecho. Esto hice por ti, y tú me amaste, tú me amaste. Tú te alimentaste de mí como de un racimo; tú te saturaste de mi dulzura hasta la garganta, hasta los ojos. Tú me viste hermosa; tú encontraste sobre mi cuerpo el ámbar y la perla; tú me deshojaste como una flor numerosa. Mis trenzas aromaban, para ti, a mar y a mirra como las cuerdas de un navío cargado de perfumes. *(Una pausa. Se palpa los cabellos, las mejillas, el mentón, con gesto vago.)* ¿Y, de pronto, mi rostro ha muerto para ti como la hoja que muere en un día?

Sin embargo, tu aliento está aún caliente en mi cuello desnudo... *(Se palpa el cuello como para buscar los surcos, desalentada y temblorosa.)* ¿Descubriste sobre mi cuello la señal de los años? *(Recoge el espejo de la alfombra y se mira en él. Su rostro parece deshacerse en tristeza y palidez. Suelta el espejo y permanece unos momentos inmóvil, como petrificada en su desesperación.)*

PENT. *(Desde lo alto de la espiral.)* Veo, en la vía Orlanda, à dos jinetes.

GRAD. *(Estremeciéndose se yergue.)* ¿París? ¿Almorós? ¿Solos?

PENT. Acompañan una mula. Encima de la mula viene una mujer. Parece estar atada como una prisionera.

GRAD. ¡La Maga! Viene, viene... *(Respira profundamente levantando los ojos hacia las vastas nubes radiantes que se ciernen sobre el jardín de púrpura y azafrán. Le llega de lejos, de cuando en cuando, la música de los navíos que bajan por el río. Un deseo frenético de vivir y de gozar le hincha el corazón.)* ¡Ah, Pantea, Pantea! ¡Todas mis riquezas por un rizo de tus cabellos, por un jirón de tu túnica, por algo tuyo, por la más tenue cosa tuya, por una uña, por un hilo! ¡Todo mi oro, todas mis tierras, todos mis palacios a quien me traiga hoy un hilo de tu gorguera! *(Se asoma a la reja, se abandona en ella como en una red; mira entre la fronda, llama.)* ¡Nerisa! ¡Catalina! ¡Orséola! ¡Jacobelia! ¡Ah!, ¿quién de vosotras me traerá la muerte, quién de vosotras me traerá la vida? *(Aspira el olor de madurez y disolución que llega del jardín suntuoso.)* ¡La vida! ¡La vida!... ¡Cómo huelen las frutas! ¡Qué profundo y denso es el aroma de las frutas que se derriten de madurez y de dulzura sobre la rama curva, que se queja! Nadie ya las coge, ya nadie llena para mí los cestos y las carenas. Los árboles están cargados de ellas y cansados, y se duelen como si llevasen el castigo de bodas demasiado felices. La tierra está cubierta y se nutre de ellas, y se hace rubia y grasa con su pulpa derretida. Toda ella las comerá con su inmensa boca silenciosa, ¡ay, perdidas para mí, perdidas para mi amor, para mi deseo que no las cogió! Todas, una tras otra, hubieran podido pasar por mis manos en su seda voluptuosa. El deseo hubiera podido darme innumerables labios para gustar en un día todos sus sabores. ¡Perdidas para mí, perdidas, perdidas! *(Insinúa las manos, pálidas y ensortijadas, por entre las mallas de hierro, tendiéndolas hacia las granadas que brillan próximas, hendiduras y goteantes.)* ¡Oh frutas, oh hermosas frutas, aun vuestro aroma y vuestra dulzura son como un ropaje sobre mis sentidos, como cuando era la dogaresa Gradéniga y la antigua ley convertía para mí vuestro precio en tejidos de oro! ¡Ah, cuando todos los huertos de la isla se despojaban para que yo apareciese bella y magnífica sobre mi trono, él me amaba, me

amaba! Desde el alféizar veía pasar por el puerto las grandes barcas, rebosantes como cornucopias. Los niños, en la proa, mordían ávidamente las manzanas y los racimos, que parecían sangrar bajo los dientes fuertes; y yo, considerando todo aquel dulce manjar que se esparcía por mi ciudad de mármol para deleitarla, computaba el tributo agreste y meditaba el corte de mis brocados y ormesíes. Así, así llevé tejida sobre mi cuerpo vuestra frescura, para su placer. ¡Ay, ya vuestra frescura no está sobre mí, en los pliegues de mi vestido y de mi velo; y me parece ahora que toda vuestra madurez se me derrite en las venas y que destilo toda vuestra bondad perdida! Un sabor de insostenible poderío encontrarían en mí sus labios, si de pronto volviese a mí del olvido que lo apresa... ¡Pantea! ¡Pantea! *(Se vuelve, sofocada por el amor y el odio, con los ojos torvos de embriaguez, vacilando un poco.)* ¡Vivir, vivir aún, para envolverlo, como en un fuego, en mi vida que sufre; para dar a sus días y a sus noches pasiones nuevas, ignoradas, invenciones inauditas de voluptuosidad y de angustia!... ¡Ah, yo quiero hacerme una nueva belleza con mis lágrimas, mi fiebre y mis ponzoñas! *(Recoge el espejo con un gesto violento y se inclina sobre él para contemplarse nuevamente.)* Nunca fueron tan grandes mis ojos, ni cercados de tanta sombra... El no verá mi rostro... Las llamas de mis ojos se lo esconderán... Todas las noches, la fiebre me espera en acecho sobre mi almohada, como una pantera ardiente, y me devora el rostro hasta los huesos. *(Entreabre los labios, descubriendo las encías.)* Mortecinos están mis labios, pero mis dientes aun brillan. Cuando bajaba en pompa a la ribera de San Marcos, los marineros de las galeras veían el relampaguear de mi sonrisa. El miraba relucir mis dientes en la sombra, cuando yo le hablaba, y dejaba de oírme. Los volverá a encontrar como un rocío puro en el fondo de un cáliz quemado...

PENT. *(Desde lo alto de la espiral.)* Doce barcas bajan de Fisaore, cubiertas de damasco carmesí, con las sirenas de plata en la proa. Van en dos filas, unidas una a otra por cadenas de guirnaldas. Todo el río se cubre de guirnaldas, que navegan sobre la corriente. Las barcas están llenas y arrojan de continuo, de continuo. Son verdes. El río se torna verde, y hace un momento era todo rosa, como las nubes... ¡Oh, qué nube más grande se ve sobre la. Mira! Sube, sube. Es como una cortina que ardiese...

GRAD. *(Ansiosa, inquieta por la gran claridad que inunda las estatuas de en torno).* ¿Y los jinetes? ¿Y la mula? ¿Los ves aún en la vía Orlanda? ¿Se acercan? ¿Corren?

PENT. El bosque los oculta ahora... ¡Ya vienen, ya vienen! Saen del bosque. Se acercan. Van a prisa... Una mujer viene

por el jardín... Es Lucrecia, es Lucrecia. Otra la sigue, y otra... Catalina, Orséola...

GRAD. *(Lanzándose hacia la cancela.)* ¡Ah, al fin! *(Abre con las manos convulsas la cancela, que chirría y oscila.)*

La espía Lucrecia llega jadeante, esbelta y ondulante como un galgo. Viste una túnica fulva, llamada ruana, y lleva la cabeza envuelta en un cendal que palpita al viento impetuoso. Gradéniga la coge por las muñecas y la arrastra, furiosa.

GRAD. ¡Ah, al fin! Yo me devoraba el corazón, y tú sin venir, sin venir... ¡Habla, habla! ¿Qué sabes? ¿Qué has visto? ¿Qué has oído? ¡Habla! *(Le arranca del rostro el cendal, para descubrir la boca, que jadea. La doncella cae de rodillas.)* ¿Le has visto? ¿Dónde está? ¿Con la meretriz?

LUC. *(Aterrada.)* ¡Serenísima! *(Llegan las otras espías, Catalina, Orséola, jadeantes, esbeltas y ondulantes como galgos, en sus túnicas ruanas.)*

GRAD. ¿Y tú, Catalina? ¿Y tú, Orséola? ¡Aquí, aquí! ¡Hablad! Os haré arrojar al río, atadas de pies y manos, si no me decís dónde está él... ¿Está con Pantea?

LUC. *(Balbuceando.)* No, Serenísima, yo le he visto en la Gigliana...

GRAD. *(Agarrándola por los cabellos y sacudiéndola fuertemente).* ¡No mientas, no mientas! Habla tú, Orséola. ¿Dónde está?

ORS. Sí, Serenísima, yo le he visto en el Bucentauro de la meretriz.

GRAD. *(Rechazando a Lucrecia y atrayendo a Orséola, que se arrodilla.)* Aquí, aquí, Orséola. ¡Habla! Díme lo que has visto. Todo, dime todo. ¡Toma, toma, para ti! *(Le da una sortija.)* Tendrás además cien ducados de oro.

ORS. *(Tornándose locuaz.)* Sí, Serenísima. Le vi en el Bucentauro de la meretriz... Estaba sentado bajo el baldaquino, ante una mesa servida. Pantea danzaba sobre la mesa, entre los cristales, sin romper una copa, y todas las copas estaban llenas; y tenía los pies desnudos, con dos aletas atadas a los tobillos, he-

chas de perlas y rubíes; y él estaba sentado y miraba, miraba con tanto ardor, que su rostro, poco a poco, se inclinó hasta la mesa; y ella rozaba con sus pies desnudos y sus aletas las copas llenas y el rostro de él; y, al fin, ella le puso sobre una sien el talón y lo tuvo, así oprimido, unos momentos; y él cerró los ojos entonces y, en verdad, estaba tan pálido como el mantel... *(La Dogaresa escucha, abatida sobre un escaño como sobre un yunque, retorciéndose y centelleando como el hierro bajo el martillo atroz.)*

GRAD. Estaba pálido... ¿Y entonces? ¡Habla, habla! Toma. *(De los dedos, que se le crispan, saca otro anillo y lo da a la espía. Catalina y Lucrecia hacen un gesto involuntario de codicia hacia el objeto precioso.)*

ORS. Entonces ella se dobló sobre él como un arco y le disparó un beso en los labios; y el cinturón se rompió de pronto, silbando como la cuerda de un laúd...

GRAD. *(Con la voz ronca y terrible.)* ¿Y entonces, entonces?

ORS. Entonces él se levantó de un salto; y las rodillas le temblaban, y todo el cuerpo le temblaba. Y ella le dijo, riendo: «¡Qué fríos están tus labios! ¿Adónde fué tu sangre?»

GRAD. *(Retorciéndose en la angustia intolerable.)* ¡Ah, ella le dijo: «¡Qué fríos están tus labios!» Yo lo sé, yo lo sé...

ORS. Así ella le dijo, para hacer burla de él. Y él tendió las manos para cogerla, como un loco; pero ella, súbitamente, retrocedió y saltó de la mesa, y en un instante estuvo lejos. Y cantaba para hacer burla de él, aquella canción del señor Alejandro Stradella, que robó la bella Hortensia al procurador Contarini:

Si Amor el pie me ata,
¿cómo haré para escapar?

Y él la perseguía para cogerla, como un loco. Y ella sin cesar le huía, con tantas vueltas y tan ligeras y tan perfectas que parecía danzase todavía. Y así corrían por el navío, de popa a proa, ella riendo, él rugiendo como si quisiera destrozarla. Una vez la apresó el borde de la túnica...

GRAD. *(Ahogándose.)* ¿Y entonces?

ORS. Se le quedó la tela entre las manos. La túnica se desgarró desde el cuello a las rodillas. Y ella reía, reía; y cuando pasaba junto a la mesa, cogía una de las copas y le tiraba el vino, gritándole: «¡Bebe, que la garganta te arde!» Las barcas de los nobles, que hacen siempre cortejo al Bucentauro de la meretriz, se agolpaba en torno; y acudían otras a fuerza de remos, y otras; y todo el río estaba cubierto. Y toda aquella multitud se tendía para ver, tan ávida, que los navíos se inclinaban todos de una borda y los escálamos tocaban el agua. Y to-

dos los rostros palidecían y encendíanse todos los ojos; y los remeros eran como los patricios; y había en todos como un gran furor, y todos deliraban y tendían las manos, como si fuesen a coger ellos también a la meretriz; y gritaban: «¡Pantea! ¡Pantea!» Y tan gran estremecimiento corrió por todo el río, que Pantea se sintió atónita y espantada, y se detuvo...

GRAD. ¿Y entonces?

ORS. Entonces él le cayó encima de un salto, como para devorarla. Pero de nuevo ella se esquivó, dejándole en las manos el resto de su túnica; y así, sin pudor, subió sobre la proa de oro, se mostró a todos aquellos hombres, se arrojó a todos aquellos ojos como a las llamas, sin tener más, sobre el cuerpo, que las dos aletas de gemas. Y todos deliraban de deseo, y gritaban: «¡Pantea! ¡Pantea!», como si fuese divina. Y todos estaban ebrios, como si la tuviesen entre los brazos o ella se mostrase sólo a cada uno. Y los remeros, sobre los escálamos, se enarcaban hacia ella como las fieras cuando van a lanzarse...

GRAD. ¿Pero y él, y él?

ORS. El permaneció, unos momentos, inmóvil, con la túnica vacía a los pies... ¡Ah, parecía que iba a caer en tierra, muerto! Daba horror. Vi el vértigo en torno de su vida como un torbellino... Pero, de pronto, se rehizo; acechó a la mujer erguida sobre la proa, se disparó como una ballesta, la alcanzó; y parecía que toda la fuerza de aquellos hombres frenéticos hubiese entrado en sus brazos, pues la arrancó de la proa de oro como se empuña un estandarte...

GRAD. *(Aullando, en pie.)* ¡Ah! ¡Ah! ¡Muerte e infierno! *(Se retuerce, como envuelta por una serpiente que la triturase entre sus anillos inextricables.)* ¡Pentelia! ¡Pentelia!

PENT. *(Desde lo alto de la espiral.)* Más de cien barcas empavesadas navegan por el Brenta. Y bajan todavía de Fisaore, de la Mira, de las Puertas... Veo el águila de los Malipieri, las bandas de los Grimani, las rosas de los Loredán...

GRAD. ¡Baja, Pentelia, baja! *(Da vueltas por el atrio, espoleada por el dolor y la rabia. Se vuelve hacia las espías, amenazadora.)* ¡Y ninguna de vosotras me trae un hilo, un cabello! ¡Ah, que tengo que haceros morir a todas si ella no muere! *(Pentelia aparece en la puerta. Gradéniga la atrae, la empuja.)* ¡Vé, vé, corre! Vé al encuentro de la esclavona... ¡Que venga sin tardanza. Díle que la cubriré de oro y de joyas; prométele todos mis bienes. ¡Vé, vé, corre! *(La camarista desaparece por la cancela, a través del jardín.)* ¿Y tú, Lucrecia, nada dices? ¿Y tú, Catalina? *(Se echa sobre un escaño, ancho como un lecho, cubierto de cojines escarlata.)* ¡Decid, decid! *(Permanece reclinada sobre los cojines, escondiendo en ellos el rostro; y, de cuando en cuando, un sollozo seco la sacude. Las espías se acer-*

can al escaño, flexibles y oblicuas. Orséola sonríe, contemplando los dos anillos recibidos.)

LUC. Yo también, Serenísima, le vi en el Bucentauro de la meretriz. Ella cantaba un villancico y él la acompañaba en una gran tiorba. Y los navíos estaban en torno, y no se oía hálito alguno. Cantaban aquel villancico romano que dice:

No más amor,
no más ardor...

CATAL. Yo también, Serenísima, le he visto. Estaba sentado delante de un arpicordio, y ella se había acostado sobre la tapa del instrumento y había soltado su cabellera; y su rostro estaba junto al del músico, y una trenza de sus cabellos se enroscaba al cuello de él, y, de esta guisa, él tocaba el arpicordio y ella cantaba con voz queda, casi al oído de él, que se inclinaba. Y la música corría por los cabellos; y parecía como si ella y él y el instrumento fuesen una cosa sola; y ambos parecían sentir un goce infinito.

LUC. Cuando canta navegando por el río, arrastra tras ella a cuantos la oyen. Los vendimiadores dejan el lagar y acuden a la ribera. Dos bueyes enyugados cayeron ayer a la corriente. Los oficiantes abandonan el altar. Hay uno, llamado el Cura rojo, aquel que fué músico en la corte del Elector, y un hermano agustino de Santanatolia, organista en San Estéfano, que se condenan componiendo para ella canciones y madrigales. Se dice que posee el secreto de las sirenas...

CATAL. Se dice que, cuando estaba en Nápoles, por amor del Duque de Calabria, una tarde, en una gruta marina, debajo del palacio, encontró una sirena dormida...

LUC. Es verdad, Serenísima.

ORS. Es verdad, Serenísima. También Tristán Cibelleto, al regresar de Chipre, cuando maquinaba el casamiento de la reina Corner con el príncipe Alfonso, vió una, dormida, sobre el mar; y luego, se tragó el diamante, por voluntad de morir.

CATAL. Algunos dicen que Pantea mató a la sirena, durante su sueño, atravesándole la garganta con una aguja, y que recibió su alma de boca a boca; y entonces fué cuando uno de sus ojos, que tenía negros, tornóse azul. Otros dicen que las sirenas no conocen la muerte, pero que Pantea la hizo coger en una red y luego encerrar en una gran nasa para retenerla prisionera; y que la sirena consiguió su libertad a cambio de su secreto, y quedó muda; y que esta sirena muda se ve, de cuando en cuando, aparecer por la noche en las aguas donde navega el Bucentauro de la meretriz, porque espera que Pantea muera para recobrar su voz... *(La Dogaresa se levanta, súbitamente, de entre*

los cojines, con el rostro lívido y descompuesto de quien, habiéndose sumergido en un agua profunda, vuelve a la superficie para tomar aliento.)

GRAD. ¡Es preciso que muera, es preciso que muera! *(Va hacia el jardín y mira, impaciente, si viene Pentelia con La Maga. Las vastas nubes se empurpuran en el aire inmóvil. Llegan confusas, del Brenta, las músicas de los navíos de amor.)* Vé, vé, Orséola. Vé al encuento de Pentelia. Díle que se apresure, que corra... ¡Vé, vé! Tú, Lucrecia, sube a la cámara que da al patio, mira si el brasero está encendido, y tráelo. *(Orséola desaparece por el jardín. Lucrecia sube por la espiral.)* ¿Pero y Nerisa, y Bárbara, y Jacobelia? ¡Todavía no vuelven! ¡Ah, si ninguna de ellas me trae un cabello!... ¿No estabas tú acaso cerca del arpicordio, Catalina?

CATAL. Yo no estaba en el Bucentauro. Espiaba desde un esquife.

GRAD. *(Furiosa.)* A todas os haré morir... ¡Ah, aquí llega la Maga! *(Hace ademán de correr a su encuentro; pero se contiene y aguarda que las mujeres conduzcan a La Maga hasta ella.)*

Conducida por Orséola y Pentelia, La Maga avanza con aire receloso, mirando en torno con sus ojos lucientes y duros como esmalte, cuyo blanco resplandece singularmente sobre el rostro cetrino. Lleva una especie de larga túnica rayada y alrededor de la cabeza un pañuelo negro, que le oculta la barbilla y la frente. Inclínase ante la Dogaresa.

GRAD. No querías venir, esclavona...

MAGA. *(Humildemente.)* Yo bien quería, Serenísima, pero impedíamelo un joven trevisano que me demandaba un filtro para una dama que le traicionaba. Como no era el punto de la lunación en que yo pudiese coger las yerbas para hacer los jugos, este joven, desesperado, no me dejaba marchar. Y prometía matarme si no le daba el filtro. Y vino a las manos con la gente de Vuestra Serenidad. Y no sé cómo estoy viva; tengo toda la carne roja de las cuerdas, pues me ataron sobre la mula como un fardo.

GRAD. *(Quitándose del cuello una cadena de oro, que arroja a la gimiente.)* Toma, por las cuerdas que te enrojecieron. ¿Has traído aquel libro del rey de Mallorca?

MAGA. He traído el libro. *(Se saca del pecho, de debajo de la túnica, un libro envuelto en gastadas tiras de cuero.)*

GRAD. ¿Has oído hablar de una meretriz, llamada Pantea, que va navegando por el Brenta en un Bucentauro suyo, pomposamente, como si fuese la mujer del Serenísimo?

MAGA. Pantea, la que tiene un ojo azul y el otro negro, como aquel terrible Alejandro, que murió por no haber escuchado a una maga en Echatana... Conozco el signo.

GRAD. ¿La has visto alguna vez?

MAGA. La vi, no hace mucho, en Venecia, en su terraza. Estaba al sol para dorar sus cabellos. Un doncel la miraba desde la orilla, vestido de tafetán carmesí, con un gran birrete a la Sforza.

GRAD. ¡Ah!, eres sagaz, esclavona... Quiero de ti una imagen de cera. ¿Comprendes? Pantea debe morir. ¿Comprendes? Te daré lo que quieras; te haré conducir al otro lado del mar, a tu tierra de Esclavonia, en una nave cargada de riquezas. Serás rica y feliz para todos tus días, en tu casa.

MAGA. Esta noche haré la imagen, Serenísima.

GRAD. No, no, esta noche no. Ahora, aquí, sin dilación, ante mis ojos. ¿Oyes? La cera está dispuesta; el brasero está encendido. Mira, Lucrecia te lo trae. Vé, Pentelia, corre a buscar la cera en la cámara de los corazones de oro. Hay dos libras. Trae también el cofrecillo de las joyas y la bolsa de los ducados, que están en el arca. *(Lucrecia desciende por la espiral trayendo el brasero de dos asas. Pentelia sube.)*

MAGA. *(Encendida en codicia.)* Ahora, sin dilación, haré la imagen. ¿Pero qué pondré en la cera, Serenísima? La hostia consagrada, las gotas del crisma, el diente... *(La Dogaresa se estremece, como si pasase de pronto ante sus ojos inflamados el espectro del viejo, consumido entre sus pesados ropajes de oro.)*

GRAD. El diente... ¡No tengo nada todavía, no tengo nada! ¡ni un hilo, ni un cabello! Pero espera, espera un rato. Aun deben regresar mis doncellas... Mira, Orséola, mira si llegan por el jardín. ¡Ah, las mataré, las mataré! *(Está loca de impaciencia y de ira. Lucrecia deposita el brasero encendido sobre el tapiz. Pentelia trae la cera, el cofrecillo y la bolsa. Gradéniga coge la cera y se la ofrece a La Maga.)* He aquí la cera: es virgen. ¿Ves Es amarilla como el ámbar, obedediente como el agua. Puedes modelarla en un momento. Y toma también, por ahora, estos ducados... Díme, díme: ¿no puedes hacer mortal el hechizo sólo con la cera, sin otra mezcla?

MAGA. Quizás. El ángel de este día es Anhoel.

GRAD. Prueba, pues, esclavona. Comienza la obra. Yo te llenaré de riquezas una nave que te conduzca al otro lado del mar. ¡Es preciso que Pantea muera!

MAGA. El ángel de este día es Anhoel. *(Se apresta a la obra. Abre el libro mágico, del que cuelgan las largas tiras de cuero, y lo pone sobre el pedestal de la Venus, contra los pies broncineos de la estatua, como sobre un atril, de modo que, estando en pie, pueda leer. Se inclina sobre el brasero para ablandar la cera; de esta guisa, leyendo en el libro, con voz queda, palabras incomprensibles, modela con los dedos la imagen. La Dogaresa permanece mirándola con ojos atentísimos, como si quisiera infundir en la cera la virtud de su odio. Llega de la lontananza del río un confuso clamor, como de batalla.)*

GRAD. *(Estremeciéndose.)* ¿Oís? ¿Oís? *(Pentelia vuelve a la vigía, subiendo por la escalera.)*

ORS. *(Acudiendo del jardín.)* ¡Aquí viene Nerisa y Jacobelia! Jacobelia trae el rostro cubierto de sangre.

Llega Jacobelia jadeante, pálida, con una mejilla teñida por la sangre que le corre de la frente herida. Nerisa la acompaña, toda llorosa.

JACOB. ¡Serenísima!

NER. ¡Serenísima!

GRAD. *(Mirando de cerca a Jacobelia.)* ¿Qué sangre es ésta? ¿Quién te hirió? ¡Habla! *(Las espías se agrupan en torno de la recién llegada. La Maga no interrumpe su obra.)*

JACOB. *(Con voz anhelosa.)* Traigo a Vuestra Serenidad los cabellos de Pantea, un rizo, un gran rizo...

GRAD. *(Sofocada por la alegría súbita.)* ¿Dices... dices...?

JACOB. Un rizo que yo misma he cortado con mis manos... Aquí lo traigo, aquí. *(Se registra el seno convulsamente. Nerisa le enjuga en tanto la mejilla con su pañuelo, ya impregnado de lágrimas, tierna y doliente.)*

GRAD. *(Volviéndose con alegría cruel hacia La Maga, que continúa su obra.)* ¿Has oído, maga? ¿Has oído? Un rizo... ¡La muerte, la muerte!

JACOB. ¡Aquí está! *(Extrae del seno un pequeño envoltorio: un trapo con muchos nudos, dentro del cual viene la cosa robada.)* Aquí está. Hay que deshacer los nudos. Son muchos, muchos. Hubiéramos hecho mil, si hubiésemos podido. Tú los hiciste, Nerisa; tú los apretaste así. ¡Desata, desata! *(Ella y la compañera se aplican a deshacer los nudos. De cuando en cuan-*

do, Gradéniga tiende hacia el envoltorio las manos impacientes.)

PENT. *(En la pausa, desde lo alto de la espiral.)* Las barcas viran, hacen gran fuerza de remos contra la corriente, parecen ir al abordaje... Se levanta un gran clamor, allá lejos, hacia las Puertas... Se ve como un relampaguear... Todo el río está en la sombra...

JACOB. *(Encontrando al fin el rizo en el fondo del envoltorio.)* ¡Aquí está, aquí está! ¡Qué largo es, y qué grande!, ¿verdad? Yo, yo lo corté, con estas tijeras que llevaba...

ORS. ¡Qué largo es!

CATAL. ¡Qué hermoso!

LUC. ¡Qué brillante! *(Gradéniga, sin hablar, tiende las manos, supinas, en forma de copa, para recibir el rizo hurtado a la que debe morir. Cuando Jacobelia le deposita el rizo sobre las palmas, cierra los ojos, y la crispa toda el hielo súbito de una repugnancia invencible, como al contacto de un áspid. Permanece así unos momentos, pálida y muda; luego abre los ojos y, en la misma actitud, camina lentamente hacia La Maga, que está al pie de la estatua, ante su libro abierto, atenta todavía a modelar la imagen. La Maga se inclina a mirar los cabellos de la meretriz en las palmas de la Dogaresa.)*

PENT. *(En la pausa, desde lo alto de la espiral.)* Un gran clamor, allá lejos, hacia las Puertas... Mil voces... Parece que claman: «¡Pantea! ¡Pantea!» Todo el río está en la sombra... Sólo una zona rojea aún, y en ella se ven todavía las guirnaldas que pasan, pasan... Son innumerables... Una barca desciende sola, sin remeros, desierta, abandonada a la corriente...

GRAD. *(A La Maga.)* Toma, esclavona. Ya tienes su vida. Haz un buen hechizo. *(La Maga coge los cabellos y los inserta en la cera, alrededor de la cabeza de la imagen.)*

MAGA. Ahora dos cuentas de cristal, una negra y otra azul, para los ojos.

GRAD. La que tenga un collar de cuentas tendrá uno de oro.

LUC. Yo.

CATAL. Yo.

ORS. Yo. *(Las tres espías, ávidas, compitiendo en rapidez, se arrancan los collares del cuello; buscan la cuenta azul y la negra ansiosamente.)*

CATAL. ¡Aquí está la negra!

LUC. ¡Y aquí la azul! *(Ofrece las cuentas vítreas a La Maga, que las coge y las incrusta en el pequeño rostro de cera, a guisa de pupilas. Gradéniga abre el cofrecillo, que está sobre el escaño, mientras las espías tienden hacia ella las manos.)*

GRAD. *(Repartiendo los joyeles.)* ¡Para ti, para ti, para ti! *(Las espías hacen ademán de besar la mano generosa, inclinándose; luego se alejan, andando hacia atrás, apretando las joyas,*

sonriendo, flexibles y oblicuas. Jacobelia queda aparte, junto a Nerisa, que la venda la frente con un cendal blanco, donde la sangre reflorece bermeja. Gradéniga la mira, va hacia ella.) ¿Y para ti, Jacobelia? Te quedas a un lado, silenciosa; ¡y sangras! Para ti, para ti mis joyas más preciosas. Yo te pondré una corona de perlas sobre la frente que sangra. Quiero tenerte conmigo, quiero que no te alejes nunca más de mi lado. Serás siempre mi favorita. Tu vida, desde hoy, correrá como un río... ¿Y Nerisa, y tu dulce Nerisa? Tú la quieres, ¿verdad? Tiene los ojos llenos de lágrimas, se consume de pena por ti. No te separaré de ella, no. A ambas os tendré conmigo; y ya nunca estaréis tristes... ¿Te duele, te duele tu herida? Díme, díme: ¿quién te hirió? ¿Ella quizás, la meretriz, mientras le cortabas los cabellos? ¿Y cómo hiciste? ¡Habla, dilecta mía! Te escucho. *(La trae junto al escaño, echa un cojín sobre la alfombra para que se siente.)*

MAGA. *(Avanzando.)* He aquí la imagen. *(Tiende a la Dogaresa la figurita, desnuda, amarillenta, semejante a un ídolo. Las doncellas miran, mudas, con un vago terror.)* Esta es la imagen de la meretriz Pantea, que debe morir. El ángel de este día es Anhoel. *(Las manos de la Dogaresa tiemblan al recibir el sortilegio de muerte. Se sienta en el escaño escarlata, depositando la imagen sobre sus rodillas. Permanece, durante unos momentos, inclinada, contemplándola atentamente, concentrando en la mirada toda la fuerza destructora de su odio. Luego, con un movimiento repentino, se saca de entre las trenzas un largo agujón de oro, como un estilete de la vaina, y lo hunde en la cera efigiada. La Maga, de nuevo, junto al pedestal, lee con voz queda, en el libro, las imprecaciones y vierte de cuando en cuando en el brasero un polvo aromático. Las nubes son violáceas sobre el jardín invadido por una sombra obscura.)*

PENT. *(En la pausa, desde lo alto de la espiral.)* Se ve un fuego sobre el río, hacia las Puertas... Cada vez se hace mayor; parece un incendio, parece que se acerca, parece caminar sobre el agua como un bajel ardiendo..., es un fuego de alegría. ¡Qué colores tan extraños! Se ven dentro sombras negras, como gentes que danzasen... Cada vez se hace mayor...

GRAD. *(Furiosa, quitándose de las trenzas otro alfiler y clavándolo en la imagen.)* ¡Ah, que el fuego del infierno te devore! *(Volviéndose hacia La Maga.)* ¡Esclavona, esclavona, invoca a todos los ángeles y a todos los demonios! ¡Haz que sea fulminada en medio de su alegría! Tendrás todo lo que te he prometido, tendrás más todavía. ¿Oyes? ¡Pero hazla morir! ¡Impreca, impreca! *(Se quita otro alfiler, y otro; y todos los clava en la imagen; luego busca más entre sus trenzas, furiosa. No encontrando, con un ademán vehemente pone la mano sobre la cabeza de Jacobelia, que está junto a ella, sentada sobre el tapiz.*

Jacobelia lanza un grito de dolor.) ¡Ah, Jacobelia, tu herida! Aun te sangra. Tu venda está roja... No me dijiste, no me dijiste quién te hizo esta herida... ¿Ella quizás, la meretriz, mientras tú le cortabas los cabellos? ¡Cuenta! ¡Habla! ¿De qué parte de la cabeza le cortaste ese rizo? ¿Junto a la oreja; sobre el cuello, donde late la gran vena?

JACOB. De la nuca. Ella no lo advirtió, no oyó el ruido de las tijeras... Tantas son sus trenzas que, cuando las suelta, ni oye ni ve. A veces, se ahoga bajo ellas. A veces llora de cansancio, como quien subiese un fardo por un monte; o gorjea como un ruiseñor escondido en un seto... *(La Dogaresa busca de nuevo en sus cabellos la aguja cruel. Como las doncellas están a su alrededor, echadas sobre el tapiz, extiende la mano hacia sus cabezas. Orséola, entonces, se quita uno de sus alfileres y se lo entrega.)*

GRAD. ¿Pero estabas en su nave? ¿Y con qué astucia llegaste a ella? Cuenta, cuenta.

JACOB. Pantea lanzó un pregón en busca de una nueva peinadora que la arreglase sus cabellos en un nuevo tocado, pues está harta de invenciones, habiendo hasta ahora simulado con los cabellos todas las cosas naturales, las más delicadas y las más soberbias: las celdillas de las abejas y los cuernos del morueco, las flores del jacinto y las olas del mar. Habiendo oído yo esto, fuí a una criada suya alabando mi destreza y ofreciéndome. Y me admitieron a dar muestra de mi arte. Nerisa me esperaba en un esquife. Yo temblaba como una pluma al subir al Bucentauro.

GRAD. ¿Estaba él allí? ¿Le viste?

JACOB. Estaba allí; olía los frascos de los perfumes, como para embriagarse. Al verme entrar, Pantea le dijo, entre la risa y el tedio: «También ésta tiene dos manos. ¡Oh, dame para mi peine una esclavita con cien dedos sutiles y veloces». Yo temblaba; él me miraba fijamente.

GRAD. ¿Cómo estaba el rostro de él?

JOCOB. Estaba hermosísimo. *(Gradénica deja caer la cabeza hacia atrás, como herida en el corazón. Su mano se tiende hacia las doncellas con el ademán que pide el arma aguda. Lucrecia le da uno de sus alfileres, que ella clava en la imagen, erizada ya de agujas.)*

GRAD. Te pregunto cómo estaba su rostro: ¿sereno, olvidadizo?

JACOB. Parecía tener entre las cejas un pensamiento obscuro. Sus ojos eran ardientes y algo torvos.

GRAD. ¿Pero no hablaba?

JACOB. No hablaba. Estaba como absorto. Cesando de mirarme, sacó de la vaina un puñalito que llevaba en la cintura

y mojó la punta en uno de los frascos, no sé si para perfumarla o para envenenarla. Yo temblaba, al soltar las trenzas pesadas. Mis manos en aquella gran selva de oro eran como dos hojas perdidas. «¿Pero qué haces, qué haces?», decía ella, bajo el laberinto; y la cólera bullía en su voz. Entonces, de pronto, me vino la audacia. En un abrir y cerrar de ojos, hábil como un juglar, corté, escondí. Luego, sólo pensé en la fuga. Mis manos quedaron casi inertes. Y la cólera estalló sobre mí, terrible. Arrojada, perseguida, golpeada... Una doncella chipriota quería matarme... Un esclavón azuzaba contra mí los lebreles...

NER. *(Rompiendo a llorar.)* ¡Ah, Serenísima, no sé cómo ha escapado!... Tiene todo el cuerpo lleno de cardenales; está toda ella herida, en los brazos, en los hombros, en el seno...

GRAD. *(A Nerisa.)* Vé, vé a curarla. Pide a Pentelia los bálsamos... ¡Pentelia, Pentelia!

PENT. *(Desde lo alto de la espiral.)* El fuego se acerca, viene por la corriente, ilumina todo el río... Las barcas lo siguen, se agolpan en torno, incontables... ¡Un gran clamor!

ORS. Tendrá que pasar ante el jardín el Bucentauro de la meretriz con su cortejo.

CATAL. Navegará por el Brenta toda la noche, en fiesta, y, al amanecer, entrará en Venecia por la Judería.

LUC. Al amanecer se bañará el cuerpo con rocío, como la Dogaresa Teodora Selvo, la griega, la hija del emperador Constantino.

ORS. Dicen que todas las mañanas se baña el cuerpo con rocío que manda recoger de los campos y los huertos, como la Dogaresa Teodora.

JACOB. Tiene más de mil frascos y redomas y ampollas de todos los perfumes. Tiene un depósito de esencias en el Bucentáuro; y lleva consigo a una mujer, llamada Morgantina, que conoce todos los secretos galantes y la manera de componer aguas perfectas, pastas, ungüentos, polvos, como ninguna otra en el mundo, a fin de hacer durar la belleza.

LUC. Se dice que no tiene signo alguno en todo el cuerpo, mas que la trama de las venas, y que no es realmente blanca, sino un poco azulosa, como lo blanco en los ojos de los niños.

CATAL. Se dice que el duque de Calabria posee una copa de oro, procedente de Constantinopla, que fué modelada sobre el seno de la Elena griega; y que hizo modelar otra sobre el seno de Pantea; y que las dos son gemelas. *(Mientras hablan así, en torno, las doncellas, Gradéniga atraviesa la imagen con los alfileres que se quitan de la cabeza y le entregan, alternando los ademanes y las palabras. El brillar intermitente de las agujas crueles evoca los destellos y el choque de las antiguas armas sobre aquella fábula de la mujer del ojo azul y el ojo negro. Pero La*

Maga, de pie entre el pedestal de la Venus y el brasero, continúa leyendo en el libro del rey de Mallorca. Llega del río, a intervalos, un clamor como de batalla. Las nubes están a punto de extinguirse.)

ORS. ¿Oís el clamor?

LUC. ¡Qué gritos tan extraños!

CATAL. Se dice que el deseo de ella hace caer a los hombres en frenesí, como el tábano a los toros.

ORS. Es verdad, es verdad. Cuando se mostró sobre la proa de oro, todos los hombres estaban dementes.

JACOB. Tiene dos miradas. La diversidad de sus ojos turba la razón de quien la mira.

LUC. ¡Oíd, oíd! ¿No parece más bien un rumor de batalla que de fiesta?

CATAL. La meretriz quiere superar los triunfos de las Dogaresas. Quiere obscurecer a Morosina Morosini en las memorias, y a Zilia Priuli, y a la Serenísima Gradéniga nuestra señora...

JACOB. Por millares han arrojado al Brenta guirnaldas de mirto, de laurel y de ciprés para que sean transportadas por la corriente hasta la Judería, hasta San Marcos. Han sido enviadas a Venecia como mensajes.

ORS. ¡Oh, Jesús Nuestro Señor, haz que las de ciprés lleguen primero!

CATAL. Toda Venecia se despertará en guirnaldas, al rayar la aurora, y dirá: «¡La meretriz Pantea viene en triunfo!» Y los Diez y el Consejo Mayor... *(Se interrumpe, porque Gradéniga hace aún ademán de pedir un alfiler, y ninguna de las doncellas tiene ya en sus cabellos.)*

ORS. Ninguna tenemos ya alfileres, Serenísima. *(Las doncellas, echadas en torno, registran aún sus cabelleras descompuestas.)*

GRAD. *(A La Maga.)* Esclavona, esclavona, ¿qué dices tú? ¿Qué dice tu libro? ¿Crees que ella siente las heridas? ¿Crees que agoniza? ¿No ves cómo la he traspasado? Está toda cubierta de agujas como un erizo... *(Llega de nuevo, de la lontananza del río, el clamor dudoso.)* ¡Oye, oye, esclavona, los gritos del triunfo! E imprecas desde hace una hora. *(La Maga camina lentamente, llevando el libro abierto en la izquierda; llega junto a la Dogaresa; se inclina sobre la imagen de cera, donde brillan las agujas; pone la derecha sobre la cabecita traspasada, murmurando imprecaciones obscuras. La sombra cae del cielo, donde las nubes parecen hogueras veladas de cenizas.)* ¡Encended las antorchas! Es de noche. *(Las doncellas corren a los tearios. Oyense gritos súbitos en el jardín.)*

BÁRBARA y ORDELIA llegan por el jardín gritando.

BARB. ¡Pantea en el fuego!

ORD. ¡Pantea en el fuego! *(La Dogaresa se pone en pie de un salto, impetuosa. La imagen cae a tierra.)*

BARB. *(Entrando jadeante.)* ¡Pantea arde! ¡El Bucentauro está en llamas! ¡Desenvainadas todas las espadas!

ORD. *(Entrecortadamente.)* ¡El Bucentauro está en llamas, con la meretriz, con toda su gente! ¡Viene por el río, está cerca! Ya se ve el fulgor...

BARB. Una batalla, una batalla, Serenísima... Todos rabiosos... De navío a navío se baten todavía. La sangre corre. Es una matanza...

GRA. *(Desesperadamente.)* ¡Ah, y él está allí!

ORD. Era el triunfo—cien y cien barcas empavesadas, todo el río cubierto de guirnaldas, y los cantos y las músicas—, cuando estalló la discordia... Han venido de Mirano, por el canal, Priamo Gritti, Marino Boldú y Piero Sagredo, con los navíos llenos de gente armada; y querían subir al Bucentauro y forzar a la meretriz y ser los señores de la fiesta... Y amenazaban pasar todo a sangre y fuego para imponer su voluntad...

GRAD. ¿Le han matado? ¿Le han matado? ¡Ah, díme la verdad! ¿Le viste tú caer?

ORD. El defendía con su gente el Bucentauro contra el asalto... Yo no le vi caer. Sólo un momento le he visto, batiéndose con Priamo Gritti, que había saltado al puente...

BARB. Yo vi a Priamo Gritti todo cubierto de sangre.

ORD. No se veía mas que un gran tumulto rabioso... Todo el río estaba lleno de furor. Las barcas empavesadas se cubrían, lo mismo que las galeras, con un gran relampaguear de espadas. Y todos gritaban: «¡Pantea, Pantea!» Y más se enardecían gritando. Y los de Mirano lanzaban fuegos de artificio. Y, de pronto, se vió el Bucentauro de la meretriz presa de las llamas, con una increíble rapidez, como un haz de sarmientos, como la yesca. Y un fuerte olor se esparció sobre toda la batalla; y las llamas tenían colores nunca vistos...

BARB. Las esencias, los aromas... Todas las esencias ardían, y las maderas odoríferas, y las especias... En un momento encendióse la nave, y el aire se perfumó, y creció en torno el furor... ¡Se baten a muerte! Todos los navíos bajan por el río

confusamente, en una masa... Y se baten a la luz del incendio... Ya están cerca. ¡Oíd! ¡Oíd! *(Se oye el estrépito que se aproxima; descúbrese en el fondo del jardín el rojear de la nave incendiada. Loca de terror y de angustia, La Dogaresa se lanza hacia la escalera; vacila sobre los primeros peldaños, sostenida por sus doncellas que acuden. La Maga recoge la imagen de cera y la deposita a los pies de la estatua de Venus; las agujas brillan contra el bronce obscuro.)*

PENT. *(Desde lo alto de la espiral.)* ¡El fuego! ¡El fuego! Es el Bucentauro de la meretriz, todo en llamas, cubierto de cadáveres ardiendo... Una batalla... Brillan las espadas, mil espadas... ¡Fuego y sangre! *(La Dogaresa, llegando hasta la mitad de la espiral, se inclina sobre el balaustre, entre dos columnas, muda, loca de dolor y de terror, mientras pasan más allá de su jardín las llamas y los gritos. Su rostro lívido y desesperado, iluminado por la reverberación sangrienta, expresa toda la grandeza y toda la belleza de la visión trágica.)*

VOCES DE LOS COMBATIENTES. ¡Pantea! ¡Pantea! ¡Pantea!

TELÓN

NUMEROS PUBLICADOS

DE

COMEDIAS

Núm. I. **Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**E. García Alvarez y J. Abati:** Clara Luna.—Núm. II. **G. Martínez Sierra y Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**C. Arniches y Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!—Núm. III. **Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.—Núm. IV. **Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández:** Los campanilleros.—**Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballero...—Núm. V. **Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.—Núm VI. **S. y J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero y G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.—Núm VII. **G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez y Fernando Luque:** Calixta, la prestamista —Núm. VIII **Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente:** De cerca.—Núm. IX. **Manuel Linarez Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.—Núm. X. **Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso y Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.—Núm. XI. **A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo:** Lorenza, la seria.—**G. Martínez Sierra y Honorio Maura:** Mary, la insoportable.—Núm. XII. **Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.—Núm. XIII. **S. y J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo...—**Pedro Mata:** En la boca del lobo.—Núm. XIV. **Muñoz Seca y Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.—Núm. XV. **Emilio G. del Castillo y Luis M. Román:** La calesera.—**Jacinto Benavente:** El amor asusta.—Núm. XVI. **G. Martínez Sierra:** Sueño de una noche de agosto **Oscar Wilde:** Salomé.—Núm. XVII. **Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo y A. Asenjo:** Rocío, la canastera.—Núm. XVIII. **Alberto Insúa:** La madrileña.—**S. y J. Alvarez Quintero:** Fortunato.—Núm. XIX. **José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso (hijo) y Francisco Leygorri:** Las mujeres de Lacuesta. Núm. XX. **Miguel de Unamuno:** Todo un hombre.—**Jacinto Benavente:** Modas.—Núm. XXI. **Oscar Gipsy:** El perfume del pecado —**Francisco Serrano Anguita:** El aire de Madrid.—Núm XXII. **Gregorio Martínez Sierra:** Esperanza nuestra.—**Jacinto Benavente:** El marido de la Téllez.—Núm. XXIII. **Muñoz Seca y Pérez Fernández:** El sonámbulo.—**Gabriel D'Annunzio:** La antorcha escondida.—Núm. XXIV. **Manuel Linares Rivas:** Almas brujas.—

E. García Alvarez y F. Luque: La caravana de Ambrosio.—Núm. XXV. **J. López Núñez:** El niño de las monjas.—**J. Juan Cadenas:** El señor cura y los ricos.—Núm. XXVI. **Pío Baroja:** Arlequín, mancebo de botica.—El mayorazgo de Labraz.—Número XXVII. **P. Muñoz Seca y J. López Núñez:** El rayo.—**Jacinto Benavente:** El marido de su viuda.—Núm. XXVIII. **S. y J. Alvarez Quintero:** Zaragatas.—**A. F. Lepina y J. F. Escobar:** La rubia del expreso.—Núm. XXIX. **J. Benavente:** La losa de los sueños. **Asenjo y Torres del Alamo:** Paloma «la Postinera».—Núm. XXX. **P. Muñoz Seca:** La bondad.—**G. del Castillo y C. Palencia:** La joven Turquía.—Núm. XXXI. **Arniches, Paso y Estremera:** Los celos me están matando.—**José María Granada:** Te portas como quien eres.—Núm. XXXII. **Enrique Ibsen:** Casa de muñeca.—**Jacinto Benavente:** El suicidio de Lucerito.—Núm. XXXIII. **Jacinto Benavente:** Los intereses creados.—Alfilerazos.—Núm. XXXIV. **G. Martínez Sierra:** La hora del diablo.—**Suárez de Deza:** Ha entrado una mujer.—Núm. XXXV. **P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández:** La cabalgata de los Reyes. — **J. Benavente:** La señorita se aburre.—Núm. XXXVI **J. Luengo y J. M. Granada:** Los Carvajales.—**Luis de Vargas:** Las de Mochales.—Núm. XXXVII. **P. Muñoz Seca:** El chanchullo.—Los trucos.—Núm. XXXVIII. **Luis de Vargas:** Charleston —**F. Gómez Hidalgo:** Una comedia para casadas.—Núm. XXXIX. **J. Benavente:** La princesa Bebé.—El dragón de fuego.—Al natural.—Núm. XL. **A. Paso y R. González del Toro:** Los autores de mis días.—**Oscar Wilde:** El abanico de lady Windermore.—Núm. XLI **E Suárez de Deza:** Avéntura.—**Luis Manzano:** La perla de Rafael.—Núm. XLII. **Benavente:** La casa de la dicha.—**C. de la Barca:** El alcalde de Zalamea.—Núm. XLII. **S. y J. Alvarez Quintero:** La buena sombra.—**Enrique Ibsen:** Espectros.—Núm. XLIV. **Luis Manzano:** Doña Tufitos.—**Benavente:** ¡Si creerás tú que es por mi gusto!—Núm. XIV. **Emillio Sáez:** La familia es un estorbo.—**M. y A. Machado:** Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel.—Núm. XLVI. **Serrano Anguita:** La pájara.—**A. Dumas:** La dama de las camelias.—Núm. XLVII. **Suárez de Deza:** ¡Padre!—**Moratín:** La comedia nueva.—Núm. XLVIII. **Luque y Calonge:** La pastorela.—**Wilde:** La importancia de la serierad.—Núm. XLIX. **Abati y Lucio:** El niño desconocido.—**Candela y Plañiol:** La niña pera

Se sirven colecciones completas.
Los números atrasados se
venden al mismo pre-
cio que los co-
rrientes.

EDITORIAL SIGLO XX



Rodríguez San Pedro, 57.
Apartado 8.038
MADRID



OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00
Pedro Muñoz Seca y **Pedro Pérez Fernández**: Los extremeños se tocan	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID